

Tess

"princesa"

MERCEDES GALLEGO



Tess
“princesa”

Mercedes Gallego



Primera edición en digital: Diciembre 2018

Título Original: Tess “princesa”

©Mercedes Gallego 2018

©Editorial Romantic Ediciones, 2018

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©Winyu, ©Andrey Arnyagov

Diseño de portada: Isla Books

ISBN:

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Menú de navegación

Primera parte: Julio 2015
Segunda parte: Octubre 2015
Tercera parte: Abril 2016

«En un beso sabrás todo lo que he callado»

Pablo Neruda

Para mi sobrina Patricia, por su dulzura.

Primera Parte

- Julio 2015 -

La exclusiva cafetería del Club Náutico rebosaba de clientes a la hora punta del mediodía. Cerca de las cristaleras, desde las que se contemplaba una magnífica panorámica del Golfo de México, unos cuantos jóvenes disputaban una partida de billar. A escasa distancia, cuatro hombres jugaban a los naipes.

Una joven rubia, ataviada con tejanos cortos y top de rabioso color rosa chicle, se demoró en la entrada mientras a sus ojos asomaba la nostalgia y la alegría que le provocaba regresar al local.

Descubrió el amplio círculo de sus amigos junto a la barra, centrados en la melodiosa voz de Mariel, quien tocaba la guitarra española desgranando la letra de una canción de desamor que estaba de moda. Aguardó a que sonaran los últimos acordes para hacerse notar y entonces todo el grupo se revolucionó, compartiendo abrazos, risas y comentarios en un jolgorio que despertó la expectación del resto de la clientela.

—¡Estáis geniales! —aseguró ella, con el ligero acento inglés—. ¡Qué ganas tenía de veros!

Red Ontiveros, quien gozaba de la reputación de chico más sexy de la pandilla, no ocultó el entusiasmo que su llegada le suscitó.

—¡Tú sí que estás genial! ¡Se te ve preciosa!

Augusto, alias el empollón, recriminó a Red su desmedido interés con un gesto y, de paso, aprovechó para hacer la pregunta que todos tenían en los labios.

—¡Fijo que te has colgado por un chavo americano!

La risa de ella resonó con desdén.

—¡Ni de broma, Augusto! Pasando de chavos, y menos extranjeros. Decidme vosotros ¿alguna novedad jugosa para mis oídos?

—¡Quita! —renegó el aludido—. Por aquí seguimos tan zonzos como nos dejaste en Navidad.

—La Navidad no la menciones ¡Menuda ingrata! —acusó Mariel, aún con el semblante risueño—. ¡Nos dejaste tirados!

Ella se encogió sus hombros con una mueca de pesar.

—¡Eso se lo dices a mis padres! El tío Ricardo se empeñó en que le acompañáramos a Panamá y Diego y yo no tuvimos arte ni parte. ¡Menudo peñazo resultó! ¡Os eché de menos a rabiar!

Su queja sonó sincera y su amiga y ella se fundieron en un aparatoso abrazo.

—¿Cuándo has llegado? —Ontiveros insistió en tomar protagonismo, fascinado por los cambios en la anatomía de la chica.

—Anoche —respondió, retomando la sonrisa pícara, halagada por su interés.

—¿Y te presentas ahora? —La guitarrista volvió a darse al drama—. ¿Por qué Diego se lo calló, el muy idiota?

—Porque yo le ordené que tuviera la boca cerrada, y más contigo —Bromeó dándole un beso—. Me apetecía sorprenderos.

—¡Muy mal, los infartos son peligrosos!

La panda rió el comentario de Ontiveros y ella aprovechó para saludar con la mano al camarero, el cual replicó con un guiño cómplice.

—Contadme los planes de esta tarde porque tengo que irme. Se nos han presentado invitados para el almuerzo y mamá me ha metido prisa. He venido a recoger a Diego.

En medio de las protestas, la jovencita escuchó la voz de su amiga Cristina, una morena regordeta de ojos rasgados y pechos generosos.

—En mi casa, a las cuatro. Decidimos sobre la marcha.

—Ok. Pues allí nos vemos. ¿Dónde anda mi hermano? ¡Ah, sí, en el billar!

Se encaminó con desenvoltura a su encuentro. Al pasar notó las miradas de los jugadores de cartas. Ellos habían detenido su entretenimiento para curiosear el revuelo que su presencia había organizado. La muchacha desdeñó la de Santiago Rivero, que parecía comérsela con la vista. Conocía sus inclinaciones donjuanescas y no le emocionaba ser objeto de su atención. Al resto no les conocía, pero el tipo moreno de ojos negros tuvo el don de sonrojarla. Molesta al sentirse vulnerable, levantó la cabeza con ademán altivo.

—¡Diego, vine a buscarte! —anunció, sin que la voz le temblara.

—¡Sólo un momento! —El aludido golpeó la bola negra con maestría. Tras meterla en el agujero, soltó el taco y la besó—. ¡Listo! ¿Conoces a mis amigos?

Negó, regalándoles una sonrisa que precedió a un intercambio de besos y

algunos piropo que Diego sorteó con bromas. Se despidieron de todos y, cuando ya estaba saliendo, echó una última ojeada a la mesa de los adultos... Su piel se ruborizó al descubrir el escrutinio de los ojos negros sobre su persona. Muerta de nervios, alcanzó a Diego y montaron en su moto, aparcada frente a la fachada. «¿De dónde ha salido ese portento? ¡Descarado es, pero guapísimo también!»

—Acabáis de ver a mi futura esposa.

Los rostros varoniles, atractivos todos, miraron a Santiago Rivero, esperando divisar burla en su semblante. Le sorprendió que lo dijera en serio.

—¿Esa cría? No niego que sea un bombón, pero vamos ¡ en mejores puertos has embarcado tú! -. Rió el rubio de aspecto canalla.

Santiago negó, convencido.

—Pronto dejará de ser una cría, Roberto. Entonces me casaré con ella.

—Tendrás que contar con su aceptación —opinó un tercero mientras el de las pupilas negras permanecían en silencio.

—Sabré enamorarla. Es ingenua y yo gato viejo. ¡Me tiene comido el seso desde que la descubrí el verano pasado!

—Apuesto a que no lo consigues.

Las cartas quedaron olvidadas sobre la mesa y Santiago Rivero se removió, inquieto, mirando a su amigo de correrías, Juan Santacruz.

—¿A qué viene esto, Juan?

—A que tú eres gato viejo con mujeres fáciles. Y ella será una niña ahora, pero cuando se convierta en mujer... ¡Va a ser mucha mujer!

—¿Lo de la apuesta va en serio? Porque yo firmo por Santiago —aseguró Roberto Duval con sonrisa irónica.

—¡Nunca me gustaron las apuestas sobre mujeres! —Denegó Juan con energía, molesto por haber dado pie a tamaña tontería.

—¡A Dios gracias! —Rió con ironía Ricardo Dávila—. ¡Las habrías ganado todas!

—Esta vez, no —insistió Rivero con el rostro tenso—. Me gusta esa muchacha.

—Hablando de ella ¿quién es? Me resulta familiar.

La carcajada de Roberto molestó al moreno.

—¡Y tanto que debe sonarte! ¡Sois vecinos!

—¿Tess? —El rostro masculino experimentó un cambio que ninguno captó, atentos a la rivalidad entre los amigos.

—Sí, María Teresa Mendoza —apuntó Rivero.

—Se ha convertido en un dulce —admitió Dávila, siempre cínico—. Aunque le sobran aires.

—¡Ya tiene diecisiete años! —susurró Santacruz, ajeno a sus comentarios—. Sí que está bonita. Pero no ha andado por Veracruz...

—Lleva tiempo en un colegio americano. Cada vez que viene de vacaciones revuelve a los de su edad, pero es tan cría que ni sabe de coqueteos.

—¿Y pretendes enseñarla tú? —El tono ofensivo no pasó desapercibido para Rivero.

—¡Ya te dije que será mi esposa, Juan! Ni se me pasa por la cabeza acercarme ahora.

Santacruz se guardó de comentar lo indigna que la simple idea le parecía; y, no obstante, se encontró soltando una necesidad.

—Te apuesto lo que gustes a que la enamoro primero.

Santiago se removió en su silla, endurecido el gesto.

—¡No juegas limpio, Juan! Te he dicho cuáles son mis intenciones.

—Lo que no quita que, si no lo haces tú, lo intenten otros. Veracruz está lleno de cazafortunas y no sería tan raro que alguno más joven te ganara la partida.

—¡Acepta, hombre! —aconsejó Dávila, los ojos brillantes por la novedad—. Será interesante ver cómo os enfrentáis por una cría.

Ambos amigos, desafiantes, ignoraron a sus compañeros de mesa.

—Te sientes muy seguro de tus cartas, ¿verdad?

Santacruz no respondió. Se limitó a mirarlo con fijeza y Rivero no tuvo más opciones que ceder.

— Está bien, acepto el reto.

— ¡Brindemos entonces!

Santiago interrumpió a Dávila levantándose de inmediato. No había en él la menor chispa de alegría.

—Se me ha hecho tarde. Nos vemos.

—¿Y tú, Juan?

El aludido se incorporó también sin que nadie pudiera leer qué escondía bajo su pétrea expresión.

—¡Nunca celebro con antelación una victoria! Hasta la noche.

Salieron juntos, hombro con hombro. Una vez en la calle la súplica de Rivero surgió espontánea.

—Juan, ¿podrías pensarte...?

—No —negó conciso.

—¡Me interesa esa mujer! —gimió Santiago con sinceridad.

—¡Pues gánatela!

—Tú lo has dicho. No es como las otras ¡Aún no es el momento!

—Sé cómo es Tess. Por eso hice la apuesta.

Dejó una propina al mozo que le había acercado el deportivo y se introdujo en el auto.

Santiago Rivero lo vio desaparecer, raudo, en la venida. Después contempló la punta de sus zapatos con el alma encogida, maldiciendo la ligereza del comentario que había provocado una situación estúpida, consciente de que llevaba todas las de perder.

La finca de los Mendoza protegía la intimidad de la familia con altos muros cubiertos de madreSelva. Al menos esa era la idea que tenía Tess cuando se puso aquella tarde a tomar el sol en toples sobre una hamaca del jardín. Absorta en la lectura de su admirada Isabel Allende, empezó a sentir un cosquilleo de desazón que le hizo levantar los ojos del libro y mirar a su espalda, al único lugar de donde podía provenir la intrusión, la torre de los Santacruz. Un bastión cuadrado que se alzaba en un extremo de la casa y que superaba en varios metros la tapia.

Descubrir tras el ventanal la figura del desconocido de ojos negros la dejó sin aliento. Pero allí estaba, pendiente de ella, sin el menor disimulo.

Ruborizada, abandonó el ejemplar sobre la hamaca, se envolvió en el pareo con el que había salido, y se adentró en la vivienda. Aunque sus padres veían un programa de televisión, amartelados en el sofá, no le preocupó interrumpirles.

—Mamá, ¿quién vive en casa de Matilde?

Desconcertada, la pareja dudó un momento. Respondió su madre, mirándola con extrañeza.

—Que yo sepa, no tiene invitados.

—Pues he visto un hombre que... —No terminó la frase, comprendiéndolo de repente— ¡Es Juan!

—Puede ser —admitió su madre—. Ahora está aquí.

—¿No lo has reconocido? —Sonrió su padre, apagando el aparato—. ¡Claro, tampoco es extraño! Lleváis muchos años sin coincidir.

—Muchísimos —asintió su esposa—. Juan estudió el bachillerato en Europa.

—Sí, es verdad.

—Entonces, ese ... ¿Ese es el hombre que me llamaba princesa?

—¡Y que te cambiaba los pañales! —Rió su madre—. ¿Recuerdas el miedo que me daba verla en sus manos? ¡Pero a ti te hacía tanta gracia que se lo consentíamos!

—Sí —A la sonrisa de su marido asomó una mueca de nostalgia— Fueron buenos tiempos. ¡Pena de muchacho!

—¿Qué pasa con él? —Tess había olvidado su interés por el libro y el sol.

—Cosas que no te incumben, hija.

Tess frunció el ceño. La curiosidad, si cabe, más avivada.

—¿Por qué no? Es nuestro vecino y Matilde mi madrina ¿no va a interesarme qué ocurre con él? Además, si tuvimos un trato tan íntimo, ¿por qué ahora ni sé quien es?

—Tampoco hay tanto que contar, Tess. Tenía un gran futuro y lo echó a perder por amoríos equivocados.

Antonio Mendoza se incorporó del sofá y besó la frente de su hija.

—Me voy al despacho. Los cotilleos femeninos no me interesan.

—No son cotilleos, Antonio. —Se defendió su mujer—. Es lo que ocurrió. Y sabes que a mí nunca me ha gustado hablar de Juan.

—Cierto, cariño; pero has despertado el interés de esta fierecilla y me temo que tendrás que complacerla —Rió, besándola en los labios—. Da igual; tarde o temprano tenían que llegar a sus oídos las tonterías de la gente. A no ser que esta vez también desaparezca pronto.

Tess ocupó el lugar de su padre, la intriga visible en su semblante.

—¿Qué ha querido decir papá? ¿De qué habla la gente? ¿Y por qué Juan no vive en Veracruz?

Marta de Mendoza suspiró, mirando a su hija. Se había transformado en una preciosa chiquilla mientras estudiaba en Boston. No es que antes no lo fuera, pero la adolescente habían dejado paso a una joven de cuerpo esbelto y rostro atractivo. ¡No tardaría en convertirse en la meta de muchos calaveras de la ciudad! Una cierta aprensión le entristeció el ánimo, consciente de que no podría protegerla como cuando era pequeña y tendría que dejar que se enfrentara a dilemas de adulta que la harían sufrir. Su querida amiga Matilde llevaba años padeciendo por su único hijo, y ella temía ahora por el futuro de los suyos, especialmente el de Tess, puesto que la sociedad seguía siendo machista por mucho que las mujeres se rebelaran.

—Mamá, te has quedado seria. Si te molesta hablar de Juan, lo dejamos.

Lo dijo con sinceridad, preocupada por el cúmulo de emociones que había desfilado por el rostro de su madre sin que, al parecer, se diera cuenta.

Marta sonrió, acariciando las manos de su hija.

—¡Se me ha ido el santo al cielo, cariño! No estoy seria. De todos modos, no veo porqué habrían de interesarte las andanzas de Juan. A su lado eres un bebé.

—¡ Voy a cumplir dieciocho años! No veo donde está ese bebé, mamá —

reprochó, esquiva.

—Está bien, disculpame. ¡Se me olvida que has crecido! Pero tendrás que entender que, para mí, siempre serás una niña —Su madre sonrió con indulgencia—. Con todo, Juan te lleva diez años, así que sí eres una cría a su lado.

—Vale, de acuerdo, lo soy . ¿Me vas a contar lo que dicen de él o se lo tendré que preguntar a mis amigas?

Con otro suspiro, Marta puso cara de iniciar la historia, así que Tess subió los pies descalzos al sofá y se dispuso a escuchar.

—Aunque me duela admitirlo, Juan es un chico problemático. Su padre decidió que estudiara el bachillerato en un colegio inglés y volvió de Europa con unas notas impresionantes, pero ese verano se resarcía de los años de estudios a base de juergas. Comenzó una ingeniería en la Cristóbal Colón pero tuvo que terminarla en el extranjero porque provocó un escándalo mayúsculo, del que nunca me enteré muy bien, y hubo de marcharse. Cuando regresó, recibió algunos encargos gracias a la influencia de su familia, pero la mayor parte quedaron sin terminar porque... ¡Surgieron imprevistos! El último disgusto que tu madrina se llevó fue la primavera pasada. Una antigua novia montó otro escándalo a su costa. Aunque, por lo que sé, la culpa fue suya. Le buscó los pies a Juan hasta que lo lió y le obligó a largarse a Europa. Regresó hace poco, apenas un mes. ¡Lo extraño es que aún no se haya oído nada!

Tess rememoró los rasgos que tanto le habían impactado en el Club y no le sorprendió que las mujeres se volvieran locas por él. ¡Era un espécimen espectacular! ¡Sólo por su mirada se podía perder la cabeza! Ella nunca había vislumbrado unos ojos más negros ni más fascinantes.

Contrariada por la historia que su madre le había contado, torció el gesto.

—¿No será que la gente lo tiene en su punto de mira para no pasarle una? ¡Vividores hay muchos en Veracruz! No hay familia rica que no se precie de tener un calavera en sus filas.

Marta revolvió la melena despeinada de su hija. La pasión que ponía al defender a un desconocido denotaba su buen corazón; sin embargo, no quiso que se hiciera ilusiones.

—Podría ser. ¡Pero debería haber aprendido a ser discreto, aunque sólo fuera para evitarle disgustos a Matilde!

Tess hubo de dar la razón su madre. No obstante, su mirada se volvió soñadora.

—¡No me extraña que las mujeres lo acosen! ¿Te has fijado lo guapo que es?

—¡Cómo no voy a fijarme! ¡Tengo ojos en la cara y también soy una

mujer! Resulta clavado a su padre, que hizo suspirar a toda mi generación. ¡Qué pena que no saliera tan cabal como él! Hasta el día de su muerte no tuvo más interés que Matilde y sus negocios. ¡Menos mal que tú no me preocupas! Juan es un libertino, pero jamás se atrevería a tocarte.

La burla brilló en los ojos claros de Tess, recordando sus miradas.

—¿Qué te hace pensar eso?

Marta la reconvino, seria.

—Porque a pesar de los pesares, lleva genes Santacruz. Eres la hija del mejor amigo de su padre, que en gloria esté, y dudo que pudiera considerarte mucho más que una hermana. ¡Si supieras recordar cómo te mimaba de pequeña! Eras su juguete preferido, su princesa.

—¡Seguramente ni él se acuerda! —Quiso creer, abochornada.

—¡Claro que se acuerda! Siempre que ha preguntado por ti, te ha llamado con ese apelativo.

El sofoco calentó las mejillas de Tess, resaltando el zarco de sus ojos. Pero su mente se tornó audaz.

—¡Sería una pasada encandilarle!

La cara de Marta reflejó escándalo.

—¡Te prohíbo que digas tonterías, Tess!

Ella se arrodilló sobre el diván, más niña que nunca a ojos de su madre.

—¡Piénsalo con calma, mamá! ¡Me muero por experimentar esas sensaciones de las que hablan mis amigas! ¡Aunque solo sea estremecerme con un beso! Por supuesto que ya me han besado chicos en Boston pero ninguno me hizo tilín. ¡Practicar con Juan sería alucinante!

Marta se apartó de su hija, abiertamente preocupada.

—¡Me niego a creer que hablas en serio!

—¿Por qué? —El gesto de Tess se reveló sincero—. ¡Estoy siendo franca contigo! ¡Necesito perder este aire de timorata! ¿Con quién mejor que con un hombre que respetará mis límites?

—¡El amor no es ningún juego, Tess! —recriminó su madre con severidad— Juan es un hombre ante todo. ¡No pretendas jugar sin salir quemada! ¡Tu reputación quedaría destrozada! ¿Y dices que no eres una niña? ¡Menos mal que puedo fiarme de él!

Tess comprendió que había alarmado a su madre sin necesidad y recogió velas. Pudiera ser que en el futuro la necesitara como aliada.

—Discúlpame, mamá. ¡Se me ha ido un poco la olla! Pero no te negarás a que nos relacionemos... ¡A fin de cuentas, somos vecinos!

Marta de Mendoza se lo pensó, desconfiada.

—Sabes lo mucho que queremos a Matilde, y pese a sus historias, también

a Juan. Siempre será bienvenido en nuestra casa. Lo único que te ruego es que no pongas tu fama en entredicho.

La muchacha abrazó a su madre, satisfecha de haber logrado vía libre, aunque aún no tenía idea de cómo actuar.

—¡Descuida, seré buena chica! Ahora te dejo. He quedado con Mariel en su casa.

Marta contempló cómo su pequeña desaparecía escaleras arriba con el pelo bailándole en la espalda, apenas cubierta por el pareo y con los pies desnudos. Comprendía su entusiasmo y sus ansias de comerse el mundo, pero un temor arraigado en su esencia de madre le dijo que acababan de empezar los problemas. ¡A ver quién pedía a aquellas hormonas revolucionadas que tomaran decisiones sensatas! Se prometió mantener los ojos abiertos y los oídos alertas. Y, por si las moscas, rezaría para que Juan Santacruz resultara ser el hombre que ella esperaba.

El encuentro no fue premeditado. Tess cerraba la cancela de su casa cuando se cruzó en la acera de la urbanización con Matilde de Santacruz a punto de subir en una berlina Mercedes Benz. En vez de Roberto, su chófer habitual, era Juan quien le sostenía la puerta.

—¡Tess, cariño! ¡No he vuelto a verte desde que te di la bienvenida!

—Es verdad, madrina. Siento no haberme pasado a visitarte —Se disculpó, besándola y evitando mirar al hombre, que la sonrojaba con su escrutinio.

La dama sonrió con afecto.

— Has pasado muchos meses fuera. Es normal que todos queramos acapararte. Por cierto, te presento a mi hijo, Juan. El sí que lleva años en el extranjero. ¡Es imposible que lo recuerdes!

Juan se había mantenido de espectador, asistiendo a la charla con una media sonrisa que Tess percibió burlona, lo que la hizo reaccionar con altivez.

—No, claro que no lo recuerdo— Le tendió la mano con ademán glacial—. ¿Qué tal? ¿Cómo estás?

Su voz sonó cargada de diversión mientras obviaba la mano y besaba sus acaloradas mejillas.

—¡Patidifuso! ¡Has cambiado tanto que tampoco yo te he reconocido! La imagen que atesoro en mi memoria es la de un bebé al que cambiaba pañales.

La impertinencia del comentario puso a Matilde en la obligación de reprender a su hijo, aunque le apeteciera reírse con su salida de tono y el arrebol de la muchacha.

—Deberías aprender mano izquierda, Juan. Cuando se tiene la edad de

Tess, esos comentarios resultan desafortunados.

—No sé porqué, si son ciertos —Se regodeó al mirarla— ¡Eras un bebé adorable!

Captar la burla en su semblante incitó a Tess a abofetearlo, pero la presencia de Matilde la contuvo.

—Gracias. No me entusiasma el recuerdo, pero gracias —musitó entre dientes.

Matilde, sorprendida por la descarada diversión de su hijo, se apiadó del mal trago de su ahijada.

—¿Dónde ibas? Nosotros, al centro.

—A casa de una amiga, Mariel Vilas.

—¿La hija de Agustín? Nos cae de paso. Sube, te llevamos.

—No quiero molestar. Pensaba dar un paseo.

—¿Molestar?— bufó Matilde —Los aires americanos te han sentado mal, mi cielo. ¡Anda, sube!

Iba a obedecer para no desairar a su madrina, recriminándose que la apabullara la arrogancia de su vecino, pero el bochorno no le dio tregua cuando Matilde volvió a ponerla en apuros.

—¿Detrás? ¡No, por Dios! ¡Ve delante! Es normal que los jóvenes vayáis juntos. Además, a ti te encanta conducir.

—Sí —admitió, abrochándose el cinturón, sin mirar la cara de Juan—. Pero prefiero las motos.

— ¿No es un transporte un tanto... rudo para una dama?

Contuvo una fresca en consideración a su madre; eso sí, lo miró con desdén.

—¡Qué comentario más trasnochado! ¡No lo esperaba de ti.

—Ni yo ese aire altivo.

Matilde les miró, atónita.

— ¿Estáis riñendo?

— ¡Para nada, madre! Contrastamos diferentes puntos de vista ¿No es cierto, princesa?

Dio un respingo al escuchar el apelativo. Cada acto de aquel hombre la incomodaba y al mismo tiempo la seducía.

—Sí, podría decirse —Desvió la conversación para restarle protagonismo y se dirigió por el retrovisor a su madrina—. ¿Crecieron los rosales que plantamos?

—¡Están preciosos! Tienes que llegarte a verlos. Y para contarme cómo te fue en Boston.

—¡Hay poca cosa! Terminé con buenas notas y por fin dejé atrás Estados

Unidos. ¡Era cargante hablar todo el tiempo en inglés!

—¿Vas a estudiar una carrera?

Agradeció que su voz sonara neutra.

— No. Papá quiere que me especialice, pero no me apetece. La vida ha de ser más que libros ¿no?

Lo dijo sin intención y él no fue irónico.

—Sí, cuando te llegue el momento.

—¡Tengo dieciocho años!

—Diecisiete —puntualizó él.

—¡Bueno, para el caso! —se amoscó.

—No estoy diciendo que seas una niña —A Tess le sorprendió que se mostrara conciliador—. Sólo que te queda mucho por vivir.

—Juan tiene razón —intervino Matilde.

—¡Pero si eso es lo que pretendo, vivir!- replicó indignada—. ¡Estoy harta de regirme por normas encorsetadas!

—¿Tan estricto era el colegio?

La mirada de Juan pasó sobre ella de soslayo, sin bajar de su cuello, como si no quisiera contemplar las piernas que la breve falda dejaba al descubierto, ni la ceñida camiseta que moldeaba sus pechos.

—¿En Boston? ¡Imagínate! —Ahora que habían encauzado la charla no le apetecía dejarles, pero acababan de entrar en la avenida de Mariel—. Detente en el doce, por favor.

Su mano la rozó un instante cuando se inclinó para abrirle la puerta frente a la finca de los Vila y el rostro se le tiñó de mil colores. A Tess la llevaron los demonios por ser tan vulnerable aunque Juan disimulara notarlo.

—Gracias por traerme —Se despidió de él, con una pierna en el asfalto; después se giró para hacer lo mismo con Matilde—. Me llegaré por tu casa en cualquier rato.

La sonrisa de su madrina le respondió con afecto.

—Cuando tú quieras, cariño.

Algo más segura abandonó el auto, consciente de su imagen atractiva con el viento revolviendo su melena y la falda pegada a sus piernas, aunque la confianza le duró lo que tardó en vislumbrar la sonrisa burlona de Juan por el espejo lateral.

La pista del club se encontraba atiborrada de jóvenes moviéndose a ritmo de rock. En medio de su pandilla, Tess bailaba con Ontiveros sin percatarse de que Sara, una trigueña de ojos verdes, les contemplaba enfurruñada. En cuanto acabó

la canción, Red la abrazó.

—¿Tomamos un refresco?

Tess asintió, envanecida por el interés del chico más guapo del grupo. Se conocían desde la infancia pero también él había cambiado su físico, pasando de niño mono a joven atractivo, moldeado por el deporte y los buenos genes. Lo acompañó hasta la barra, ocuparon sendos taburetes y de inmediato el barman les puso sus bebidas habituales delante.

—¿Cuándo vamos a salir los dos solos, Tess?

Ella esbozó una sonrisa coqueta y cruzó las piernas, luciendo sus muslos morenos bajo la escueta falda.

—¿Para qué quieres salir solos? En pandilla es más divertido.

—Porque quiero hablarte de cosas que, estando con todos, no es posible — musitó él, acercando la boca a su oído y dejando posar la mano sobre la tibia piel de su rodilla.

A Tess le complació su audacia y amplió la sonrisa. Red lo tomó como una invitación.

—Vamos fuera. Aquí hace calor.

Tess se encontró sin saber reaccionar. Le apetecía tontear con su amigo pero, por otro lado, tenía claro que no le interesaba. Carecía de... Pensando qué le faltaba recordó el gesto burlón en el rostro de Santacruz y deseó borrarlo de un plumazo. No se le ocurrió mejor audacia que aceptar el juego de Red. Se levantó con un mohín de mujer fatal y salieron a la avenida bordeada de farolas.

Red enmarcó su rostro con las dos manos cuando se acomodaron en un banco próximo.

—¡Tess, necesito que lo sepas! Desde que llegaste sueño con estar contigo, con tocarte, con besarte...

Ella lo miró, indecisa. No podía escudarse en la ignorancia para rebatir el asalto de Red. Su experiencia en Boston había sido decepcionante pero no nula, y estaba de cajón que él buscaba besarla. Sin embargo, ahora que lo tenía enfrente no se sintió motivada. Importó poco, porque él la atrajo a su regazo y pegó los labios a los suyos. Le correspondió mientras una vocecita le gritaba con frustración que no era agradable, que no sentía aleteo en las tripas ni nada de nada.

Para remate, él dejó de besarla con un respingo.

—¡Sara!

Tess los contempló, aturdida. La acusación en la cara de su amiga, la culpabilidad en la de él... Se llamó idiota por meterse en semejante berenjenal sin averiguar antes cómo andaban las relaciones en la pandilla. ¡Jamás le había

pisado un novio a nadie! Para colmo, lo había hecho con un tipo que ni le importaba.

Sara, con las mejillas arrasadas en lágrimas, salió corriendo. Red se quedó como un pasmarote, sin reaccionar. Tess lo hizo por él.

—¡Ve tras ella, maldita sea!

—No. Es mejor así. Lo nuestro terminó. ¡Estoy enamorado de ti!

—¡No digas sandeces! —Se revolvió, furiosa por haber hecho daño a su amiga—. ¡Te gusto porque soy la novedad!

—¡No es cierto! —Se rebeló, molesto—. ¡Me importas mucho!

No lo insultó para no empeorar la noche. Lo único que quería era que saliera pitando en busca de Sara.

—¡Por Dios, corre tras ella! ¡No sabía que salierais juntos!

—Cortamos cuando llegaste. ¡Te he dicho que no te puedo quitar de mi cabeza!

—¡Déjate de tonterías, Red! ¡Sólo somos amigos! Siento haber coqueteado contigo, pero no dejes que Sara regrese a casa llorando o ninguno de los dos nos lo vamos a perdonar mañana.

Tras un instante de duda, Red se marchó en la misma dirección que Sara. Tess optó por volver a la suya también, sin despedirse de nadie; abochornada por su comportamiento de niña vanidosa.

Juan Santacruz conducía despacio, regodeándose en el recuerdo de la última mujer que había tenido en los brazos. Nada definitivo pero sí agradable, se dijo. Aunque empezaba a cansarse de ese tipo de relaciones.

No se percató del jaleo que armaba un grupo de muchachos acosando a una chiquilla hasta que los tuvo más cerca y descubrió a Tess.

Ella no lo vio, atenta a defenderse de las manos que pretendían sujetarla.

Abrió los ojos despacio, martirizada por las punzadas que le oprimían las sienas. Le costó enfocar la vista y cuando lo logró, pensó que deliraba ¿Qué demonios hacía Juan Santacruz a su lado? Quiso incorporarse pero una mano en su hombro la obligó a seguir tumbada. Con los nervios a flor de piel, lo miró, suspicaz.

—¿Dónde estoy?

—¿Te duele algo? ¿Me distingues bien?

La voz enfadada resonó en su cráneo, cargada de reproche.

—¡La cabeza! ¡Va a estallarme! —confesó, sin salir del aturdimiento.

—Se pasará. Tienes un chichón ¿Sólo eso? ¿Me ves bien?

Su insistencia la molestó y replicó de malos modos.

—¡Sí, claro que te veo bien! ¿Por qué no iba a verte bien?

Detectó ira en las pupilas negras y un rictus de enfado en su semblante, atractivo a más no poder con la ligera barba que le había crecido en los últimos días. Le temblaron las piernas al pensar que estaba con él.

Juan se adelantó a sus preguntas con una brusca explicación.

—Uno de los niños que te atacaron te lanzó contra la pared y recibiste un golpe muy fuerte. Te desmayaste ¡Podrías tener algo interno! ¿Qué diablos hacías sola, a esas horas, en la calle?

Los sucesos de la noche anterior desfilaron por su mente y el sufrimiento se reflejó en sus ojos. Juan entendió su sobrecarga de emociones y suavizó el gesto.

—Te vi en el club, bailando con tus amigos ,sobre las once. Pero cuando te he encontrado serían las siete. ¿ Dónde ibas sola a esas horas?

Tess contuvo las ganas de llorar. ¡El hombre que quería conquistar la estaba regañando como un padre a una hija adolescente! La vergüenza la mortificó.

—¿Me das agua? ¡Por favor!

Juan se incorporó y ella lo admiró con disimulado anhelo. Con una camisa de lino y las largas piernas embutidas en pantalón azul, resultaba devastador. Hubiera dado media vida por cambiar la situación y que él la mirara como a una mujer, como a cualquiera de esas con las que protagonizaba escándalos.

Él, ajeno a sus pensamientos, regresó con un vaso.

—¿Dónde estamos?- preguntó, intimidada.

—En mi apartamento.

—¡No sabía que tuvieras un apartamento!

Juan evitó responder y se mantuvo serio. Fue al incorporarse cuando Tess descubrió que estaba en ropa interior. Su gesto de asombro sí consiguió arrancarle una sonrisa.

—¡No pongas esa cara! Tenía que comprobar que no tuvieras nada roto.

Tess, con el vaso a medio camino, maldijo que, para una vez que la había tocado, ni se había enterado. Juan no supo interpretar su falta de reacción y le acercó el agua a los labios, acomodándose a su vera e intentando una broma.

—No me lo tomes a mal ¡Sabes que te he puesto muchos pañales! Y si la idea no te consuela, recuerda que tengo fama de haber desnudado a cientos de mujeres.

En su voz latió una mezcla de cariño e ironía que la dejó desconcertada. Cada hora de la noche anterior le pasó factura y, de repente, se desmoronó y se dejó caer sobre su pecho, sollozando con desespero.

Juan, tomado por sorpresa, la acogió en su regazo y le acarició el pelo en un intento por calmarla, acallando la inesperada sensación que despertó en sus

sentidos el contacto de la tibia piel que se apretaba contra la suya.

—Tranquila, princesa. Las cosas nunca son tan graves; ya verás... —Le izó la cara con suma ternura—. No me gusta que llores.

— ¡Quiero morirme!

Lo confesó en un susurro, preparada para su burla. Pero Juan no se lo tomó a broma.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Mi amiga Sara —hipó— Ha intentado suicidarse ¡Por mi culpa ! A mí no me interesa Red, ¿por qué tenía que besarlo? —Se aturulló con las palabras, al borde la histeria—. ¡Aunque tampoco lo sabía! ¡Yo no sabía que salían juntos antes de que él ligara conmigo! ¡Nunca se me hubiera ocurrido hacerle ese feo a Sara! Somos amigas desde la guardería.

Volvió a sollozar, asustada por el daño que había provocado y Juan se relajó al conocer los motivos. Se hubiera reído de no ser porque una cría debía andar en el hospital y otra estaba a su lado, cargada de culpabilidad por jugar a mayores. Mantuvo la cabeza rubia contra su hombro y la acarició buscando calmarla. Tess, reconfortada por el contacto, suspiró y se dejó mimar.

—Sara recapacitará. Comprenderá que son tonterías de juventud —La animó él una vez que las lágrimas cesaron.

—¡Pero tuve la culpa! ¡No debí permitir que Red me besara!

—Fue una tontería sin importancia. Aunque tienes razón, no debes ir besando porque sí a cualquier tipo que te lo pida.

Ella se revolvió, de repente enfadada.

—¿Por qué no?

A Juan le desconcertó su rabia.

—Tú misma has dicho que no lo querías.

—¿Y qué? ¿Tú sólo besas a las mujeres que quieres?

Juan sonrió, flemático. Tardó en contestar; a cambio la atrajo a su regazo. Aunque no quería planteárselo, le gustaba su contacto.

—No es lo mismo.

Ella pensó que sí lo era, pero no iba a iniciar una discusión. Prefirió recrearse en el calor del cuerpo masculino. Duró poco. Para su fastidio, Juan se apartó.

—Sigo sin entender qué hacías en la calle.

Se adelantó a su reproche contándole lo ocurrido.

—Fui una inconsciente, lo sé. Pero cuando Diego llegó a casa y me contó que Sara estaba en el hospital porque se había tomado unas pastillas, no pude dormir. Me avergonzó confesarle mi parte de culpa y no sabía con quien desahogarme sin quedar como una mala persona ¡Ni a Mariel, que es mi mejor

amiga, me atreví a llamar! Me vestí de cualquier modo y salí a la calle para despejarme. Hasta que me rodearon esos chicos, no me di cuenta de lo tonta que había sido. ¡Nunca esperé que las calles de Veracruz resultaran peligrosas! ¡Menos mal que apareciste!

Le besó, llevada por el agradecimiento, pero se apartó enseguida, temerosa de haberlo molestado.

Juan la contempló con el semblante severo.

—Fue cuestión de suerte que la situación no pasara a mayores. Al menos te servirá de experiencia para no portarte en adelante como una atolondrada —La obligó a tenderse y la arropó con afecto—. Descansa un rato. Más tarde avisaré a tus padres, no vayan a preocuparse.

Bajó el estor del ventanal antes de volverse a mirarla.

—Duerme tranquila. Estaré ahí al lado por si me necesitas.

Tess asintió, sin saber qué añadir que no la dejara a sus ojos como una niña malcriada. Pero cuando él cerraba la puerta, cedió a la tentación de ponerle broche a un día infernal.

—Gracias por todo, Juan. Gracias por aparecer.

Su sonrisa la reconfortó.

—Sería el destino, princesa. Descansa.

No sabía qué hora era pero no sintió el menor deseo de moverse. Se regodeó en la conversación y en las sensaciones de haber estado en los brazos de Juan. No se parecía en nada a lo que ella ansiaba, pero era un avance. Perfilaba ideas locas en su mente de cómo podría comprometerlo para una cita cuando la puerta se abrió y el objeto de sus deseos la saludó con una breve sonrisa. Llevaba el pelo húmedo y se había mudado la ropa formal por unos tejanos y una camiseta blanca que se ajustaba a los pectorales como un guante. Era un dios hecho hombre y ella sólo alcanzó a quedarse muda.

— Buenos días ¿Has podido descansar?

— Sí, gracias.

¡Cómo si encontrarla en su dormitorio fuera cosa de todos los días! Imaginaba que no tenía parangón con las chicas que compartirían su cama pero le resultó humillante que la tratara con naturalidad.

—Hablé con tus padres y se llevaron un susto tremendo. Me costó convencerlos de que no necesitabas que vinieran a recogerte.

Los recuerdos del día anterior regresaron en tropel, mortificándola de nuevo.

— ¿Cómo voy a explicarles...? ¡Pensarán que estoy loca!

—¡No te martirices! Lo único que les importa es que anoche no te ocurriera nada.

Se vio consolándola, pero a la luz de la mañana se percibían las cosas de otra manera. No quería dejarse llevar por las confusas sensaciones de disfrutar con Tess en sus brazos, así que se retrajo y adoptó un tono impersonal.

— Si quieres ducharte, el baño está tras esa puerta. No tardes.

Tess miró el lugar indicado y luego a él, a su cabello húmedo. ¿La habría mirado mientras dormía? ¿Qué habría pensado al tenerla allí, como a cualquiera de sus amigas?

Juan, ajeno a sus divagaciones, subió el estor y la estancia se iluminó con el sol de mediodía.

— Luce un día precioso ¡Venga, arriba!

Arqueó una ceja al notar su pose rígida, sosteniendo la sábana bajo los brazos. Lo entendió de golpe y soltó una risotada.

—¡Estás esperando que me vaya! Disculpa. No había caído.

—¿Acostumbras a quedarte mientras tus amigas se visten?

Tess se arrepintió de su salida de tono nada más soltarla. Juan se escudó en un gesto irónico.

— Por lo general, sí. No tardes.

El cuarto de baño era tan impersonal como el dormitorio. Contenía botes caros de champú y gel, dentífrico, una colonia masculina y toallas limpias sobre una balda de cristal.

Bajo el chorro de agua se preguntó cuántas mujeres se habrían duchado allí mismo y la rabia la recomió por dentro; sobre todo, cuando al secarse no tuvo otro atuendo que ponerse que los gastados tejanos, la sudadera con capucha y los tenis con los que había salido deprisa y corriendo la noche anterior. Se recogió el cabello en una coleta alta y el espejo le devolvió la imagen de la niña que en realidad era.

Con el ego maltrecho lo buscó fuera de la alcoba, sorprendida de que la cama ya estuviera hecha. El apartamento disponía del dormitorio, el baño, y un reducido salón con cocina americana que se abría al mar con una espectacular terraza. Lo encontró apoyado en el mirador, tomando un café. Se volvió a escucharla. Sobre una mesa de cristal aguardaba un copioso desayuno.

—Compré croasanes calientes. El zumo es natural, recién exprimido. No sabía si tomas café.

—Me encanta el café. Y te agradezco las molestias —Ignoró la curiosidad de los ojos negros, que la sondearon preguntándose el motivo de su sarcasmo—.

Lo harás con todas... Lo de preparar el desayuno, digo.

—¿A qué vienen esos aires, princesa? Tengo este piso para mis enredos, sí; pero no esperaba que te ofendiera al traerte. ¡Fue el único sitio que se me ocurrió a unas horas tan intempestivas!

Tess se calló las ganas de gritarle lo que realmente la ofendía, que la tratara con remilgos y no brillara en sus ojos ni una pizca de interés masculino. No obstante, comprendió que dicho arranque sólo provocaría sus burlas. Simulando una seguridad que no sentía, se sirvió zumo y mordisqueó el dulce.

—No estoy ofendida. Te pido disculpas. Me sobran motivos para estarte agradecida.

Juan frunció el ceño y le volvió la espalda, aparentemente interesado en el horizonte. Cuando supuso que ella había terminado lo recogió todo, sin permitir que lo ayudara.

Tess aprovechó para curiosear el salón. En una esquina del sofá de cuero blanco reposaba una manta doblada con pulcritud. Con seguridad la habría usado para arroparse mientras ella se apropiaba de su cama. La decoración se reducía a unas marinas, una televisión gigante de plasma y muebles de diseño. Ninguna fotografía, nada personal.

Abandonaron el edificio por las escaleras y subieron a un deportivo negro en el solitario garaje.

—¿Por qué no hemos cogido el ascensor? —Le picó la curiosidad.

—Para evitar encuentros embarazosos. Si mi compañía es poco recomendable, peor sería que te vieran saliendo de mi apartamento. Las malas lenguas propagarían que ahora me dedico a menores —Lo subrayó con un deje de burla, aunque matizó sus palabras al percibir la rabia en su rostro—. ¡Ya sé que has crecido, Tess! No necesito que te empeñes en demostrármelo; pero no dejas de ser una niña a mi lado.

Prefirió no replicar. Pese a desear que la viera de otro modo, comprendió que no estaba a la altura. Hasta el momento no habían mantenido una conversación que no la alterase a ella o lo divirtiera a él. Quedaba meridianamente claro que tenía mucho que aprender antes de jugar con Santacruz.

Frente a la finca, Juan alargó el brazo y le abrió la puerta, sin rozarla.

—Hasta pronto, Tess.

—¿No entras?

—No.

—¿Por qué? Mis padres querrán agradecerte...

—Por eso mismo. Fue casualidad que te encontrara. Además, lo hubiera hecho por cualquier muchacha. Pero que te sirva de escarmiento. No es bueno

dejarse llevar por los impulsos.

Se apeó del auto, abatida.

— Gracias. Procuraré no olvidarlo.

No se quedó para ver la tierna sonrisa que su actitud le provocó.

Durante unos días Tess se quedó en casa. Salió únicamente para hacer las paces con Sara. Le avergonzaba dar la cara ante su pandilla, aunque Mariel acudió a tranquilizarla y su familia no mostró más reacción que un caluroso abrazo de sus padres y un reticente ¿Estás tonta, tía? de Diego al recibirla esa mañana.

A Red no quiso verlo ni en pintura. Sara le confesó que había acudido al hospital y le había pedido perdón, pese a lo cual, dijo, se pensaría si concederle otra oportunidad. Tess no intercedió por su amigo, furiosa por el embrollo en que la había metido.

Sin embargo, lo que la torturaba eran sus sentimientos por Juan. Él le había mostrado una cara tierna y dulce que le ponía el corazón a cien, y por otro lado, había dejado patente que la distancia entre ellos era insalvable. ¡Nunca dejaría de verla como a una criatura! La irritaba y al mismo tiempo la provocaba, le despertaba el instinto de demostrarle cuán equivocado estaba.

Le escoció que no apareciera por su casa ni asomara la nariz tras las cristaleras del torreón. Por más horas que se pasó en la hamaca, con las dos piezas del bikini bien encajadas, no llegó a divisarlo. Temió, incluso, que se hubiera vuelto a largar, pero tampoco se atrevió a preguntar para no inquietar a su madre.

Una tarde, cansada de flagelarse, cogió la moto y enfiló hacia las afueras de la ciudad, sorteando matorrales hasta alcanzar una pequeña colina con un único ocote [\[1\]](#) y sin un alma en los alrededores. Dejó el vehículo bien asentado y apoyó la espalda en el tronco, respirando el aire limpio. Olía a humedad porque días atrás había llovido en abundancia, pero esa tarde el sol resplandecía.

Diez minutos después, el sonido de un motor rompió la armonía de su paz interna y el corazón le saltó en el pecho al descubrir el deportivo de Juan avanzando por el accidentado terreno.

Cuando salió del vehículo, con gafas de sol, vaqueros desgastados y una camisa del color del cielo, temió quedarse sin voz, pero por suerte su mala uva fue superior a su embobamiento y le increpó, enfadada.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí?

La respuesta de Juan llegó en forma de risotada divertida mientras se tiraba al suelo a su lado.

—¡Lo mismo podría preguntarte yo! ¡Este es mi rincón favorito!

—¡No digas tonterías! Es el mío.

—¡Menuda coincidencia! —Se quitó las gafas para mostrarle que estaba de broma, pero decidió sincerarse ante su semblante enfurruñado—. ¡Vale! Lo admito. Te he seguido. Te vi salir de casa y me apeteció averiguar dónde te refugiabas; aparte de comprobar tu pericia con ese trasto. ¡Lo dominas de muerte! Puede que hasta me atreva a subir contigo.

Ella le volvió la espalda y se tumbó boca abajo, sin importarle que el terreno arenoso le arañara la piel de los brazos. La mezcla de sensaciones al tener a Juan a su lado la convertía en una criatura vulnerable y no sabía cómo lidiar con ello.

—¡Pues ya hace un rato que estoy aquí!

El imitó su postura y clavó sus negros ojos en los claros que se le negaban. Le tocó la barbilla y la obligó a mirarlo. Su voz, cariñosa.

—Preferí dejarte un tiempo a solas. Supuse que buscabas intimidad.

—Me aburría en casa —confesó, turbada por el contacto.

Él pareció sorprendido.

—¿Qué pasa con el club? ¿Tienes reparos en encontrarte con tu amigo?

—¡Para nada! Aunque, la verdad, tampoco me apetece verlo. ¡Y eso que se ha disculpado con Sara! —Le gustó imaginar que parecían confidentes—. Ella se pensará si volver o no, pero desde luego yo no seré un impedimento.

—Tu amiga haría bien en hacerse de rogar —opinó él, arrancando una brizna de hierba y mordisqueándola, sin quitarle la vista de encima—. En cuanto a tu actitud, no seas tan estricta; es normal que el muchacho se encaprichara. Sabes que eres preciosa, y la belleza atrae a los chicos.

Tess se sonrojó por su comentario y apartó el rostro para ocultar el gozo que la embargó escucharlo.

—Sé que gusto a los chicos. Ya me pasó en Boston. Pero tampoco tengo ganas de provocar enfrentamientos entre mis amigos —De pronto se calló, sobresaltada— ¿Por qué te cuento estas tonterías? ¿Y tú, por qué pierdes el tiempo conmigo? ¡Fijo que piensas que son niñerías!

—Lo son, pero te afectan a ti y no quiero que estés triste.

Ruborizada de placer, aprovechó una sutil treta.

—¿Por qué? ¿Qué puede importarte? Llevamos años sin tratarnos.

—Aunque transcurra una eternidad, nunca dejarás de ser mi princesa.

Lo dijo en un susurro pero sonó tan burlón que ella se revolvió en la hierba.

—¡No te burles! ¡Y no me vuelvas a hablar de pañales ni cosas así! ¿Cuándo vas a aceptar que he crecido?

Juan le acarició una mejilla.

—Te dije que lo había notado. Es demasiado evidente, Tess.

—¡Pues trátame como a una adulta! —masculló, enojada.

Por un instante la mirada oscura se nubló mientras Juan calculaba la respuesta. Su mano permanecía sobre el hombro desnudo de la muchacha, sintiendo la tibieza de su piel. Optó por ser correcto y rompió el contacto.

—¿Quieres salir conmigo esta noche?

Ella creyó que seguía de broma, pero no, su mirada era directa y su semblante estaba serio. ¡Lo había conseguido!; Había conseguido una cita con Juan! Pese a todo, se mostró comedida.

—¿Lo quieres tú?

—Te lo estoy pidiendo.

Tess se perdió en su boca, en el movimiento de aquellos labios susurrando las palabras con las que había soñado y comprendió que estaba colada por él.

Hubiera sido perfecto que Juan aprovechara el momento y la tumbara sobre la hierba para comérsela a besos; pero por el contrario, se colocó las gafas y se incorporó sacudiéndose la hierba de los tejanos.

Ella lo imitó, rauda.

—¡Sí, sí quiero que salgamos! —Se apresuró a asentir, temerosa de que se retractara.

—A las diez entonces. Esperaré frente a tu casa.

De pie, uno frente al otro, Tess izó la cabeza para estudiarlo. Le sacaba un palmo de altura y cubría el sol con su ancha espalda de nadador. Los tejanos se le escurrían en las caderas dándole un aire indolente que le secó la boca. ¡El físico de aquel hombre era espectacular! Y si bien ella era guapa de cara, apenas tenía para ofrecer su metro setenta y dos y sus formas juveniles.

Su rostro debió mostrar alguna desilusión porque él esbozó una sonrisa y le acarició la mejilla.

—Me quedo más tranquilo si vas delante y puedo vigilar que no atropellas a ninguna ardilla con ese armatoste.

—Ese armatoste se llama Ducati 1199 Panigale, y es un modelo del año pasado, que he recibido como regalo por superar mis exámenes con excelentes notas —replicó, orgullosa.

—¿No hubieras preferido un Porsche? —Rió él.

—No, ya sabía que tú tendrías uno si quería probarlo. Sigo escogiendo la moto —Se permitió bromear.

Juan le regaló una carcajada al tiempo que le alborotaba el pelo.

—¡No olvides ponerte el casco! Sólo el sonido de arranque ya da miedo.

—¡Mira quien fue a hablar! Tu deportivo es más peligroso.

Una mueca gamberra se dibujó en los sensuales labios masculinos.

—Es posible; pero sabe quien es su dueño.

—¡Prepotente!

Le golpeó el pecho con el puño y él volvió a reír, sintiéndose cómodo con el intercambio de puyas. Sin embargo el sol se estaba poniendo y se preocupó por ella, pese a haber constatado que conducía con pericia.

—Venga, charadas a un lado. Súbete a ese caballo para que pueda seguirte a distancia.

Tess obedeció, sin privarse de sacarle la lengua.

Ambos se pusieron en camino. Al llegar a la entrada de la urbanización, Juan pitó una vez y se despidió con la mano. Tess, eufórica, le devolvió el ademán.

Tras mudarse veinte veces de equipo, se decidió por un vestido azul anudado al cuello. Dejaba entrever un bonito escote y parte de su espalda, pero la suave tela no se pegaba demasiado a su cuerpo haciéndolo provocativo. Se encontró atractiva y mayor, por tanto le pareció adecuado. Calzó sandalias de tacón, dedicó un largo rato a maquillarse y dejó su melena suelta. Después, buscó a su madre. También ella estaba arreglándose.

—Hola, mamá ¿Salís hoy?

—Sí, cenamos con los Alcázar —Frunció el ceño al mirarla— Te has maquillado mucho ¿no?

—¿Demasiado? —Se acercó al espejo, preocupada.

—No, demasiado no. Pero sí más de lo habitual. ¿Dónde vas?

Mantuvo la mirada a su madre, consciente de que se la jugaba.

—He quedado con Juan.

El reproche asomó a la mirada de Marta de Mendoza.

— ¡No me reprendas! ¡Prometo portarme! Sólo quiero que me des permiso para llegar más tarde. ¡Resultaría patético recogerme a la una!

—Para alguien de tu edad está de sobra —replicó su madre, cuestionándose si permitir la cita.

—¡Mamá! ¡No quiero que Juan se ría de mí!

—Dudo que lo haga. Demuestra tener más cabeza que tú.

—¡No seas así! —Se acercó y le regaló un arrumaco, cuidándose de no estropear su pintura de labios—. No sé a qué hora me recogeré, tal vez temprano. Sólo te pido que no os preocupéis.

—Intentaré no hacerlo. Pero insisto en que me ofrece más confianza Juan que tú. Desde que llegaste de Boston parece que hayas perdido la sensatez.

—¡No me ofendas! —Rió, contenta con su victoria— Diviértete con papá.

Estaba ya en la puerta cuando se volvió.
— Mamá ¿aún estás enamorada de él?
Su sonrisa resultó elocuente.
— ¡Claro que lo estoy! ¡Adoro a tu padre!
— Yo quiero un matrimonio igual —Confesó, ilusionada.
— Entonces cuídate de elegir al hombre adecuado —respondió Marta, seria de nuevo.
— ¿Juan no puede serlo?
La alarma se reflejó en el rostro de su madre.
— ¿Te has encaprichado de él ?
— No, mamá. Aunque sería de lo más fácil.
— Procura que su encanto no te atrape. A Juan le sobra experiencia.
— ¡Eso es lo que lo hace interesante! —Admitió con sinceridad—. Pásalo bien. ¡Prometo que seré buena chica!
En el salón sonaron las diez.

Juan Santacruz aguardaba en la calle. Llevaba un traje de lino crudo con una camisa azul marino que resaltaba sus rasgos morenos. Tiró el pitillo a la calzada cuando sintió abrirse la verja de los Mendoza y salió para recibir a Tess, disimulando el impacto que le causó su nuevo aspecto.

— Buenas noches, princesa. ¡Estás radiante!

— Gracias.

Prefirió mostrarse irónica para ocultar cómo le afectaba la apreciación en sus ojos, aunque sólo logró que se tornaran burlones.

— ¿Te has pintado tanto para parecer de mi edad?

— ¡No voy muy pintada!

— Sí que lo estás. Y te favorece. Pero te prefiero con la cara lavada.

— ¡Me importan un comino tus preferencias! —replicó, mortificada porque no la tomara en serio— ¿Dónde me llevas?

Habían subido al deportivo mientras discutían, sosteniéndose las miradas. La masculina fue socarrona al ponerlo en marcha.

— Te dejo elegir.

— Donde vayas con a tus amigas.

Si la propuesta le sorprendió no lo dejó traslucir. Se limitó a sonreír con la vista al frente.

— Mis amigas suelen terminar en mi apartamento.

Con el corazón galopante, Tess se alegró de tener una réplica adecuada.

— Ya estuve allí.

La carcajada fue amplia y sus pupilas rieron también.

—Touché, princesa —Le concedió con un gesto—. ¿Conoces Xanadú?
¡No, claro que no! Ninguno de tus amigos tiene edad para frecuentar esos antros.

—Sólo conozco el club —admitió, obviando el asunto de la edad.

—No estoy seguro de que te guste —confesó él— Pero si te desagrada nos vamos y en paz. —Recuperó su actitud irónica— Aunque imagino que servirá para saciar tu curiosidad.

—Si te empeñas en ser mordaz, estropearás la noche —amenazó seria.

—Tendremos una tregua, entonces —concedió— ¿Has cenado?

—Sí, tomé una hamburguesa con Diego.

—¿Te importa si yo pico algo?

Tess se encogió de hombros, conforme.

La llevó a una terraza de Los Portales donde el danzón, la salsa y la marimba resonaba para los jarochos [\[2\]](#) y los turistas que abarrotaban las mesas.

Tess conocía el lugar de haber ido con sus padres, aunque rara vez se mezclaba con la gente en sitios tumultuosos. Por lo general se movía en círculos selectos ; cafeterías elegantes y clubes privados.

La experiencia de ir del brazo de Juan, disfrutar de la música que ponía en movimiento sus pies y probar unos cuantos manjares ofrecidos directamente de su plato, la hizo reír con espontaneidad, seducida por la noche veracruzana y la compañía, tan cómoda como él entre la riada de personas que llenaban las calles.

Cuando volvieron al deportivo, ambos estaban contentos.

—¡Para haber cenado ya no lo has hecho mal! —Bromeó él mientras daba una propina al chico que les había vigilado el auto.

Tess rió, divertida.

—¡Lo siento! Sé que no es de buen tono comer a dos carrillos, ¡pero es que todo estaba buenísimo!

—Sí, de vez en cuando es agradable dejar a un lado los platos selectos y los camareros almidonados.

Ella asintió, de repente nerviosa.

— ¿Y ahora? ¿A Xanadú?

Una nube ensombreció el semblante masculino pero Tess no lo captó, ansiosa por conocer esos sitios en los que él se movía a sus anchas.

—Lo prometido es deuda —asintió sin mostrar lo poco que deseaba acudir allí.

La transitada vía se hallaba plagada de locales nocturnos. Juan detuvo el automóvil frente a uno de ellos y un chaval le salió al paso, lo saludó con familiaridad y recogió sus llaves.

Un cartel centelleaba el nombre del garito ante el que una larga cola de gente aguardaba para entrar. Juan la obvió y la condujo por un lateral donde un tipo con pinta de boxeador les cedió el paso sin mediar palabra.

A Tess le sorprendió el interior. Las luces de fuera parecían amortiguadas dentro. Predominaba la penumbra y la música melódica. No alcanzó a ver más que reservados con sofás y mesas bajas. Alrededor de la pista, algunas mesitas con sillas.

Juan cercó su cintura y la encaminó a la barra. La atendían un par de atractivos muchachos y una chica despampanante. Ella se acercó sin ocultar su curiosidad.

—Buenas noches, Juan. Y la compañía.

—Hola Charita. Mucha gente ¿no? —objetó él mirando en rededor, sin concederle el menor interés.

—Si quieres, te busco una mesa —Sus ojos rasgados se pasearon por la figura de Tess con un deje de burla— ¿Privada o...?

—Que dé a la pista; si quedan.

—Te busco —Llamó a uno de los chicos— ¡Pedro, sirve por aquí mientras!

Juan observó la cara de Tess y se maldijo por introducirla en un ambiente donde el personal no se cortaba en meterse mano, ya fuera en los reservados o en la pista de baile. Era una discoteca a la vieja usanza, con música lenta para parejas.

—Bueno, ¿qué te parece?

Ella se encogió de hombros, disimulando su desilusión.

—Oscuro, pero no está mal.

El muchacho tras la barra aguardaba, comiéndose con la vista a Tess y su escote. Ducho en la materia, Juan abarcó la breve cintura con ambas manos y le regaló a Tess una sonrisa de marcar territorio que retiró el interés del chico.

—¿Qué quieres tomar?

La cogió por sorpresa e improvisó.

—¿Qué bebes tú?

—Whisky, solo.

—Lo mismo, entonces.

Juan enarcó una ceja, dubitativo.

—¿Lo has probado antes?

—¡Por supuesto! —mintió con aplomo, enfadada por su paternalismo.

El chico les sirvió en vaso corto de la botella que sabía tomaba Santacruz y

se retiró a un discreto segundo plano. Gesto que agradeció ella en cuánto montó el numerito más inesperado de su historia. Bebió un trago largo y creyó morir cuando el alcohol le quemó la garganta. Atorada, tosió, y no tiró el vaso porque Juan lo cogió de sus manos, atento y desconfiado por sus aires de estar de vuelta.

—¡No lo habías probado en tu vida! —Le reprochó en un susurro furioso.

—¡No! ¿Y qué? —Sus ojos casi lloraron por la tos y la rabia.

Para su desconcierto, Juan le sujetó la barbilla y le regaló una sonrisa cargada de ternura.

—¡Que niña eres, princesa! ¡No necesitas jugar conmigo! ¿Te pido una Coca Cola?

—¡Claro que no! —Espetada la réplica, lo pensó mejor. El whisky, desde luego, no iba a tomarlo—. Sí, por favor.

Aprovechando que la exuberante camarera les hacía una seña, Juan solicitó el botellín y acompañó a Tess hasta la mesa, no sin dejar en la palma de la joven una generosa propina.

—Gracias, Charita.

—A tu disposición, Juan. Para lo que mandes.

Tess la fulminó con la mirada por el descaro de su respuesta, aunque la otra se limitó a reír y Juan ni lo tomó en cuenta. Le retiró la silla y se acomodó en la suya con evidente desgana.

Tess, abochornada por no sentirse a la altura, intentó recuperar el buen rollo que habían tenido en Los Portales. Se veía ridícula con su refresco en la mesa, pero sentirse observada por unos cuantos tipos, entre ellos Santiago Rivero, logró que su ego aumentara.

—¿Es aquí donde vienes todas las noches?

—Casi todas. Lo mismo que tú al club.

—¡Y aquí...? ¿Aquí es donde ligas a esas chicas?

La burla asomó al rostro de Juan, divertido por su insaciable curiosidad.

—Sí, aquí es donde conquisto a las chicas, la llevo a mi apartamento y luego me olvido de ellas. ¿No es eso lo que dicen de mí?

Tess volvió a sonrojarse, incómoda.

—¡No seas cínico conmigo! Dijimos de tener una tregua. ¡No estropees mi noche!

Juan asintió. Ella tenía razón. No había motivo para mostrar su cara desagradable. Tess solo era una cría que jugaba a sentirse adulta, y ya que se había prestado a acompañarla, intentaría que no saliera defraudada.

— Mis disculpas. ¿De qué quieres hablar?

—Cuéntame cosas de ti.

Una carcajada estuvo a punto de brotarle del pecho. Se contuvo a tiempo.

Tess no podía imaginar la imagen tan rara que debían dar los dos, manteniendo las distancias mientras de fondo sonaba una música sensual que invitaba a actividades menos lícitas que enzarzarse en una conversación de quinceañeros.

—No soy interesante —aseguró con una sonrisa—. Pero bueno... ¿Qué quieres saber?

Tess se cruzó de piernas y él admiró, sin el menor parpadeo, lo bonitas que eran. Toda Tess era preciosa, sin duda. Pero demasiado joven para un tipo como él y un lugar como aquél. Se removió incómodo. Ya había captado la presencia de Santiago, desentendiéndose de su acompañante, para observarles con gesto atónito desde la otra punta de la pista. Le molestó que pensara que había iniciado la caza y el recuerdo de la apuesta ensombreció su rostro.

Tess, ajena a sus pensamientos, lo miró con arrobo.

—A qué te dedicas, por ejemplo. Mi madre me dijo que estudiaste...

Ella no podía saber cuán delicado era ese asunto para él así que le sorprendió su negativa.

—Sin comentarios sobre eso.

— ¿Por qué ? —Se rebeló, enfurruñada.

El «porque no te incumbe» quedó en sus labios por la presencia de Santiago, quien ignorando a su amigo se dirigió a Tess con tal reverencia en el semblante que desconcertó a la muchacha.

—Buenas noches, Tess. ¿Me harías el honor de bailar conmigo? No nos han presentado, pero ambos sabemos de sobra el uno del otro ¿no es cierto? Si te preocupa mi mala fama, te garantizo que solo busco un baile. Enseguida estarás de vuelta con Juan.

Tess se perdió un instante en los preciosos ojos verdes sin atreverse a estudiar el resto de su persona, un ejemplar masculino que en nada tenía que envidiar a Santacruz. Aunque jamás se había sentido atraída por su físico como por el de Juan, para su ego resultó de lo más estimulante verse pretendida por uno de los calaveras estrella de la ciudad. Sin embargo, lo que realmente la incitó a aceptar fue la seguridad de que ninguna mujer había dejado plantado a Juan para bailar con otro. Con un calculado ademán cautivador se puso en pie.

—Encantada. No te importa ¿verdad, Juan? Volveré enseguida.

No pudo percibir el brillo extraño de los ojos negros porque Rivero enlazó su cintura y la atrajo a sus caderas, no más de lo correcto, para seguir la melodía.

—¿Cómo tan lejos del club?

Ella volvió a sorprenderse de que un tipo tan guapo y tan mayor se interesara por su vida. Era cierto que había notado sus miradas, pero consideraba

sus mundos respectivos tan alejados que lo imaginó una coincidencia. Disimuló su turbación adoptando un apose mundana que rogó lograra engañarlo. A fin de cuentas, no podía tenerla tan calada como Juan.

—Quise hacer una escapada y me serví de Juan.

—¿Estáis saliendo juntos?

Rió, desconcertada. Ellos eran amigos ¿ No se supone que debían de estar al tanto de sus andanzas?

—¡Por supuesto que no! Sólo somos amigos.

—Entonces, aceptarás invitaciones...

La intensidad de la mirada verde puso nerviosa a Tess, quien retiró velas.

—Me temo que no. A mis padres no les gusta que salga sin la pandilla. Aún no he cumplido los dieciocho —confesó, insegura.

El asintió, volviendo a pasmarla con su actitud cortés.

—Me parece sensato. Cuándo los cumplas, ¿me permitirás que te llame alguna vez?

Había terminado la pieza y sus pies se detuvieron, casi al lado mismo de la mesa donde Juan aguardaba, indiferente en apariencia.

— Quizá. Gracias por el baile, Santiago. Ha sido un placer.

Él le besó los nudillos de la mano por la que aún la asía, con una felicidad que parecía verdadera.

—El placer ha sido mío. Hasta la vista.

Se marchó sin una mirada a Santacruz, convencido de haberlo enfurecido, satisfecho de haber tenido en los brazos a la mujer de sus sueños.

Mientras tanto, Tess estudió la reacción de Juan, pero él había tenido tiempo de sobra para recuperar la compostura.

— ¿Lo pasaste bien?

Le fustigó por su indiferencia, mostrándose coqueta.

—¡Muy bien! Santiago es muy interesante. Me ha propuesto salir.

Los hombros de Juan se tensaron aunque su rostro permaneció imperturbable.

— ¡Dirías que no...!

—Lo dejé en el aire.

— Rivero no te conviene.

Imaginarlo celoso la colmó de felicidad. Por eso lo provocó.

—¿Por qué no va a convenirme? Es guapo y...

—Y podría hacerte perder la cabeza — masculló él.

—¿Santiago? —Su risa, ufana, aumentó el enfado de Juan —. ¡Menuda tontería! ¡Yo solo perderé la cabeza con quien quiera perderla!

—¡No tienes ni idea de lo que es un hombre! —Juan habló bajo,

conteniendo la ira al escucharla tan irreflexiva —Cualquiera de los que estamos aquí podríamos encenderte y llevarte a hacer cosas de las que después te arrepentirías.

Aterrorizada por la posibilidad de que tuviera razón, Tess se aferró a una posición cínica.

—Te aseguro que soy dueña de mis emociones. Ningún tío por guapo que sea va a conseguir...

Juan se aproximó hasta quedar a un palmo de su rostro, le acarició los labios con el pulgar y arrancó un involuntario jadeo de Tess, estremecida de pies a cabeza por el calor de su dedo.

— ¿Ves? ¡Podría tenerte a mi merced con un simple toque! —Se apartó, contrariado porque su entrepierna se había sentido aludida también por el contacto—. ¡Eres demasiado ingenua, Tess! Dedícate a los chiquillos y deja a los hombres para dentro de unos años.

Ella enrojeció por su desdén, irguió el busto y lo desafió, molesta.

—¡Atrévete a besarme y verás si soy una ingenua!

Juan soltó una carcajada seca, fastidiado por lo infantil por su rabieta. Con lo que no contó fue con que ella se ofendiera tanto que saliera corriendo del local si mirar por dónde iba. Perplejo, dejó unos billetes sobre la mesa y la siguió, preocupado porque pudiera perderla entre el gentío de la noche. La alcanzó en la acera. Se abrazaba la cintura con ambas manos y mantenía los ojos bajos, apretados para no llorar. La zarandeó, asustado por su imprudencia.

—¿Dónde demonios vas? ¿Te has vuelto loca? ¿No te sirvió de advertencia lo de la otra noche?

Tess se revolvió, furiosa. No iba a concederle el beneficio de la razón. No después de haberla humillado de ese modo y de haber matado sus ilusiones.

—¡Suéltame! ¡No te atrevas a tocarme nunca más!

Juan se apartó, contrariado.

—De acuerdo, te suelto; pero vamos al coche.

—¡No pienso regresar contigo!

—¡No seas niña!

—¡No vuelvas a llamarme niña en tu maldita vida!

A la réplica le siguió una bofetada. Juan, exasperado, la encerró en sus brazos y atrapó su boca. Pretendió ofrecerle un beso furioso que la asustara; sin embargo, su tibieza, su evidente falta de experiencia, le enardeció la lengua y la entrepierna, y la caricia pasó a ser sexual. Lamió sus labios, los mordisqueó y arrancó jadeos de Tess que lo llevaron al borde del desenfreno.

Se controló a duras penas, rememorando una y mil veces la imagen del bebé que había protegido en su infancia, pero siguió encerrándola en sus brazos,

apoyado en su coronilla, hasta que se calmó el ardor de su miembro, que se negaba a olvidar lo empezado. Cuando se apartó, Tess dio un traspiés. Tenía las pupilas dilatadas, veladas por el mismo deseo que lo embargaba a él.

— ¿Volvemos a casa? —Propuso Juan en un susurro.

Tess asintió, flotando en un limbo de emociones que no sabía cómo encauzar.

Realizaron el trayecto en silencio, la mirada al frente, avergonzados por lo sucedido. Cuando llegaron, Juan le abrió la puerta sin atreverse a rozarla.

— Buenas noches —La despidió, firme.

La voz de ella, por el contrario, resultó apenada.

— Buenas noches, Juan.

Su reloj marcaba la una menos cinco.

A Tess le costó horrores conciliar el sueño. Aparte del bochorno de recordar sus propios jadeos, se regodeó en la idea de que lo había excitado, de que había sentido su miembro rozándole el estómago. Sería una cría a sus ojos pero le había calentado la sangre y le había arrancado besos que pusieron en ebullición la suya. La carne se le erizó al evocar las caricias de su lengua, de su boca mordisqueándola...Sus manos fueron solas al centro de su deseo y se liberó entre gemidos ahogados contra la almohada, susurrando el nombre de Juan e imaginando cómo se sentiría si fueran sus manos las que la tocaran. Saciada a medias, se adormeció rayando la mañana.

El primer pensamiento al despertar fue para él. Necesitaba verlo con urgencia así que le alegró enterarse por las doncellas de que sus padres habían salido. De ese modo no tendría que demorarse en explicaciones. Tomó un zumo y preparó sus enseres de baño. Esperaba encontrarlo en el camino al club, o en la barra del bar, o en la piscina. Su desilusión resultó inmensa cuando no lo localizó por ningún lado y tuvo que conformarse con la pandilla.

En un aparte, Mariel la interrogó:

—Diego me ha dicho que saliste anoche. ¿No vas a contarme con quien?

Mariel había sido desde el colegio su mejor amiga y le encantaba que fuera medio novia de Diego pero por ese motivo no estaba segura de querer darle detalles de la noche anterior.

—¡No pensarás que voy a irle con el cuento a Diego ! —adivinó su amiga, indignada —. ¡Nuestras confianzas son solo nuestras!

Tess, agradecida de tener con quien desahogarse, se la llevó a un aparte, al borde de la piscina.

—Salí con mi vecino, Juan Santacruz.

—¿El bombón de ojos negros?

Su expresión de envidia la hizo reír, eufórica.

—¡El mismo! Me llevó a Xanadú, un club nocturno del centro.

La mirada de Mariel pedía más.

—Me besó — confesó, regocijada.

—¡Y no fue como otras veces! — acertó, entusiasmada.

—¡Ni por asomo! —rió Tess, dichosa—. ¡Es un dios besando! Jamás me había sentido tan...tan... ¡Oh, Mariel, estoy loca por él! ¡No he podido pegar ojo en toda la noche!

Justo entonces lo descubrió. En compañía de una mujer atractiva, de cortos cabellos rubios y con una silueta espectacular. Reían con confianza, apoyados en los taburetes del bar, ajenos a la gente que les rodeaba.

Tess lo vio todo negro, respiró hondo para no desmayarse y asustar aún más a Mariel, que la contemplaba a ella y a su rostro pálido con autentico terror.

—¿Tess, qué te pasa? ¿Tess, por qué te has puesto blanca?

Dio la espalda al espectáculo que le rompía el corazón , pero no logró dominar las lágrimas. Mariel, percatándose del motivo, bufó indignada y la cubrió con su cuerpo, simulando acompañarla al baño. Una vez en los aseos ella se dejó caer sobre un inodoro y lloró derrotada , abrazada por su amiga.

—¡Maldito! ¡Maldito sea! ¡Le importo un comino! ¡Ha jugado conmigo igual que con el resto! Menuda estúpida estoy hecha.

—¡No digas eso! ¡Pero ya sabes lo que hablan de él!

Se secó las lagrimas de un manotazo y se envaró, desafiante; avergonzada de haberse mostrado vulnerable.

—¡Tiene razón cuando dice que soy una cría! ¡Una cría imbécil y crédula! La culpa es solo mía por pensarme mejor que el resto. ¡Ya ves! Otra muesa en su curriculum.

—No hables así —la reprendió Mariel— No te ha llevado a la cama; sólo fueron unos besos.

—Unos besos y mira cómo estoy... —Gimió, sin poder contenerse—. No me extraña que tenga una recua detrás queriendo pescarle. ¡Ay, Mariel, qué desgraciada soy! ¡Con lo feliz que me desperté!

Su amiga la besó, sujetando sus hombros con ternura.

—¡No permitas que un calavera como ese te derrote! Tú eres Tess Mendoza, la chica más guapa de Veracruz. ¡No consientas que unos besos pisoteen tu orgullo!

Tess se aferró al cuello de su amiga y se recreó unos minutos en su desdicha; después sacó pecho y ensayó una sonrisa altanera.

— Gracias Mariel. Gracias por ser mi mejor amiga.

—Y futura cuñada, no lo olvides —intentó Mariel una broma que la sacara de su dolor—. La familia estamos para los malos tragos también.

Tess le alborotó el pelo con cariño.

—¡Que suerte tienes de que mi hermano sea un pánfilo! Un pánfilo muy guapo, pero no más.

—¡Que se atreva a otra cosa, que le saco los ojos! —aseveró Mariel con un guiño pícaro—. Ahora vámonos a casa. Este ambiente anda un pelín enrarecido.

Tess asintió, abatida. Después de todo, nada la retenía ya en el club.

— ¿Hoy tampoco sales?

Tess denegó con un gesto, simulando retomar la lectura. Su madre, con ademán preocupado, tomó asiento a su lado en otra tumbona del jardín.

—Estás rara desde tu salida con Juan. Y no me has contado nada de aquella noche.

—No pasó nada, mamá. Viste que regresé temprano.

—Es cierto. Pero admite que estás seria.

—Más que seria, aburrida. La vida con la pandilla me parece monótona. Me canso de no hacer nada- mintió.

—Al principio parecías muy feliz —insistió Marta, escamada por la supuesta indiferencia de su hija.

—¡La novedad! Venía saturada de la contención de Boston; pero ahora todos los días resultan iguales: club, club y más club.

—Si has cambiado de idea, a tu padre le encantará que te matricules en alguna universidad.

Tess abandonó la novela en la que no lograba concentrarse; no por la interrupción de su madre, pues llevaba días con ella y apenas había avanzado unas páginas. Lo hizo con determinación, controlando el enojo que la insistencia de sus padres le provocaba.

—¡De estudiar hemos hablado bastante! ¡No quiero hacerlo ni aquí ni en el extranjero! Me he pasado muchos años pegada a los libros; ahora me apetece sentirme útil.

—Entonces prueba a acompañar a papá a Costa Rica. Tiene que negociar con una empresa alemana y podrías serle con tu dominio del idioma.

A Tess le brillaron los ojos, seducida por el proyecto. Podría demostrar que era adulta y que sus años de internado habían servido para algo. Se incorporó de un salto y besó a su madre.

— ¡Me parece una gran idea! ¡Voy a consultárselo a papá!

A Marta le satisfizo el cambio de actitud de su hija. Había buscado mil

excusas para descubrir qué había ocurrido en la dichosa cita o qué otro tema le preocupaba y , sin querer, había hallado una causa que la motivaba.

—Está en una reunión. Déjalo para la cena. Sabes que no se va a negar. ¿Quieres venir a casa de Matilde? Vamos a plantar tulipanes.

Pese a que le atrajo la idea, se negó. Aún no podía enfrentarse a Juan.

—Mejor no. Seguiré leyendo.

—Juan no está. Salió hace un rato con su auto - tanteó Marta.

—¡Entonces, sí! —Cogió la camisola del respaldo y se colocó los short vaqueros sobre el bikini.

Marta frunció el ceño, descolocada.

—¿Pretendes que no me preocupe? ¡Si evitas cruzarte con Juan será por algo!

Ella le dio un ligero beso y rió mientras se calzaba unos tenis rosa.

—¡Tranquila, mamá! Salir con él sirvió para darme cuenta de que es mayorcísimo. Se me quitó la tontería de su guapura y se derrumbó el mito — Frunció los labios con aparente desdén—. ¿Ves como es bueno probar las cosas? ¡Anda, vamos!

Marta, perpleja, quiso creer a su hija, pero un sexto sentido le alertó de que estaba interpretando un papel. Lo único que atinó fue a decir ¿Con esa pinta? ¡Vas medio desnuda!

—¡No digas tonterías! ¡Sólo tenemos que cruzar una verja!

Tess precedió a su madre con andares seguros, confiada en la ausencia de Juan. Todavía no se sentía con fuerzas de mirarle a la cara. Temía gritarle por portarse como un desalmado. Tampoco estaba segura de no sonrojarse al evocar sus besos. Abrió la cancela con mano firme y atravesó el jardín, saludando a la empleada que le salió al paso.

Matilde escribía unas cartas bajo la pérgola pero enseguida las apartó y le dedicó su sonrisa más cordial.

—¡Qué alegría, Tess! Esperaba a tu madre pero no supuse que te apetecería echar un rato con nosotras ¡Con lo que me gusta tu compañía, mi niña! -Palmeó una butaca de mimbre a su lado —Vamos a tomar un refresco antes de la faena. ¡Hace un calor sofocante!

La doncella se presentó de inmediato con una jarra de limonada y unas galletas caseras.

No bien se había acomodado Tess cuando un saludo inesperado paralizó su entusiasmo.

—Buenas tardes ¡Cuanta belleza reunida! ¿Se me permite disfrutar de la vista?- Besó a su madre con cariño mientras la elocuente sonrisa que dirigía a la muchacha iba directa a sus piernas desnudas —. Llevamos tiempo sin vernos,

Tess. Vuelves a faltar del club.

—No tiene alicientes —replicó hosca, deseando haberse puesto algo menos expuesto.

—Sobre todo ahora —afirmó, burlón, tendiéndole un vaso.

—Tess ha decidido acompañar a su padre a Costa Rica —intervino Marta, sin saber como tomarse aquel juego de miradas e indirectas—. ¡Igual empiezan a interesarle los negocios!

—¡Qué envidia me dan las mujeres de ahora! —aseguró Matilde, tan fuera de juego como su amiga—. Pueden estudiar, viajar, trabajar en lo que quieren... Viven su vida y nadie las critica. Yo hubiera dado algo por haber nacido en esta época. ¿Tú no, Marta?

—También. En vez de ser florero de Antoni quisiera haber sido su socia, pero ya es un poco tarde. Le dejaré el puesto a mi hija, si de verdad le interesa.

Su hija estaba centrada en controlar la rabia que le daba notarse observada por Juan en cada centímetro de su cuerpo y que, para colmo, conservara esa sonrisa petulante en la que nadie parecía reparar. Descruzó las piernas y se levantó, dejando el vaso sin terminar sobre la mesa.

—¿Empezamos a plantar los tulipanes? Se nos va a ir la tarde con tanta cháchara.

Las dos mujeres se miraron, atónitas por la salida de tono de la muchacha. A ninguna de las dos le pasó por alto el cambio de actitud que se había obrado en Tess nada más aparecer Juan así que imaginaron que entre ambos ocurría algo que no alcanzaban a entender. Matilde fue la primera en reaccionar.

—¡Claro que sí, vamos al invernadero! - Buscó averiguar la causa de la brusquedad de la chiquilla en algún ademán de su hijo pero Juan no podía parecer más inocente—. Luego nos vemos, cariño.

Juan asintió, brindando con el zumo. Se le daba bien ocultar sus sentimientos y pese a sentirse herido por el desdén de su vecina, ni un mínimo gesto le delató. A fin de cuentas, se dijo, era justamente lo que había pretendido con sus acciones, alejar a Tess de su mundillo; protegerla de tipos como Santiago o él mismo. Pero debía admitir que dolía. Pasar de sentirse admirado a odiado, dolía. Sobre todo de su princesa.

Aunque su madre no había comentado el feo comportamiento que tuvo en el hogar de los Santacruz, Tess se sentía desazonada. Era consciente de sus malos modales y de cómo había avergonzado a su progenitora, por eso ni siquiera el entusiasmo de su padre por llevarla a Costa Rica le subió el ánimo. Después de cenar se quedó en el salón contemplando un insulso programa de televisión, sin

ganas de acompañar a su hermano al club ni de jugar a los naipes con sus padres.

Ignoró el sonido del teléfono, sabiendo que el servicio se encargaría de atenderlo. Lo que no esperaba era que María, la más joven de las doncellas, apareciera con el inalámbrico y se lo ofreciera.

—Juan Santacruz —Le comunicó bajito, tapando el interfono por si no quería cogerlo.

Disimulando la repentina ansiedad que le causó saberlo al otro lado, esbozó una sonrisa y lo aceptó. María la dejó sola.

—Hola Tess.

Maldijo a su corazón por ponerse a mil por hora y simuló desinterés.

—Buenas noches, Juan.

Le sintió dudar al otro extremo de la línea.

—Me preguntaba si te apetecería dar un paseo.

—No, no me apetece.

La respuesta brotó inmediata de sus labios. Se moría de ganas de aceptar, pero su orgullo le impedía olvidar la imagen de él divirtiéndose con aquella mujer en la piscina.

— Disculpa, entonces.

— No hay de qué. Adiós.

Dejó resbalar el teléfono en su regazo y aspiró fuerte para contener las lágrimas. Las palabras de Mariel le vinieron a la memoria No consentas que unos besos pisoteen tu orgullo. De no ser por el recuerdo, quizá hubiera devuelto la llamada y aceptado la invitación.

Sin ganas de escuchar las tonterías de los famosos se marchó a su dormitorio y cogió el libro que empezaba a ser cansino por no terminarlo nunca. ¡Desde luego aquel título no figuraría jamás entre sus favoritos!

Tras una mala noche decidió bajar a la playa. Quería estar sola y el club era un hervidero de conocidos. Escogió un rincón sin muchos turistas y se estiró en la toalla con los ojos cerrados, buscando la vitamina D que le curara el maldito insomnio, pese a tener claro que el causante de su malestar no era la falta del astro sino su dichoso vecino. Ya que no podía tener a uno, se atiborraría del otro. La idea hizo asomar una sonrisa a sus labios, que desapareció en cuanto una sombra se proyectó sobre ella. El gruñido murió en su boca al descubrir al causante de sus males delante, con un bañador negro que le cubría desde las caderas a media pierna. El resto era pura piel, gloriosa piel morena, a juego con su pelo y sus ojos. La toalla, la camisa y las chanclas las había dejado caer a su lado.

— ¿Me estás siguiendo? —masculló, incrédula.

Juan se tumbó directamente en la arena, ofreciéndole una sonrisa traviesa.

—Ya sabes, si Mahoma no v a la montaña...

Tess eludió su mirada, furiosa por el descontrol de sus hormonas. ¡Juan resultaba tan magnético cuando se lo proponía que debería ser pecado nacer con tamaños dones! Irritada, cerró los ojos y lo ignoró...Durante dos segundos.

—¿Te has parado a pensar que si Mahoma no quiere a la montaña será por algo?

— ¿No me has perdonado los besos de la otra noche?

Contuvo un jadeo al sentirlo respirar en su cuello, tan cerca que le erizó la piel.

—¡No sé qué habría de perdonar! Te respondí lo mejor que supe.

Se había incorporado para mirarlo y le sonrojó la melosa sonrisa que se formó en su boca.

—Para venir de una cría no estuvieron mal.

Sin pensarlo, le atizó en el hombro.

— ¡Eres un indeseable!

Juan rió, muy divertido. Los restos de niñez que perduraban en ella despertaban su ternura.

—No niego que suelo serlo. Pero admito que yo también disfruté con tus besos.

El rubor sofocó las mejillas de Tess. Se tumbó boca abajo para escapar de los ojos juguetones que la observaban. ¡Le aterrorizaba volver a confiar en él!

Juan no le permitió alejarse. Atenazó su barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Por qué estás enfadada conmigo si no es por eso?

Los ojos azules refulgieron con rabia.

—¡Creí que éramos amigos!

—Y lo somos —asumió Juan, con su mirada más sincera.

Tess se sentó en la toalla, deseando tener diez años más y la suficiente práctica para manejar situaciones embarazosas.

—¡Claro!Por eso la otra mañana te vi en la piscina y me ignoraste a posta —masculló, los puños apretados sobre la arena.

—Tenía compañía —Se justificó él con naturalidad.

—¡Ya sé que tenías compañía! Parecías encantado. ¡No miraste a nadie más!

A Juan se le mudó el semblante, entendiendo de golpe el enfado de Tess. En ocasiones olvidaba la diferencia de edad y la distinta forma de encarar las cosas que cada uno tenía, así que procuró explicarse con la mayor claridad. Necesitaba recuperar su estima. Para su intranquilidad, el distanciamiento de la

chiquilla le entristecía el ánimo y le hacía añorar sus envites.

—Ni se me pasó por la cabeza que nos saludáramos en un sitio público. Cuando te saqué de mi apartamento por el subterráneo te dejé muy claro que no pueden relacionarnos en tu ambiente. No quiero que la maledicencia te alcance; y si te acercas a mí, no podrás evitar que las malas lenguas suelten veneno — Besó su mejilla en un impulso—. Es tu fama la que corre riesgos, Tess; no la mía. ¡Jamás me perdonaría perjudicarte de algún modo!

A Tess le golpeó el pecho la esperanza. ¡Quería creerlo! ¡Anhelaba creerlo! Si su explicación era cierta, se había precipitado al juzgarlo.

—¡A mí no me avergüenza ser tu amiga!—replicó, reticente.

Los ojos negros refulgieron con cariño.

—¡Gracias, princesa; eso me honra!

—¡Me importa un comino que te honre! Me agobias con tus cambios de humor, que tan pronto seas zalamero como me ignores ¡Si quieres ser mi amigo tendrás que aceptarlo con todas las consecuencias!

Juan la abrazó, confiado en que ninguno de sus conocidos pisaría una playa repleta de turistas; esperando que su intimidad se mantuviera a salvo.

—Las consecuencias no las pagaría yo sino tú; te empecinas en no entenderlo.

La sintió temblar entre sus brazos y se contuvo para no besar la boca que, trémula, lo encaró de nuevo.

—¡Pues deja de preocuparte por mí! Soy mayorcita y sé lo que quiero.

Su instinto depredador le hizo morder su oreja y susurrarle bajito.

—¿Seguro que lo sabes? ¿Recuerdas que soy peligroso? A veces, ni yo mismo consigo domarme.

Tess se estremeció. La caricia había viajado por sus terminaciones nerviosas y las habían encendido como una chispa. ¡Qué razón tenía cuando le advirtió de que hombres como él podrían anular su voluntad! Con las piernas de gelatina ofreció su última resistencia; esbozó una sonrisa y le tendió la mano.

—Ahora lo que quiero es un baño. ¿Vienes?

Juan admiró su fortaleza. Él se sentía a punto de un no retorno tras el mordisco. La suavidad de su piel caliente sacudió su entrepierna y, de no ser por la maestría con que se manejaba después de tantos años, habría quedado en evidencia como un adolescente. Se incorporó de un salto y la siguió a la orilla.

Nadaron y jugaron en el agua. Juan no disfrutaba del mar desde que era un crío y estar con Tess entre las olas fue como un retorno a su juventud, cuando hacía apuestas y ahogadillas con los amigos. Ella le siguió las bromas y se lanzaron

contra los embates del océano temerariamente, riendo a carcajadas cuando el oleaje les zarandeaba. En varias ocasiones Juan debió ajustarle el bikini porque la marea la desnudaba y ella terminó por acostumbrarse. La primera vez que lo hizo se puso encarnada, pero el guiño desenfadado de Juan le recordó que las mujeres desnudas eran su especialidad y dejó de importarle.

Cuando regresaron a las toallas, Tess cayó a plomo sobre la suya. Juan se secó antes. La playa se fue quedando vacía de turistas mientras los chiringuitos se llenaban. Agradecido por la calma, Juan buscó los rayos del sol con el rostro elevado, apartando la vista del desmadejado cuerpo de Tess hasta que un chico pasó pregonando bebidas y le compró dos latas de Coca Cola. Tess dio un respingo cuando se la pasó por un brazo tras quitarle la chapa.

—¡No vayas a dormirte, sirena! Repón líquidos, que hace mucha calor.

Ella, aletargada, dio un largo trago a su bebida.

—Te creía más deportista —bromeó él.

—¡Ríete! Estaba en el equipo de natación en Boston, pero esto no ha tenido nada que ver. ¡Estoy rendida! —admitió—. Además, anoche dormí mal.

Juan no preguntó el motivo. Tampoco había pasado buena noche, disgustado por su rechazo. Por eso la había espiado y la había seguido hasta la playa. Sin pensarlo, una propuesta salió de sus labios.

—El yate de mi padre debe estar apolillado en el puerto ¿Te gustaría que le diéramos un paseo?

Tess se incorporó, excitada. ¡Aquello sonaba a segunda cita! Sólo quedaba esperar que resultara mejor que la primera.

—Me encantaría —aceptó.

—Después del almuerzo, entonces.

No hablaron más, saboreando los rayos del sol. Al poco, Juan tomó la iniciativa de irse. Recogieron los bártulos y abandonaron la playa. Cuando Tess se bajó del deportivo fue él quien insistió.

—A las cuatro. ¡No olvides ponerte una gorra!

El yate, aunque antiguo, mostraba un perfil elegante y, a pesar de la insinuación de Juan, estaba impecable y con los motores engrasados. Tess dejó que él se encargara de las maniobras y se tumbó sobre una esterilla en la cubierta para tomar el sol. Se había cambiado el bikini rojo de la mañana por otro azul, atado al cuello. En vez de gorra usó visera y gafas oscuras. ¡Adoraba el calor! Lo había añorado con toda su alma durante los años que vivió en Boston. El clima de Veracruz la hacía sentirse viva.

Cuando estuvieron en alta mar, Santacruz paró los motores y bajó a

cambiarse. Sustituyó los tejanos y la camisa por un calzón verde a listas blancas y se reunió en la popa con ella.

—Deberíamos haber salido más tarde; todavía hace calor.

—A mí no me molesta. Ya pasé bastante frío en el norte.

Juan le quitó las gafas con deliberada lentitud, en un gesto íntimo.

—Me gusta verte los ojos —anunció. Sin transición pasó a otro tema—. ¿Fue muy duro el internado?

—Duro no, aburrido —confesó, turbada por su proximidad—. No me gustaron los inviernos helados ni hablar todo el rato en inglés. Sin embargo, conocí a gente interesante y me vino bien lidiar con mentalidades distintas de la nuestra. Me dio amplitud de miras.

—A mí también me costó adaptarme a Inglaterra y al temperamento de los compañeros— Reconoció, aunque enseguida bromeó para no dar pie a preguntas a las que no quería responder—. Pero lo pasé bien. A ti, fijo que te perseguirían los chicos...

—¡Algunos hubo! Pero no sigas por ahí —Frunció la nariz, captando el matiz burlón de los ojos negros—. Si te metes en mi vida privada, me sentiré con igual derecho.

Juan asintió, con una chispa de burla.

—Si queremos ser amigos tendremos que intercambiar confidencias. ¿Qué te gustaría preguntarme?

Ella recordó que la última vez que lo interrogó terminaron enfadados pero la curiosidad le pudo.

—¿Qué tenía de especial Rosalía Jovellanos para que te liaras con ella el año pasado y se montara un escándalo?

Juan encajó el golpe lo mejor que supo aunque no pudo impedir quedarse noqueado unos minutos. Se levantó a buscar unos refrescos, dejando expectante a Tess, y sólo habló cuando ella hubo bebido de su lata y él volvió a estar acomodado sobre la cubierta.

—¿Quién te ha contado lo de Rosalía?

—La gente comenta de ti . Y de las mujeres con las que estás —musitó a la defensiva, no muy segura de si la había fastidiado.

—¡ Sí, soy muy famoso! —replicó con sarcasmo—. ¿Ves por lo que insisto en que no pueden vernos juntos?

Tess volvió a beber del refresco antes de responder con tono tajante.

—¡Creí que mi postura te había quedado clara!

—¿A pesar de todo?

—¡A pesar de todo! —Durante un instante captó lo vulnerable que en realidad se sentía Juan y el corazón se le ensanchó por ofrecerle lo que nadie

más le daba- Hemos dicho de ser amigos ¿no? ¡Pues yo soy fiel a mis amigos! ¿Seguimos con las confianzas?

El rostro de Juan se distendió con una sonrisa.

—¡Querrás decir con el interrogatorio! —bromeó.

—Llámalo como quieras, pero no me has respondido.

—Salí con Rosalía porque es una mujer hermosa, nada más —mintió sabiendo que podía engañarla.

—Hermosa y casada —censuró Tess.

—A ella no pareció importarle —replicó con desdén.

—¡Ni a ti tampoco! Aunque las malas aseguran que fue ella quien te acosó.

—Soy un caballero. No discuto esas cuestiones.

Tess le acarició una mejilla, impulsiva, y Juan le retuvo la mano sin apartar la mirada de la azul que se le entregaba, negándose el placer de rozar sus labios con la boca entreabierta que tenía a medio palmo. Se apartó de mala gana.

—Sé que eres un caballero. Mis padres no me dejarían acompañarte si no lo creyeran — musitó , contrariada por perder el contacto.

Juan obvió profundizar en el asunto. Era consciente de la relación que mantenían sus familias y de que Antonio Mendoza lo apreciaba, pero de seguro, él era la última persona con quien quería ver relacionada a su pequeña. Ningún padre lo querría cerca de su hija. Asumía sus errores y su fama y por eso intentaba no defraudar la confianza que ponían en su persona. Sonrió con desgana y atacó a Tess por distinto flanco.

—Va siendo hora de que me correspondas. Del bebé de los pañales queda poco, y de la beldad que tengo al lado apenas sé nada. ¡A Dios gracias, tú no tienes una historia a las espaldas!

Tess enarcó una ceja, expectante.

—¿Y qué te podría interesar de mí? ¡Soy de un corriente que espanta!

La sonrisa divertida de Juan vino acompañada de su mano, que le retiró un mechón suelto detrás de la oreja. Cada vez que la tocaba, se le estremecía la piel, pero él actuaba con calma, como si no le afectara.

—De ti me interesa todo, princesa. Qué te gusta, qué te emociona, qué te molesta.

A Tess le turbó el modo de llamarla y la intensidad de sus palabras. Se volcó en complacerlo.

—Me encanta leer novelas, ver películas románticas y de suspense, gozar del mar, del sol, viajar, conocer gente que tiene cosas que enseñar, ¡cantar con Mariel cuando toca la guitarra...! ¡Me emociona casi todo! ¡Soy bastante boba !

Juan le acarició el mentón y ella estuvo segura de que la besaría, pero no

pasó de ahí y de embeberse de su entusiasmo. Tess soltó el aire que contenía y siguió abriéndole su alma.

—No soporto que me mientan, que me ignoren, que me tomen por lo que no soy. ¡Pero sobre todo, que me mientan!; Lo odio!

—No te mentaré —Prometió Juan, embelesado.

Sabía que toda ella era una oferta, que podría tenderla sobre la madera y darse un festín con su boca, arrancarle gemidos y saciar su perenne curiosidad por probarlo todo; conocía demasiado bien a las mujeres y Tess no dejaba de ser una; muy joven, pero una mujer; tentadora como la más hermosa que hubiera tenido nunca. Le ponía caliente la simple idea de volver a probar su boca, de tocar su aterciopelada piel, de saborear lugares que nadie había tocado antes. Pero precisamente por eso, por lo inocente que era, por ser quien era, no se podía permitir semejante desliz. Aún le quedaba un resto de conciencia. Con desgana, se puso en pie de un salto.

—¡Vamos a darnos un chapuzón! Las confianzas te ponen muy seria.

Tess se tragó su desilusión. Había vislumbrado en Juan una lucha por traspasar la frontera que les separaba. La había mirado unos instantes con un deseo descarnado que la estremeció, pero resultó tan breve que se preguntó si no habrían sido imaginaciones suyas. Sintió una envidia feroz de Rosalía Jovellanos, de lo que quiera que fuera que ella tenía que lograba arrancar las corazas de Juan. Disimulando su congoja, saltó por la borda tras él y nadaron sin bromear, enfrascados en sus respectivos pensamientos.

Cuando regresaron a la cubierta Juan se había recuperado, enfriado el ardor de su entrepierna por el baño. Abrió otro par de latas y le tendió la suya a Tess mientras admiraba su melena rubia, rizada por el agua. Le llegaba a media espalda y tenía un color de oro viejo fascinante.

—¿Qué hay de cierta fiesta de cumpleaños? ¿No pensabas contarme nada?— improvisó para no caer en la tentación de un rato antes.

—¡Claro que pensaba decírtelo! Espero que no faltes —replicó con retintín—. ¡Pese a que media Veracruz esté invitada!

—Es una ocasión especial. No me lo perdería por nada. Eso sí, tendré que llevar pareja.

Tess demostró una congoja tan evidente que casi dio al traste con sus propósitos de mantenerse apartado.

—¿Quieres llevar a alguien en especial?

—No. ¡Nunca he tenido a nadie especial a quien llevar a una fiesta! Pero no descarto una conquista a tiempo. ¡Porque supongo que estarás demasiado ocupada para bailar conmigo! —Bromeó, intentando borrar la angustia del juvenil semblante.

Tess respiró de alivio tras su chanza. Por un momento el corazón le había golpeado en el pecho y temió echarse a llorar como una boba. Recuperada la sonrisa, le revolvió el pelo con audacia y se hizo la interesante.

—¡Algún hueco habrá! Tú estate atento.

La carcajada de Juan la esponjó de felicidad, y sus siguientes palabras más aún.

—¡No te quitaré los ojos de encima! Ni llevaré a nadie.

Tess, radiante, le besó una mejilla.

—¡No estuviste en la fiesta de mis quince, así que me debes disfrutar de ésta!

—Resultará especial, te lo garantizo —Se perdió en sus ojos claros, azulado por el ansia de besar los labios que sonreían para él, aunque logró rehacerse a tiempo— ¡Volvamos a casa! Le prometí a mi madre que cenaría con ella.

A su regreso de Costa Rica Tess salió a buscar a Juan, comida por la impaciencia. Los cinco días se le hicieron eternos por más que su padre puso empeño en enseñarles sitios típicos en los ratos libres. Volvió satisfecha de haber servido de intérprete entre los abogados de la empresa y los socios alemanes, sobre todo porque los acuerdos se llevaron a cabo, pero poco más. Los negocios no le interesaron. Había vislumbrado a Juan en cada hombre alto y moreno con el que se cruzó, por completo obsesionada.

Le abrió la puerta la doncella de los Santacruz.

—Buenas tardes, señorita Mendoza. La señora no está en casa.

—Busco al señor —Notó sorpresa en la muchacha pero no se amilanó— ¿Está?

—En el invernadero, creo. Iré a avisarle.

—No hace falta, gracias; yo lo haré —Y pasó al interior con paso resuelto.

Lo halló en un rincón del jardín, tumbado directamente sobre la hierba, enfrascado en una revista. El suelo amortiguó sus pasos y él no la sintió llegar así que pudo contemplarlo a placer durante unos minutos. La cautivó el regocijo de su sonrisa al descubrirla.

— ¡Tess! ¿Ya de regreso? ¿Qué tal Costa Rica?

— Muy bien —mintió, sentándose a su vera mientras Juan admiraba sus esbeltas piernas cubiertas con tejanos largos— ¿Y tú? ¿Has conquistado a la mitad de Veracruz que te faltaba?

Su risa la hizo vibrar.

—He sido un hijo amantísimo y no he salido de casa —confesó Juan,

socarrón— ¿Contenta?

—Si tú eres feliz, yo soy feliz — Le siguió el juego.- ¿Qué lees?

—Una revista de pesca. ¿Te gusta la pesca?

—No sé —admitió, perpleja— Nunca lo había considerado. ¿Te gusta pescar?

—¡Me encanta! Es más, mañana saldré de faena con el yate ¿Quieres acompañarme?

—¡Pues claro! —Se permitió ser pícaro— ¡Siempre estoy abierta a nuevas sensaciones!

Juan se mordió los labios para no besarla. Resultaba deliciosa cuando lo provocaba.

—¿Sabes que ya tengo pareja para tu fiesta? —Estuvo a punto de rectificar al ver su sobresalto, pero siguió hablando— Ella me lo pidió y no pude negarme.

—¿Rosalía?

La carcajada de Juan retumbó en el aire y Tess no supo a qué atenerse, nerviosa.

—¡Preciosa, puedo negarme a cualquier petición de Rosalía! —aclaró con firmeza— Te hablaba de mi madre —La alegría asomó al rostro juvenil de un modo tan elocuente que cedió a la tentación de tomarle el pelo— ¡Qué mal pensadas sois las mujeres!

—¡Bueno, por lo menos me consideras una mujer! —Fue la única salida que se le ocurrió.

Juan le acarició la barbilla con un ademán cargado de ternura.

—De vez en cuando lo eres. Pero te confieso que me encanta la cría que se revuelve dentro.

Tess frunció el ceño, encantada con el Juan juguetón.

—¿Eso es galante? —preguntó burlona.

—¿Somos amigos, no? La galantería, a veces, está sobrevalorada.

— Entonces, conmigo no seas galante —suplicó, espontánea.

La presencia de la doncella les interrumpió.

—Señor, tiene una llamada.

—Gracias, Leticia; enseguida la atiendo ¿Me disculpas, princesa?

Ella se puso en pie con agilidad.

— Te disculpo y te dejo; tengo cosas que hacer. ¿A qué hora mañana?

—Las siete ¿te va bien?

—¡Tan temprano! Vale.

—Iba a proponerte las seis —rió él , camino de la casa.

—¿Las seis? ¡No me levanto a esas horas desde Boston! ¡Vale, que sean las seis! —Estaba ya junto a la puerta cuando se detuvo a guiñarle un ojo— ¡No

vayas a trasnochar y te olvides!

—No pienso salir —replicó, risueño— ¡Hasta mañana!

Ella se mantuvo en el quicio, más seria.

—¿Serás capaz de no salir?

—¡Cualquier cosa por ir de pesca contigo! —Le devolvió el guiño.

Tess regresó a su casa flotando en una nube.

Los Mendoza finalizaban la cena cuando Diego increpó a su hermana con visos de enojo.

— ¿Tampoco piensas salir esta noche? La panda lleva más de una semana sin verte.

Tess se alzó de hombros, displicente. La pandilla estaba en aquel momento en el último puesto de sus intereses.

—Mañana madrugo.

Diego se apartó de la mesa con un ademán sardónico.

—¿Madrugar tú? Algún plan con el bendito Juan, sin la menor duda.

—Sí; por ahí van los tiros —admitió, tranquila, aceptando el reto. Su hermano le había dejado clara su opinión respecto a la amistad con su vecino en varias ocasiones.

—¿Hasta cuándo vas a durar este tonto ? Te queda mayorcito ¿sabes? ¡Vaya, que podría ser tu padre!

—Tampoco es eso, Diego —intervino Antonio Mendoza, conciliador— Aunque tu hermano tiene razón, Tess. Vale que veas a Juan de vez en cuando, pero no me gusta que salgas con él a menudo. Te lleva diez años.

—Y tiene una fama pésima —completó ella, furiosa por el giro de la conversación.

—También —asintió su padre sin inmutarse por su acceso de ira.

—¿Pues sabéis que os digo? ¡Que no he pedido vuestra opinión!

Soltó la servilleta sobre la mesa, dispuesta a levantarse, pero su madre la sujetó del brazo con firmeza.

—¡Basta de discusiones, Tess! Te he concedido que puedas salir con Juan, pero si eso implica que cambies tus hábitos, me opondré. Tienes edad de salir con tu pandilla y es lo que seguirás haciendo ¿Está claro? En cuanto a ti, Diego, no eres quién para meterte en la vida de tu hermana. Ella no entra ni sale con quien estás tú, así que más vale que la respetes.

El ambiente se palpó tan tenso que Tess optó por retractarse. Adoraba a sus padres, y también a su hermano, aunque le dolía su inquina hacia Juan. Pero le sobraba inteligencia para entender que debía ser sutil para tenerlos de su parte.

—¡No peleemos! He quedado con Juan para ir de pesca, pero saldré un rato con Diego. Saludaré a mis amigos y volveré temprano —Casi suplicó a su hermano— ¿Te parece bien?

—Me parece —aceptó él, disgustado por el alboroto que sus palabras habían provocado y por una situación en la que nunca, antes de la llegada de Juan a la vida de su hermana, se habían encontrado.

En el club la recibieron con tales muestras de entusiasmo que Tess se sintió culpable por haberles eludido. Besó a Sara y saludó de soslayo a Red aunque enseguida se vio acaparada por el nuevo miembro del grupo, Enrique Rubio. «Quique», se presentó, prendado al instante. Estaba recién llegado de Filadelfia. Con la excusa de intercambiar sus experiencias en tierras americanas la entretuvo entre baile y baile.

A Tess le halagó el interés del muchacho, evidente en el brillo de sus ojos castaños y en su actitud corporal, pero declinó su oferta de bailar cuando la música cambió de ritmo y las luces se atenuaron. No estaba dispuesta a crear falsas expectativas en ningún chico tras lo ocurrido con Red. En su mente sólo había cabida para un hombre. ¡El mismo al que descubrió mientras regresaba a la mesa de sus amigos!

Juan charlaba en la barra con una pelirroja llamativa, de generoso escote y largas piernas. Como si hubiera sentido su presencia, él le devolvió la mirada con una sonrisa y la saludó con un breve ademán, pero enseguida retomó la atención a su acompañante.

Tess sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

Quique, atento a sus expresiones, la sostuvo de la cintura sin encontrar rechazo en el gesto y la ayudó a llegar a su asiento, presintiendo que algo no iba bien.

Mientras, Juan salió a la pista y enlazó a la mujer por las caderas, fundiéndose ambos en la penumbra. Para más inri, Tess imaginó un beso furtivo entre ambos y escuchó el crujido de su corazón al romperse en pedazos.

—¿Te sientes mal? -Quique contempló con preocupación la transparencia de sus ojos, donde las lágrimas pugnaban por derramarse —¿Prefieres que salgamos? O mejor, ¿te llevo a casa? Tengo el auto ahí fuera.

—Te lo agradecería muchísimo —asintió, incapaz de aguantar el tipo con sus amigos delante y Juan a dos pasos, restregándole su ingenuidad.

El muchacho la sacó con discreción del grupo, satisfecho de poder ayudar a la primera mujer que le había interesado desde que regresó a su país... aunque resultara evidente que no iba a servir más que de paño de lágrimas.

Tess no concilió el sueño en toda la noche, acongojada por la imagen de Juan en brazos de la desconocida. «¿Sería la famosa Rosalía ? ¡Qué más daba! ¡Había prometido no salir y allí estaba! Jamás se hubiera enterado de no acceder a los deseos de su hermano. ¡Era un maldito embustero, con una cara ante ella y otra a sus espaldas! »

Las sábanas se enredaron en sus piernas y las lanzó al suelo, desesperada. El calor y las lágrimas hacían malas migas a la hora de calmar su ánimo sombrío y las horas fueron sonando en el reloj del salón sin que el sueño acudiera en su auxilio. Se devanó los sesos, lamentándose por su traición. Les imaginó en el piso que conocía, sobre las sábanas de seda en las que ella durmió, sudorosos y saciados de sexo, y las lágrimas se amontonaron en sus mejillas sin tiempo para secarlas. Le dolió el cuerpo y el alma. Anheló con ferviente desesperación ser la persona que estuviera en los brazos de Juan y luego perjuró y se enfadó por tenerse en tan baja estima. «Para Juan daba igual una mujer que otra. Sus palabras eran mentiras encaminadas sólo a conseguir un objetivo. Y sin embargo, ¿por que con ella no? ¿Por qué ella parecía vedada a sus deseos aunque resultaba evidente como el agua que le gustaba? ¿Y si era una treta, una artimaña, y en el fondo estaba destinada a ocupar un puesto más en la lista de las que habían pasado por sus brazos? ¿Se estaría concediendo Juan un tiempo para hacerle creer que no la conquistaría con la secreta finalidad de seducirla? ¿Carecería de honor pese a lo que su madre pensaba?»

Cuando dieron las seis ya no sabía qué pensar, ni que creer, ni qué decidir. Se debatió entre bajar a la calle y escupirle a la cara, o hacerse la ingenua y dejar que la embaucara, o... simplemente ignorarlo y arrancarlo de su vida y de sus sentimientos. ¡No podía estar tan enamorada de él! ¡Apenas se conocían! Juan era un capricho, como opinaba su hermano; no podía latir nada más profundo por un hombre que jugaba de ese modo con ella.¡ Se negaba a aceptarlo! Mientras, las lágrimas quemaban sus mejillas, irritadas tras tan larga noche.

En el silencio de la mañana escuchó el motor de un auto parado frente a la verja. Contuvo la respiración, pugnando entre salir o quedarse. Apretó los puños, escondió el rostro en la almohada y aguardó; aguardó los eternos minutos que él tardó en volver a hacer rodar el deportivo.

Tess apretó los codos y los pies, negándoles el deseo de salir pitando a la ventana para verlo alejarse en la calle. Dominó su cuerpo y se juró, desalentada, que haría lo mismo con su corazón.

Diego amaneció en pie de guerra, enfadado por el modo en que su hermana había desaparecido del club la noche anterior. Hubo comentarios porque se marchó con Quique, pero él sabía que la verdadera causa no era el muchacho sino el desenfadado donjuán que arrancaba suspiros hasta de la ingenua Mariel, de quien le constaba que estaba colada por sus huesos. Al no hallarla en el desayuno, aprovechó que sus padres almorzaban fuera para montarle una escena; pero contemplar su lastimoso estado lo desarmó al punto de olvidar la ira contra Santacruz para centrarla en Tess, a quien creía más sensata.

—¿Por qué tienes esa cara? ¿Estás enferma? ¿Quieres que llame a mamá?

—¡Ni se te ocurra! —replicó, cansada, sin ganas de pelea— Sólo he pasado mala noche.

—¿Por eso no has ido de pesca? ¿O acaso el pescador te ha plantado?

Tess miró a su hermano con desaliento; no quería mentir ni inventar excusas, únicamente que la dejaran sola. Si había acudido al comedor era porque ignoraba que sus padres no estarían y no quiso preocuparles, pero maldito el apetito que tenía.

—No voy a discutir contigo, Diego. Hoy no.

Su hermano estampó el puño sobre la mesa, sobresaltándola.

—¡No entiendo como una mujer como tú, que puede tener media Veracruz a sus pies, se doblega por un canalla como ese! Si te vieras la cara me darías la razón, Tess. ¿Dónde se ha metido la chiquilla que miraba por encima del hombro a la gente sin redaños? ¿Qué has hecho con mi hermana?

Tess ahogó un gemido y apretó los dedos sobre el mantel, conteniendo el pronto de salir huyendo.

—Déjate de melodramas que somos mayorcitos. Soy la misma de siempre y te juro que no logro alcanzar el motivo de tu animosidad por Juan. ¡Si alguien tiene a culpa de lo que ocurre soy yo! ¡La que se ha encaprichado soy yo! Él no me concede ni la menor esperanza, te lo aseguro —Lo defendió, pese a sus propósitos.

—¡Lo creería si no te invitara de pesca y zarandajas por el estilo! Dudo que use esas tácticas con las tías como la que ayer llevó al club. Para ti debe estar reservando un arsenal más innovador, más de sátiro pervertidor de jovencitas.

La mano de Tess se escapó hacia el rostro de su hermano donde plantó una bofetada que a ambos dejó petrificados. El silencio que siguió fue roto minutos después por un taco malsonante de Diego y un gemido de Tess.

-¡Dios santo, Diego, perdóname!

—¿Ves hasta qué punto te ciega ese hombre, Tess? ¿Lo ves? ¡En la vida hemos reñido tú y yo!

Toda la ira quedó disuelta como agua en azúcar en cuanto las lágrimas

inundaron las mejillas de Tess. Diego, incapaz de soportar verla en semejante estado, se arrodilló y la acunó en sus brazos.

—Vamos a olvidarlo, hermanita. Me he pasado tres pueblos, lo entiendo. Pero verte encabezonada me saca de mis casillas —Le secó las lágrimas y la besó con ternura.

—Voy a ponerle remedio, te lo prometo —aseguró ella con firmeza pese a que los labios le temblaran.

Diego la estrechó contra su pecho, aguantando las ganas de coger el rostro de Juan y machacarlo como a un saco de boxeo. Besó su coronilla y después la ayudó a ponerse en pie.

-Yo diría que una cura de sueño te vendría mejor que la comida. Mamá tiene sedantes en su dormitorio ,¿ te llevo uno y te relajas?

—Solo si me prometes no contarle nada.

—Soy una tumba con tus cosas. Sabes que siempre lo he sido.

Lo que ninguno dijo fue que antes no había hecho falta que le guardara secretos porque nada había ocurrido tan trascendental en la vida de ella como para tener que callarlo. Pero, sin duda, la cara de Tess mostraba las marcas de haberse convertido en una mujer ; en una bastante infeliz, por cierto.

Tess cumplió su palabra. Durmió un día entero y cuando despertó con las primeras luces del alba se plantó frente al espejo y se dijo a sí misma que iba a salir de aquel embrollo. Rememoró cuánto le costó habituarse a su vida en el internado de Boston, cuánto lloró a escondidas en los lavabos añorando su casa y a sus amigos, pero lo logró. Formó parte de su curso, sumó nuevas amistades, estudió hasta quedarse los ojos y los codos y salió fortalecida. Con el paso de los años la vida americana se convirtió en una rutina llevadera que compensaba con los días de vacaciones en Veracruz. Ciertamente que sus padres la visitaban a menudo y que sus amigos se carteaban contándole la menor incidencia en la pandilla, pero sobrevivió a la nostalgia y aguantó hasta el final. Se tomaría del mismo modo su capricho —se negaba a llamarlo amor— Soportaría ver a Juan el tiempo que él dispusiera seguir luciéndose por Veracruz y ella haría su vida aparte.

Se recogió el cabello en una coleta alta, recuperando su aspecto añorado, se pintó levemente los labios y ,con ropa deportiva, se presentó en el club. La pandilla estaba en las pistas de tenis, retándose unos a otros por equipos. Con alborozo Mariel la conminó a unirseles y ella saludó con la mano a Quique antes de ponerse a la tarea. Rieron como niños por los tantos marcados, se insultaron con jolgorio por los perdidos y cuando se encontraron en el bar tras la

ducha, se abrazaron unos a otros como si llevaran meses sin verse.

Los ojos castaños de Quique Rubio sondearon a Tess cuando ella acercó su taburete y le ofreció una sonrisa abierta a la vez que le ofrecía la mano para estrechársela.

—Tess Mendoza. ¿Empezamos de nuevo? Lo de la otra noche resultó un pelín accidentado.

—¿Tú dirías? Yo lo pasé bastante bien. No he olvidado las historias sobre Boston que me contaste.

Ella amplió la sonrisa. La conexión con el muchacho le resultó inesperada pero no por ello menos gratificante.

—Gracias por acompañarme, de todos modos.

—Fue un placer. Considerame disponible siempre que lo precises.

Mariel interrumpió la escena, encantada de ver a Tess en su salsa. Diego le había puesto al corriente del día anterior y no las tenía todas consigo. Pero parecía que Enrique Rubio podía obrar ciertos milagros.

—Sara dice de irnos a su casa para pasar el día en la piscina, ¿os apetece el plan? Podemos hacer barbacoa y comer allí. Sus padres no están.

Tess se encogió de hombros, resuelta.

—Yo estoy a lo que digáis.

—Ni que decir tiene que me sumo también —asintió él, satisfecho de disponer de un día completo en compañía de semejante sirena.

—Pues acabamos esto y nos vamos. Por el bañador no te preocupes, Quique, nosotras tenemos en las taquillas y a los chicos seguro que les sobra alguno para dejarte.

—¡Y si no en bolas, no soy tímido! —bromeó él arrancando carcajadas de las chicas.

La semana pasó deprisa entre baños y actividades en el club. Tess recuperó a ojos de todos la alegría y el aspecto saludable que le proporcionaba el ejercicio físico y el sol.

Esa noche, un jueves, el espejo le devolvió una atractiva imagen de sí misma. Le habían peinado un recogido que dejaba su esbelto cuello al aire y la habían maquillado con una discreta paleta en tonos nude. Se había negado a ir de blanco, como solía preferir el resto de chicas de clase alta; el satén de su vestido lucía reflejos violeta. La línea era sencilla, con escote cuadrado y tirantes muy finos cruzados en la espalda. Tampoco quiso joyas; sólo pendientes plateados y la delgada pulsera que la acompañaba desde que su hermano se la regaló cuando cumplió los quince. Sonrió, encontrándose bonita.

—¿Contenta?

Marta de Mendoza, a su lado, no ocultó el orgullo que le producía mirarla.

—Mucho, mamá.

—¡Estás preciosa! ¡Pero no tiene mérito que yo lo diga! —Rió, besándole una mejilla —Ahora será mejor que nos pongamos en marcha; tu padre anda de los nervios. Llamó hace un rato para avisar de que los primeros invitados habían comenzado a llegar.

La fiesta se celebraba en los salones privados del club, adornados para la ocasión con rosas blancas y ramos de violetas porque eran las preferidas de Tess. Lo más granado de la sociedad de Veracruz la acogió con un aplauso cuando su padre acudió a recibirla en lo alto de la escalinata. Se ruborizó al sentirse el centro de atención. Estaba acostumbrada a ser mirada y, a decir verdad, conocía a casi todas las personas presentes, pero saberse analizada hasta el menor detalle por tantos ojos le puso un nudo en el estómago. Su primer pensamiento fue «¿estará aquí?» ,pero se negó a buscarlo entre el gentío. Tomó el brazo de su padre y descendió los escalones con el porte de una dama. En el arranque la aguardaban sus amigos, los cuales se lanzaron a piroparla con descaro y bromas. Quique, prendado hasta la médula, le besó una mejilla sin aspavientos.

—Me prometiste un baile —recordó tan solo.

Tess rió y le devolvió el gesto, contenta.

—Todos los que quieras en cuanto besuquee a los invitados —aseguró.

Siguió la estela de sus padres, departiendo animadamente con quienes la felicitaban y correspondió al saludo cariñoso de su madrina. Matilde estaba sola y ella no se atrevió a preguntarle por Juan, aunque sus ojos lo buscaron entre a multitud. Tras escuchar el coreado *cumpleaños feliz* repartió el pastel y recibió en cada pedazo un agasajo que la hizo sembrar el salón de sonrisas.

—Hola, princesa. Si te digo que estás preciosa me quedo corto.

Se le quebró la alegría en la garganta, aturdida al tenerlo delante, guapísimo con un esmoquin negro que se le ajustaba como un guante.

Juan, sin desear llamar la atención, recogió su plato con la tarta.

—Recuerda que me prometiste un baile —susurró mientras se apartaba.

A Tess le costó recuperar la compostura y seguir el ritual del reparto. Sus ojos refulgieron a partir de ese instante con un matiz diferente. Sus propósitos de olvidarlo se fueron al garete sólo con verlo, impaciente porque llegara el momento de estar en sus brazos. Abrió el baile con su padre y pasó de unos a otros, eufórica, disfrutando de su noche, sintiéndose admirada por los hombres que la pretendían; preguntándose porqué si a ellos les gustaba, iba a ser distinto

con Juan.

Se había retirado la mayor parte de los invitados cuando la orquesta inició una melodía de Frank Sinatra y Juan llenó la pista con su presencia. No tuvo que decir nada porque ella esbozó una amplia sonrisa y corrió a sus brazos. La mirada que Juan le dirigió no pudo ser más cálida.

—¿Ha sido tan especial como deseabas?

—Sí —Se perdió en sus ojos y él la estrechó contra sí.

También su voz sonó íntima cuando le hizo el reproche.

—Has crecido, princesa. Sacas las uñas como una mujer.

Aparentó desconcierto mientras urdía una mentira que no arruinase la noche.

—No te entiendo.

—Me entiendes muy bien —La mejilla afeitada se rozó con la suya cuando le habló al oído— Faltaste a la cita.

—¿Hablas de la pesca? —Se retiró, sofocada, temblorosas las piernas por recibir su aliento en la cara.

—¡No juegues conmigo, Tess! —Le buscó los ojos claros sin esconder la ternura— Sabes que sí. Quedamos en no mentirnos.

—¡No! ¡Tú quedaste en no mentirme! ¡Saliste esa noche! —Se rebeló, echando chispas de repente, pero él la atrajo un poco más, no queriendo provocar habladurías.

—Se trataba de Isabel, una amiga de confianza. Notarías que no intenté disimular cuando nos encontramos. Estaba de paso en la ciudad y se marchaba al día siguiente. No podía hacerle un desaire, no había motivos. Y estuve a las seis.

—Ya lo sé —admitió, pesarosa— Escuché tu auto.

Su confesión le llegó al alma. ¡Qué niña era y no quería darse cuenta! Le acarició la espalda con afecto.

—Olvidemos el enfado. Te estoy acaparando y seguro que más de uno me mira mal, pero quería darte mi regalo. ¿Puedo llevarte de regreso a casa?

Ella asintió sin imaginar mejor final para la fiesta.

—Entonces sigue disfrutando con tus amigos. No tengas prisa. Te esperaré lo que haga falta.

Cuando la soltó cerca de su panda, Tess se empinó sobre los tacones y le dio un beso en la mejilla, por completo entregada. Juan se acarició la cara con una amplia sonrisa.

—Gracias, princesa. Eres muy valiente, con todo el mundo mirando.

Ella se encogió de hombros sin apartar su mirada de él, ajena a todos.

—¡Espero que papá no se enfade! —replicó burlona.

Juan se alejó, riendo, mientras ella regresaba con sus amigos para continuar bailando, ignorando la mirada asesina de su hermano.

Quique la acaparó hasta que Juan volvió, rompiendo sus esperanzas, muy pasada la madrugada. Se despidió de todos y subió al deportivo que les aguardaba en la puerta. Juan entregó una propina al aparcacoches, se quitó la chaqueta y la pajarita que tiró de cualquier modo en el asiento trasero y suspiró, satisfecho.

—¡Odio ir de etiqueta! Y tú estás deslumbrante, pero tendrás rotos los pies con esos tacones —Bromeó.

—¡Machacados! —admitió con elocuencia.

—¡Quítatelos! —La incitó, travieso.

—¿Y perder todo el glamour? ¡No sé!

—Desprendes glamour con cualquier cosa, princesa. Te aseguro que la piel es tu mejor traje.

Se arrepintió nada más decirlo, pero a ella se le iluminaron los ojos y las mejillas le ardieron.

—¿Estás ligando conmigo?

—No, es que quedamos en no mentirnos —Volvió a reír, incapaz de evitar el flirteo con ella.

Tess suspiró, feliz. Se quitó los zapatos y subió los pies al salpicadero, haciendo retroceder el asiento. Su voz sonó mimosa.

—No quiero volver a casa. Demos una vuelta por la playa.

—¿Con esta pinta? —A pesar de sus palabras, le encantó la idea.

—No seas convencional! ¡Vamos! —suplicó, zalamera.

Santacruz no se hizo de rogar. Realizó un viraje y se encaminaron a la playa, desierta a esas horas. Juan se descalzó también y le ofreció su mano para bajar a la arena. Estaba fría y Tess sintió que se le erizaba la piel. Juan, sin palabras, volvió al coche y recuperó su chaqueta para ella. Caminaron largo rato en silencio, paladeando su mutua compañía. Iban de regreso al auto cuando ella recordó.

—¿Y mi regalo? Dijiste que me tenías uno.

Juan sonrió con su gesto más sensual mientras la sentaba sobre el tapizado de cuero y extraía de la guantera un paquete de pañuelos húmedos. Acarició sus pies, limpiándolos de arena. Tess sintió que una oleada de placer la recorría entera.

—Los tienes helados.

—Sí —La voz le sonó tan ronca que Juan fue cociente de lo que estaba provocando.

A pesar suyo, se apartó, limpió un poco sus plantas y una vez calzado, abrió

el maletero. El paquete era enorme.

—Aquí tienes.

Ella lo miró con desconfianza. ¡Algo tan grande no podía resultar un buen obsequio! No disimuló su frustración al abrirlo.

—¡Un peluche!

—¿No es bonito? —rió él, poniendo el auto en marcha.

Los ojos azules lanzaron centellas a la par que cerraba la puerta con un golpetazo.

—¡Precioso! ¡Pero nada adecuado para una mujer!

La carcajada de Juan resonó en la noche cargada de diversión.

—Eso pensé. —Alargó la mano sin dejar de conducir y volvió a abrir la guantera de donde sacó un estuche largo— Por eso escogí el peluche para la niña que se iba y esto para la mujer que empieza.

Tess volvió a suspirar, nerviosa con su juego.

—¡Al menos no tiene pinta de chupete!

—Ábrelo —rió él, mirando al frente.

Tess contuvo el aliento al sacar una cadena de plata con un colgante en forma de estrella en cuyo centro iba engarzado un diamante. Ante su silencio, Juan la miró.

—¿No te gusta? Me pareció que no era ostentoso —Detuvo el coche en el arcén, asombrado— ¿Por qué lloras?

Ella se refugió en su pecho, avergonzada de mostrarse vulnerable.

—Porque me encanta —susurró, aspirando su olor— ¡Es precioso, de veras!

Juan le apartó la cara, nervioso al tenerla tan cerca. ¡Se había hecho una promesa y debía cumplirla! Si Santiago Rivero no era lo bastante bueno para Tess, él menos. No podía continuar aquella relación. Ella se estaba enamorando y tenía que detenerla. Sin embargo, a pesar de sus propósitos, fue incapaz de rechazarla cuando Tess pulsó la palanca de su asiento y lo reclinó para poder arrodillarse en su regazo, ni cuando entrelazó las manos tras su nuca y le buscó la boca, ofreciéndose entera. Respondió con renuencia, pero el ataque resultó devastador para sus sentidos. Se sintió abrumado cuando los juveniles pechos presionaron la tela de su camisa y los notó firmes. Mientras, las impetuosas manos sacaron los faldones de su cintura y la inexperta lengua trazó un camino de fuego por su cuello. ¡Se puso tan duro que temió estallar en sus pantalones! Luchó consigo mismo y atemperó la pasión de los besos con suaves mordiscos. Los ojos azules estaban vidriosos y los delicados dedos recorrían los músculos de su espalda como si quisiera grabar en ellos sus huellas dactilares. Juan perdió la cordura, se olvidó de que estaban a un lado de la carretera y acometió una

locura de la que se arrepentiría más tarde. Deslizó el escote del vestido y saboreó los pechos de Tess, los mordió y chupó mientras una de sus manos la retenía por la nuca y la otra buscaba bajo el vestido arrebuñado en las caderas hasta encontrar la humedad que lo llamaba a gritos. Le bastó un par de movimientos con sus dedos y una ligera presión en su clítoris para que Tess se deshiciera en un gemido largo, ahogado, que él atrapó con su boca para disimular el dolor de su entrepierna.

Durante unos segundos sólo hubo silencio. Después ella se rehízo y su mano se deslizó hacia el bulto que se marcaba bajo los elegantes pantalones, pero la detuvo con firmeza, al fin despejado lo suficiente para controlar el torbellino de ofuscación que les había atrapado.

—¡Tess, basta! ¡Hemos ido demasiado lejos! ¡Soy un canalla sin escrúpulos por estropear la noche de este modo! —No quiso mirar su rostro, arrebolado por la pasión y la vergüenza, convencido de que si lo hacía, terminarían en su apartamento— ¡Sabes que no debemos hacer esto! Somos amigos ¿recuerdas? Debí contarte que mañana salgo para Europa. He retrasado el viaje para estar en tu fiesta, pero cogeré un vuelo a media tarde. Sólo quería que nos despidiéramos bien, sin enfados. No soporto que estés molesta conmigo —confesó quedo, odiándose por lastimarla.

La felicidad de Tess por haber tenido su primer orgasmo, de haberlo alcanzado con Juan para mayor gloria, quedó eclipsada por la noticia. Se iba. ¡Se marchaba de Veracruz! Regresó a su asiento, cerró los ojos mientras él le recomponía la ropa con mano experta y se mordió los labios, hinchados por sus besos, para no llorar. Cuando habló, le tembló la voz aunque supo aguantar.

—¿Me llevas a casa? Por favor.

Juan puso en marcha el motor callándose las únicas palabras que podrían consolarla, ya que sólo servirían para esa noche. Su decisión estaba tomada. Tenía que irse. Había destrozado la escasa amistad que quedaba entre ambos y no podía escoger ningún camino viable; ni quedarse para ver como otro la hacía feliz, ni plantearse la posibilidad de hacerlo él. Condujo en silencio y cuando llegaron frente a la villa de los Mendoza se bajó para abrirle la puerta. La acompañó, cabizbajo, hasta que ella utilizó la llave y recogió el peluche.

—Gracias por todo, Juan. No estoy enfadada, créeme. Te deseo un buen viaje.

El mantuvo sus ojos presos un instante. Después se agachó para depositar un suave beso en sus labios y se retiró.

—Gracias, princesa. Deseo de corazón que seas muy feliz.

Tess no se atrevió a mirarlo mientras entraba en la casa. Le ardía la piel por sus caricias pero su boca maltratada aún no se sentía satisfecha. Subió a su

habitación sin encender ninguna luz. Lo último que necesitaba era despertar a su familia y tener que dar explicaciones. Entonces lo descubrió sobre el tocador: un ramo de rosas blancas con una tarjeta que rezaba Feliz cumpleaños, princesa. Abrazó el papel con su pulcra letra, consciente de que era la primera vez que la veía, y se tumbó en la cama sin desnudarse, negándose a romper la magia de esas horas, a arrancarse el olor de su piel que persistía en ella, en sus manos, en su boca... Cerró los ojos y pidió a Morfeo que fuera clemente, que la adormeciera para no escuchar los pedazos de su alma al romperse, trozo a trozo.

Mañana Juan no estaría. Y ella no sabía si se podría vivir siendo una sombra de nuevo.

Segunda parte

— Octubre 2015--

A lo largo de los dos meses siguientes Tess tuvo ocasión de recomponer su vida. Hubo noches en que las que la melancolía la dejaba traspuesta y se permitía derramar algunas lagrimas y otras en las que se rebelaba y se plantaba ante el espejo para maquillarse y salir a la calle con ánimo guerrero.

Enrique Rubio se convirtió en una presencia habitual. El le dio a entender sin necesidad de palabras que la sabía enamorada de otro, pero le brindó su amistad con desinterés y delicadeza y fue ganándose su afecto día a día, hasta el punto de que el resto empezó a considerarles pareja y ellos se comportaban en las formas como si lo fueran.

Otra constante que se instaló en su vida fue Santiago Rivero. Lo encontraba en fiestas y eventos donde antes jamás habían coincidido. Sin embargo, no podía rechazarlo porque se limitaba a ser cortés, sin asomo de galantería. Le pedía un baile, le pagaba una copa que no tomaba con ella y se dedicaba a mirarla con interés. Sólo eso. A Tess le halagó saberse objeto de atención de un reputado calavera, pero como no tuvo que enfrentarse a ningún dilema con él, lo dejó pasar como un anécdota.

A finales de septiembre se hallaba disfrutando de un día de playa con el resto de la pandilla, embarcados en la discusión sobre los trajes que lucirían en la fiesta de disfraces que organizaba el club, cuando notó que Mariel palidecía; se volvió y... ¡Allí estaba! Juan, bronceado, terriblemente atractivo, paseando por la orilla del mar al lado de una mujer de la que alguien susurró el nombre, Rosalía Jovellanos. Iban abstraídos, centrados en su conversación, por completo ajenos al cotilleo que suscitaban a su paso. Tess sintió que se le paralizaba el corazón. Diego, que minutos antes hacía cosquillas a Mariel sobre la hamaca, apretó los puños y bufó en silencio, al captar la agonía de su hermana. Enrique Rubio, desconcertado, siguió a la pareja que pasó de largo, preguntándose cómo

podría competir con semejante tipo y cómo podría consolar la evidente aflicción de Tess. Los demás no notaron nada, enzarzados en la trivial conversación.

La fiesta alcanzaba su punto álgido cuando apareció Tess, acompañada de Diego y Mariel.

Su hermano tuvo que enfadarse y Mariel rogarle para que aceptara ponerse la túnica romana y se recogiera el pelo con la cinta dorada. Lo único que le apetecía era quedarse en casa, rumiando su tristeza. Después de dos meses durante los cuales pensó que lo había relegado al olvido, los sentimientos habían vuelto, más intensos y dolorosos si cabe. En la playa se tragó las lágrimas por puro orgullo, pero no sabía cómo reaccionaría cuando lo tuviera delante.

Fingió divertirse escudada en una sonrisa que no se reflejaba en sus ojos maquillados de kohl, pero se negó a bailar. Quique, inasequible al desaliento, se apartó para buscarle un refresco. Por eso estaba sola cuando un susurro a su espalda le erizó la piel.

—¿Te decidirás por Julio César o por el Jabato?

—Quizá escoja a Nerón —Consiguió replicar con desdén.

Juan se acomodó a su lado, sin ocultar su contrariedad. Su imagen impactaba con el esmoquin negro y el antifaz blanco resaltando su piel morena.

—Esperaba un recibimiento más cordial. Hola, Juan. Bienvenido, Juan. ¿Qué tal tu viaje? — La provocó con un ligero sarcasmo.

Tess apartó la mirada, consciente del magnetismo de su presencia ¡Era tenerlo cerca y desear que el mundo existiera únicamente para los dos! Parpadeó, nerviosa, y se negó a seguirle el juego.

—¿Cómo has reconocido mi disfraz? ¡No te veo leyendo tebeos!

—Hace muchos años fui un niño, de esos normales y corrientes, con aficiones de niño —replicó, marcando la ironía. En el pasado había buscado lo que estaba encontrando, una actitud desabrida y un marcado desinterés por su parte, pero en el presente echaba de menos la adoración de Tess. Admitió para sí que le dolía el rechazo—. Veo que tú también has dejado atrás esa época. Dominas a la perfección el arte de poner a cada uno en su sitio.

—¿Te incomoda?

Al fin sus miradas se cruzaron. Tess advirtió la desazón de Juan y él la amargura de ella. Por un instante, Juan pensó que le gustaría borrar de un plumazo su vida posterior a los diecisiete años para tener la oportunidad de besar la boca que tembló al recibir el contacto de sus dedos en la muñeca, a la que había sujetado en un impulso. Sin embargo, la soltó y tragó saliva, esperando que la voz no le sonara ronca.

—¿Podemos bailar?

—No, mejor que no —Observó a Quique, quien se acercaba a pasos lentos, inseguro de si debía interrumpirles, y lo espoleó con una sonrisa—. He quedado con él.

Ambos hombres se examinaron con recelo aunque enseguida a Juan se le quitó la incertidumbre de hallarse ante un rival serio porque no vislumbró destellos de pasión en los ojos de Tess. En cuanto a Quique, conocía los sentimientos que ese hombre inspiraba a la mujer que amaba, pero no permitiría que su presencia lo amedrentara. Estaba convencido de que ella era una especie de acicate para su vecino, un juego despreciable de donjuán. Él la quería en serio y lucharía por conquistarla. Recogería sus pedazos las veces que hiciera falta hasta que Tess aborreciera a Santacruz y buscara otros brazos en los que refugiarse. Cuando se percatara de su devoción le correspondería. Por eso, cuadró los hombros y le entregó la copa con gesto firme.

—Me prometiste un baile ¿Prefieres que vuelva después?

Tess agradeció su auxilio con fingida calma. Dejó el combinado sobre la mesa y se incorporó sin despedirse.

—No. Vamos ahora. Juan tendrá otras cosas que hacer.

Abrazó a Quique en la pista aunque las mejillas le ardieron por la vergüenza de utilizar a su amigo. Las manos del muchacho la cercaron con fuerza.

—Relájate. Respira hondo y olvida que nos está mirando. Me quedan pocos días de estar contigo y me gustaría disfrutarlos.

Tess gimió, apenada por fastidiarle las vacaciones. Había intentado enamorarse de él, corresponder a sus atenciones, pero la maldita imagen de Juan interfería cuando le buscaba labios, la sensación del tacto de Juan se interponía ante la menor caricia. Las vibraciones que ponían en jaque su estómago sólo las arrancaba la boca de Juan. Se insultaba a sí misma y se decía que Quique era encantador, divertido y culto. Durante los dos meses pasados se había convertido en el compañero perfecto. Asistieron a las representaciones del Teatro de la Reforma, recorrieron las salas del Museo Naval, disfrutaron de las exposiciones de arte moderno que tanto les atraían a los dos y disfrutaron del mar y del club. Pero sólo podía verlo como a un amigo. Buscó sus ojos castaños y leyó en ellos una triste resignación, pese a la sonrisa de sus labios

—La vida es injusta —replicó él, retirándole un mechón de la cara y plantándole un beso en la mejilla—. Solemos enamorarnos de la persona equivocada, pero ¿quién sabe cómo impedirlo?

Logró hacerla sonreír, aunque fuera de tristeza.

—¡Eres adorable! Vas a tener a las americanas a tus pies en cuanto vuelvas

a Filadelfia. No soy digna ni de media mirada tuya, créeme.

—Eso deja que sea yo quien lo decida.

Volvió a estrecharla contra su pecho y siguieron bailando.

Tess encontró a Matilde Santacruz y a su madre sentadas en el salón, parlotando de plantas, y se detuvo a saludarla. Su madrina la abrazó con su habitual afecto.

—¿Cómo estás, cariño? Llevo tiempo sin verte.

—Discúlpame, madrina. He querido visitarte pero me han surgido imprevistos. Ahora que todos comienzan las clases, te aburrirás de aguantarme — prometió.

—¡Yo nunca me aburro contigo! Me hará feliz que vengas a casa. Juan ha vuelto a marcharse y me siento sola.

La noticia la cogió desprevenida. Marta de Mendoza notó cómo le mudaba el ánimo a su hija y le preocupó la fijación de Tess por su vecino. No se trataba solo de los años de diferencia, sino de la fama que él acarreaba. Juan no tenía nada que ofrecer, excepto poner a Tess en boca de todo Veracruz.

—Ni siquiera sabía que iba a venir —susurró Tess, incómoda porque la presencia de su madre le impediría indagar a sus anchas.

—¡Nunca falta en el aniversario de su padre! Me acompaña a la iglesia para darme gusto, aunque reniega de los curas. Y mira que me entristece que no viva en Veracruz, pero os confieso que este año fui yo quien le rogó que se fuera ¡Esa maldita mujer no ha parado de llamarlo ni un momento!

—¿La esposa de Méndez? —se interesó Marta, indignada.

—Sí, Rosalía Jovellanos. No sé como su marido lo consiente. ¡O es un patán o está ciego con ella!

—¿Y Juan? — Marta facilitó, sin pretenderlo, la información a su hija.

—¡Según le da! — admitió Matilde, contrariada - Un par de días le siguió la corriente y el resto la trató con indiferencia; pero ella no ha parado de insistir. ¡No la entiendo! Si tanto lo quería, ¿por qué le destrozó la vida? Si de Juan hubiera dependido, estarían casados. ¡Mi hijo la quiso con locura! Por ella dejó sus obligaciones y por su culpa se marchó de Veracruz, cuando se prometió con Méndez. ¡Es una mala persona! ¡No puedo soportarla!

Marta apretó las manos de su vecina, que se deshacía en llanto, mientras con el rabillo del ojo veía la cara consternada de su hija, atónita por el cúmulo de noticias.

—¿Fueron novios? —Más que una pregunta le salió un gemido.

—Eran muy jóvenes —respondió Marta con recelo— Se conocieron nada más llegar Juan de Londres y se prendó de ella en su fiesta de los quince.

Después se cogieron y dejaron cien veces. Ella es coqueta a rabiar y a Juan lo mataban los celos.

Latía tal aflicción en el rostro de su ahijada que Matilde comprendió por primera vez los sentimientos de la muchacha.

—¡Ella lo cambió! —confesó con amargura— Jugó con sus sentimientos y le rompió el corazón. ¡Muchas noches lo escuchamos llorar en la torre, golpeando las paredes y jurando como un loco! Cuando se marchó a estudiar la Ingeniería ya no era el mismo; lo hizo por complacer a su padre pero nada le interesaba. Y cuando regresó fue peor. Se enredó en líos y malas compañías. Él dice que odia Veracruz, que solo viene por mí —Su mirada húmeda se clavó en Tess—. Sin embargo, el verano pasado parecía feliz. Creí que...¡Pero da igual! Ha vuelto a irse. Por culpa de esa víbora, no consigue una vida estable. Daría mis ojos por conocerlo centrado, enamorado como Dios manda y teniendo hijos. ¡Con lo que le gustan los niños! ¡No imaginas, Tess, lo que disfrutaba contigo!

Transmitió a Tess sus esperanzas. Una vez intuidos los sentimientos de su ahijada, sus deseos se encaminaron a crearle ilusiones. ¡Ni en sueños hubiera esperado una mujer más adecuada para Juan!

—Ha pasado mucho tiempo desde Rosalía. Juan podría haberse enamorado de nuevo - Tanteó ella, percibiendo la complicidad de Matilde.

—Yo lo sabría, y te garantizo que ninguna de sus conquistas le importan. Se despacha con aventuras a las que lleva a ese piso de la playa que se compró. Piensa que no me entero. ¡Como si hubiera almas caritativas en Veracruz para ocultar sus andanzas!

Marta se lanzó a detener a Matilde, disgustada por la ansiedad de su hija.

—Dejemos que el destino ponga a cada cual en su sitio. Juan parece estar madurando y si decide que ha llegado el momento de formalizar su vida, sabrá cómo hacerlo.

Tess entendió la indirecta. Se levantó y besó a Matilde con una mirada cargada de solidaridad. Mientras subía las escaleras esperó a oír cómo seguían, pero su madre, con habilidad, retomó la charla de las plantas.

Enrique Rubio regresaba Estados Unidos. Iba a licenciarse en una Escuela de Negocios privada para después hacerse cargo de las empresas petroleras de su familia. El hubiera preferido estudiar en cualquier universidad de México pero los pasos estaban dados antes de pasar el verano en Veracruz, donde su gente se había instalado ese año. Tess le había cambiado la vida, para su desgracia en todos los sentidos, porque estaba enamorada hasta las trancas de ella, pero conocía las dificultades a las que se enfrentaba. Y sabía que desde tierras

americanas no podría pelear contra el recuerdo de Santacruz.

La noche anterior le habían despedido con una fiesta en el club y esa mañana Tess estaba a su lado en la terminal del aeropuerto , cual si de una novia atenta se tratara. Sin embargo, él captaba la sutil tristeza que la envolvía; no precisamente por su ida. Cuando anunciaron su vuelo por megafonía apretó el esbelto cuerpo de la muchacha y dejó un beso en sus labios, deseando llevarse consigo algo más que un «Llámame cuando aterrices Te echaré de menos»

Tess lo vio partir, abatida, odiándose por no ser capaz de corresponder a un hombre que merecía que lo amaran.

La llegada del huracán Patricia a mediados de octubre alteró la vida de media América, incluida la de Tess. El día catorce, el Centro Nacional de Huracanes informó sobre la posibilidad de una ciclogénesis en el extremo oriental del Pacífico. El diecisiete se consolidó, abarcando lluvias con tormentas eléctricas, para suerte de todos sobre aguas abiertas. Lo cual no excluyó que en los países que esperaban resultar afectados, entre ellos México, se tomaran las oportunas precauciones y se alertara a la población acerca de qué medidas tomar.

Al cancelar sus vuelos varias aerolíneas, Juan no pudo acudir a Veracruz . Desde París siguió las noticias en un estado de alteración constante. Llamó a su madre cada día y solo se tranquilizó cuando supo que se había trasladado unos días a casa de los Mendoza tras enviar al servicio con sus respectivas familias.

La televisión expuso imágenes escalofriantes del huracán a su paso por Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica. Miles de personas tuvieron que ser evacuadas y hubo pérdidas de vidas además de cuantiosos daños materiales. Cuando al fin llegó a México, Tess se mordía las uñas de miedo. Toda la urbanización se había abastecido de sobra y estaba preparada para cualquier emergencia, pero el pánico en los comentarios de la gente aumentaban su temor. Nunca había vivido en propia piel los efectos de la naturaleza de ese modo y ver cómo afectaba las vidas de tanta gente, dejándoles en la miseria, cuando no muertos, la obligó a tomar conciencia de su situación privilegiada y a comprender que, contra ciertas fuerzas externas, ni el dinero ni el poder servían para nada. Por suerte para los mexicanos, el huracán se fue diluyendo y perdiendo categoría hasta quedarse en lo que los medios denominaron tormenta tropical. El día veinticuatro Tess abrazó a su padre con algo parecido a la euforia.

—¿Qué podemos hacer para colaborar con todos esas pobres personas? Me gustaría socorrerles.

—Tengo un viaje aplazado a Guatemala por culpa del huracán ¿Quieres

acompañarme y ofrecerte a alguna oenegé? Me quedaré al menos dos semanas por allí — Le ofreció Antonio Mendoza, agradecido de que su hija mostrara sentimientos tan nobles.

Tess asintió con vehemencia y tres días después estaba en medio de campos arrasados por los desbordamientos y las lluvias, proporcionando mantas y comida a gentes desconocidas.

En el viaje de regreso su padre la abrazó con orgullo aunque ella llevaba impresa la tristeza de haber dejado atrás tanta miseria. Ni siquiera saber que su familia había colaborado con el gobierno guatemalteco para proporcionarles semillas y alimentos le alivió al volver a su confortable mundo de niña rica. Para colmo, recibió por Matilde la noticia de que Juan había hecho un viaje relámpago para comprobar que su madre estaba bien y había vuelto a marcharse. Tess no lamentó haberse dejado llevar por su impulso solidario porque la experiencia la ayudó a afianzarse en su convencimiento de que quería hacer algo en la vida que no fuera jugar al tenis o bailar en fiestas con sus amigos, pero le dolió saber que Juan ni siquiera había aguardado a que regresara para verla.

Pronto la vida tornó a la normalidad. Las novelas pendientes de leer se leyeron, las películas por ver se vieron e hizo tanto deporte que terminó exhausta. No resultaba divertido hacer cosas en soledad. Todos sus amigos habían iniciado sus respectivas carreras y Diego andaba agobiado con su tercero de Medicina así que rara vez pillaba compañía para salir, incluidos los fines de semana. Parecía que todo el mundo se había vuelto adulto y responsable menos ella.

Una mañana de sábado que indagó sobre sus planes a su hermano él le contestó de malos modos que se iba a la biblioteca con unos compañeros con quienes debía completar un temario. Sus ojos brillaron con esperanza.

—Entonces Mariel estará libre.

—¿Libre? —bufó— ¿Por qué te crees que estoy mosqueado? Si no tuviera bastante con lo mío, me suelta que debe presentar un trabajo y ha cancelado la cita de esta noche. ¡Menudo marrón de fin de semana! —La besó por encima, ceñudo—. ¡Disfruta, tú que puedes!

Tess rezongó en el sofá, hastiada de revistas y televisión. Su madre, ocupada con el portátil en el otro extremo, le lanzó un cable.

—Si tanto te aburres porqué no...

—¡No voy a estudiar! —replicó, a la defensiva.

— No iba a proponerte eso sino que te pasaras por la oficina de papá. Anda agobiado estos días porque no encuentran intérpretes para los negocios que está

gestionando con unas empresas alemanas y francesas. Igual le serías útil, como en Costa Rica —Se explicó sin perder la calma, acostumbrada a los prontos de su hija.

La idea le pareció atractiva. ¡Al menos tendría la mente ocupada! Besó a su madre en un arrebato y corrió a cambiarse.

Las oficinas del imperio Mendoza se hallaban enclavadas cerca del puerto y hacía allá condujo Tess en el deportivo que su padre le regaló por su decimoctavo cumpleaños. Seguía prefiriendo su moto pero entendía que en ocasiones como aquella, en las que usaba falda de tubo y tacones, las cuatro ruedas resultaban más útiles.

Santiago Rivero reconoció su melena rubia ondeando al viento al cruzarse en dirección contraria. Sin pensarlo dos veces, dio la vuelta en cuanto tuvo oportunidad y llegó a tiempo de verla entregar las llaves al mozo del edificio. Dejó el suyo aparcado de mala manera, con un estridente rugido de llantas, y la llamó con apremio.

—¡ Tess, un momento!

Ella se volvió, sorprendida. El hombre que caminaba a su encuentro bien podría haber sido Juan. Alto, atractivo y arrogante, con cabellos oscuros que realizaban unos magnéticos ojos verdes. Lo notó tan emocionado de verla que cedió a la tentación de coquetear.

—Buenos días, Santiago. ¿Cómo por aquí?

—Nos cruzamos en la carretera —confesó él, sin apartar la mirada.

—Eso me pareció -Bromeó ella aunque en realidad no se había percatado.

—Pensé que valdría la pena dar la vuelta para saludarte —Su expresión era elocuente y Tess se sintió halagada— ¿Podríamos tomar algo juntos?

—En este instante no puedo. Vengo a hablar con mi padre.

—Podría esperarte —insistió él sin perder la sonrisa.

—No sé cuanto tardaré —retiró velas, indecisa— Quizá otro día.

—¡Concedeme una esperanza ! —Le había cogido una mano y se la llevó a los labios para besarla— ¡Quedemos mañana!

Tess sintió cosquillas en el estómago. Santiago era guapísimo y sabía cómo tratar a las mujeres. Juan la había prevenido. Pero le apeteció quemarse un poco las alas. ¡Tanta rutina empezaba a fastidiarle!

—De acuerdo. ¿A la una en el club? Podemos tomar un aperitivo —«A la vista de todo el mundo no puede resultar peligroso», pensó.

Santiago le besó los dedos, satisfecho.

—Allí estaré.

—Hasta mañana, entonces.

Entró en el edificio contoneando las caderas, sabiéndose observada.

Tess se metió de lleno en los negocios familiares y como no era persona de hacer las cosas a medias, entabló relación con cada departamento para hacerse una idea de cuán grandes eran sus tentáculos. Le agradó saber que su padre era un despiadado negociador pero también que muchas ganancias se dirigían a obras filantrópicas.

A la cita en el club con Santiago siguieron otras ya que él mostró una paciencia infinita ante sus desplantes o sus disculpas de última hora por pasarse de horario en las oficinas; escuchaba con interés sus opiniones y mantenía conversaciones sobre semillas, metales o petróleo cuando le eran mundos absolutamente ajenos.

Para Rivero, la simple presencia de Tess le hacía sentirse el hombre más afortunado del planeta. Disfrutaron de paseos tranquilos, cenas relajadas y algún que otro baile en Los portales, donde nunca se emborracharon pese al dicho de la ciudad de que si no te emborrachabas en los portales es como si no hubieras estado en Veracruz. Le bastó tenerla en sus brazos bailando salsa y marimba y reírse a carcajadas juntos cuando se pisaban el uno al otro, poco acostumbrados a los ritmos populares.

Un sábado de diciembre Tess se levantó a mediodía, agotada por el arduo trabajo en la empresa. Agradeció que sus padres se hubieran marchado a la finca de Jamaca para festejar las fiestas de la Purísima Concepción, la patrona del pueblo, y que Diego y Mariel les acompañaran, deseosos de recrearse con las carreras de caballos, los torneos de cintas y demás eventos. Ella prefirió la paz del hogar. Sin embargo, a media tarde, recordó a Matilde y su incumplida promesa de visitarla. Si a ella la visión de la torre con las persianas bajadas le producía congoja, imaginó cómo se sentiría Matilde con su hijo siempre ausente.

Su presencia fue acogida con alborozo y Tess se arrepintió de no haber acudido antes.

—¡Prometiste que me aburriría de verte!

—¡Discúlpame, madrina! Mamá te habrá contado que me he metido de lleno en los negocios familiares... ¡Nunca pensé que sería tan apasionante comprar y vender! - confesó con sinceridad.

—Sé que tu madre está muy orgullosa de cómo te desenvuelves — Prestaron atención a la doncella, que se mantenía apartada, aguardando—.

¿Tomarás café o un refresco?

—Café, por favor. Solo y con hielo.

Charlaron del trabajo hasta que Leticia les trajo el pedido. En cuanto quedaron solas, Matilde cambió de tercio.

—Se oye que estás saliendo con Santiago Rivero.

—¡Qué cotilla es la gente! —Los ojos azules chispearon de rabia.

—No lo niego, pero ¿es cierto?

—A medias. Hemos cenado en un par de ocasiones. Parece que le gusto —admitió.

Matilde contuvo el aliento.

—¿Y él, te gusta a ti?

—Yo estoy enamorada de otro.

Se sostuvieron las miradas. A Tess le pareció que Matilde suspiraba, pero no le hizo preguntas.

—Ayer me telefoneó Juan. Al preguntar por ti, se preocupó cuando le conté lo de Santiago. Me suplicó que te convenciera de que lo rechaces —Con una pausa, le tomó las manos—. Ellos se conocen bien. Si Juan no quiere que os veáis, tendrá motivos.

¡Saber que preguntaba por ella le colmó el corazón! Eludió el asunto de Santiago —No esperaba que los demás lo entendieran —y preguntó lo que en realidad importaba.

—¿Vendrá en Navidad?

Matilde asintió.

—Estará aquí la próxima semana.

—¡Tengo tantas ganas de verlo! —confesó Tess, dispuesta a convertir a la dama en su aliada—. Sé que lo imaginas, pero te lo confirmo, madrina, es de él de quien estoy enamorada.

Matilde la estrechó en sus brazos. Ansiaba que su hijo llevara una vida normal y Tess siempre había sido su princesa. Si existía una mujer capaz de lograr que Juan cambiara, era ella. Estaba convencida.

—¡Cómo me gustaría veros juntos, Tess! ¡Eres la niña de mis ojos y él mi hijo del alma! Pero tengo miedo. ¡Mucha gente os daría la espalda! Ni siquiera sé si tus padres lo aprobarían. Juan tiene una reputación capaz de asustar a cualquiera.

—¡A mi no me asusta! Estoy segura de mis sentimientos —replicó, resuelta.

—¿Y de los suyos? Lleva años siendo un mujeriego. ¿Y si no cambiara?

A Tess le brillaron los ojos con una determinación que había crecido con los meses. Después de lo vivido en Guatemala comprendió que la vida podía dar

un salto mortal y mudarte el destino. Si aquella pobre gente se había esforzado en sobrevivir, ella no sería tan cobarde de arrojar sus sueños por la borda sin pelea.

—Este verano me demostró que le gusto. No digo que me ame, pero no importa. ¡Puedo romper su coraza!; Puedo enamorarlo! —afirmó con vehemencia— Y cuando lo consiga, te aseguro, madrina, que no necesitaré más mujer que yo.

A Matilde le enterneció su apasionamiento. La veía como una niña, pero quizá ahí radicara la diferencia para Juan. Había tenido demasiadas mujeres. Una pizca de inocencia podría ser un acicate para él.

—No tengo idea de cómo influir en mi hijo, pero créeme que estaré disponible para lo que se te ocurra. Y ahora, cuéntame qué te propones saliendo con Santiago Rivero.

—¡No hay ninguna intención oculta! No lo urdí como una treta para poner celoso a Juan, aunque si sirve, bienvenido sea. Empezamos a vernos porque mis amigos están siempre ocupados y me aburría; pero no me arrepiento de haberlo conocido. Es encantador y respetuoso conmigo.

—Quizá se haya enamorado —apreció Matilde.

Después de todo, si Juan se sentía atraído por Tess, ¿por qué no iba a estarlo Rivero? No dejaban de ser hombres de carne y hueso por muy crápulas que parecieran.

—¡No adventures tanto, madrina! Sé que le gusto, pero dudo que desconozca mis sentimientos por Juan. Lo de disimular no entra en mis aptitudes y me ha visto con tu hijo más de una vez.

Matilde decidió dejar en un aparte a Santiago. Su mente lo percibía como competencia de Juan y su interés debía centrarse en resolver la mala reputación y el desamor en la vida de su hijo.

—Dime cómo podré ayudarte. ¿Cómo has pensado actuar cuando llegue?

— Aun no lo sé —La simple idea de tenerlo delante la ponía de los nervios-. Pero puedes estar segura de que no podrá eludirme.

Matilde volvió a abrazarla. Rezaría todas las noche y pondría velas a la Virgen de Guadalupe para que sus esperanzas se cumplieran.

Tess abandonó el edificio Mendoza poco antes de lo acostumbrado. Le tocaba encargarse de comprar los abetos. Cruzó el centro de la ciudad y se adentró en uno de los invernaderos, próximo a las múltiples ferias artesanales donde los jarochos se abastecían de adornos navideños, belenes y cualquier objeto relacionado con las fiestas.

Desde lejos divisó al dueño charlando con un hombre que le daba la espalda. El corazón le galopó con violencia, creyendo reconocerlo. Al volverse, sus sospechas se confirmaron. Aunque el vendedor se le adelantó.

--¿Puedo ayudarla en algo, señorita Mendoza?

Juan mostró su regocijo al verla con una amplia sonrisa y a ella le costó Dios y ayuda disimular lo feliz que la hacía. Con esfuerzo, logró aparentar una sonrisa amable y no reaccionar al cariñoso gesto con que la estrechó en sus brazos. Lo halló más guapo si cabe, con el asomo de barba y el cabello negro revuelto.

—¡Qué feliz coincidencia, Tess!

--Bienvenido a casa. ¿Qué tal por Canadá?

—Muy bien. Es un país espléndido ¡No hace falta salir de tiendas para comprar un abeto!

El vendedor sonrió su irónico comentario pero se mantuvo al margen hasta que ellos le incluyeron.

—Quedamos en que lo enviarán esta tarde.

—Sí, señor Santacruz. A las cuatro, sin falta. —Concluida la transacción, se dirigió a ella — Usted también querrá un árbol...

—El más grande que tenga, sí; para casa de mis padres —confirmó con una mueca cordial - Y otros dos, más pequeños, para la empresa.

Notó la mirada de Juan sobre sus piernas y se alegró de haberse vestido de ejecutiva, con traje y tacones. Le hacía parecer mayor y resultaba evidente que a él le gustaba.

—¡Venga, le enseñaré lo que tenemos! —invitó el comercial.

—¿Puedo esperarte y me acercas después? No traje auto —Aunque casual, la voz de Juan sonó íntima.

—Por supuesto.

Eligió a toda prisa, ansiosa por acomodarse con él en el deportivo. Cuando estuvieron en carretera, los ojos negros la acariciaron de arriba abajo pese a que su voz sonó burlona.

—Me ha dicho mi madre que te has vuelto muy formal. Me refiero al trabajo. Aunque parece que también has modificado tus hábitos de transporte.

—Soy relaciones públicas de las empresas Mendoza —explicó, sin dejarse atrapar en el embrujo de su sonrisa—. Necesitaba algo más práctico que dos ruedas para ir a la oficina. Pero te aseguro que sigo fiel a mi moto cuando las circunstancias lo permiten.

Miraba al frente mientras conducía, satisfecha de dominar la situación.

Juan contraatacó, esta vez sarcástico.

—Aparte de relaciones públicas comerciales, has extendido tus redes más

lejos. Concretamente a unas contra las que te advertí.

Tess frunció los labios, divertida. ¡Aquello sonaba a celos mal reprimidos disfrazados de amenaza!

—Hace siglos que no salgo con Santiago. He estado liada en el trabajo.

—¡No debiste empezar! —Reprochó— Te dije que es peligroso.

Con osadía, Tess apartó la mirada del carril para enfrentarlo, desafiante.

—Conmigo, no.

—¿No me dirás que te interesa...? —Juan apoyó la mano sobre el volante, encima de la suya, nervioso.

Tess no lo apartó, pero siguió conduciendo.

—Es galante y educado, lo creas o no.

El semblante de Juan semejó al granito.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Me gusta, sin más.

Juan respiró hondo, controlando el visceral deseo de estrangular a su amigo.

— No pretenderás hacerme creer que no ha intentado besarte...

Los ojos claros chispearon, fijos en los negros durante un segundo.

—¡A mí solo me has besado tú!

Juan rebulló en el asiento y encendió un pitillo. La siguiente pregunta la hizo como al descuido.

—¿Y tu admirador? El chico nuevo de la pandilla ¿Qué ha sido de él?

—Estudia en Filadelfia. Debe estar al llegar.

—¿Pasareis mucho tiempo juntos?

—Depende. ¡Depende de ti, claro! —replicó, irónica— Si te apetecen unas navidades tranquilas, no me importará compartirlas; si las prefieres ajetreadas, disfrutaré de Quique.

Tess se asombró al escucharse hablar con tamaño descaro pero no veía otro modo de conseguir sus fines. Había demasiadas Rosalias Jovellanos en Veracruz que podían interponerse entre ella y su felicidad.

Juan, intimidado por enfrentarse a una mujer distinta de la que había abandonado meses atrás, desvió el tema.

—Mi madre me ha contado que os veis mucho.

—A diario. Tomamos café antes del irme al trabajo.

—Gracias por mimarla. Me tranquiliza saber que la cuidas. ¡Le hubiera ido mejor de tener una niña!

Aparcó en la acera, delante de la villa, y le sostuvo la mirada.

—¡Nunca es tarde! Cásate y dale una nieta.

—¡Yo no me casaré nunca!

Su negativa sonó rotunda, con un matiz tan amargo que Tess no disimuló su estupor. Juan se arrepintió de su brusquedad y le ofreció su excusa.

—No podría atarme a una mujer, Tess. Le destrozaría la vida.

—No te entiendo...

—¡No importa!—Esbozó una mueca desdeñosa—. Antes hablabas de compartir la navidad. Me parece estupendo; siempre y cuando no desatiendas a tus amigos. Yo las pasaré con mi madre y sabes que te recibiremos encantados. Pero preferiría que también te vieras con ese Quique.

—No necesito tu permiso para estar con nadie así que haré en cada instante lo que me apetezca —Espetó, disgustada por el sesgo inesperado de la conversación.

—Perfecto —Pese a sus palabras, Juan no parecía contento.

—Ya puedes bajar. Hace un rato que hemos llegado —Se le quebró la voz y prefirió no mirarlo.

Juan se deslizó del asiento, pero una vez en la calzada le buscó los ojos, furioso consigo mismo por hacerle daño cuando era lo último que deseaba.

—¿Nos ayudarías esta tarde con el árbol? No soy muy bueno decorando y mi madre no tiene la cabeza para subirse a las alturas.

Tess, desarmada por su tono lastimero, asintió, recuperando las esperanzas.

—Me encantará.

Iba a atravesar su cancela cuando se atrevió a decírselo.

—¿Sabes, Juan? En ningún momento me has llamado princesa.

Santacruz contuvo el aliento. Y las ganas de besarla. Pero había ensayado a fondo su frialdad y mantuvo la distancia. Tenía que apartarla de Santiago. Y de él.

—No sabía si te agradaría.

— ¡Cómo si eso te importara!-- Le recriminó burlona.

Juan apretó los puños, desarmado por la combativa seguridad que mostraba.

—Hasta la tarde, Tess. A las seis estará bien.

—Quique llega esta tarde. Hemos quedado para recogerlo en el aeropuerto — Comentó Diego durante el almuerzo—mSobre la seis.

Tess miró a su hermano mordiéndose los labios, temerosa de lo que se avecinaba.

—No puedo ir. Me he comprometido con Juan para decorar su abeto.

— ¿Juan?—Diego no disimuló la hostilidad que su vecino le inspiraba — ¿Ha vuelto Santacruz?

—Sí —Se armó de paciencia- Coincidimos en el invernadero.
—¡Y vuelves a empalagarte con él! —reprochó, sarcástico.
Su padre intervino, incómodo por el giro de la conversación.
—¡No hables de esa forma a tu hermana! Le debes un respeto.
—Da igual, papá. Conozco de sobra su opinión.
—¡Pues mejor sería que la tuvieras en cuenta! ¿No te importa la decepción que se llevará Quique ?
Atravesó la mirada azul de su hermano, dolida por su ataque.
—Quique sabe que no correspondo a sus sentimientos. Ojalá pudiera, porque es un chico increíble, pero no voy a mentirle.
—Haces lo correcto. No está bien jugar con los sentimientos ajenos —Le alabó su madre.
Diego se revolvió, furioso contra su gente.
—¡No se trata de jugar, mamá! ¡Se trata de darle una oportunidad a un tío que se lo merece mil veces más que el maldito Santacruz!
—Tampoco he dicho que esté a favor de Juan —suspiró Marta.
Tess se puso a la defensiva.
—¡Pues deberíais! Estoy enamorada de él y me propongo conquistarlo. ¡Me casaré con él o con nadie más!
—No me preocupan tus arranques, cariño; yo también tuve dieciocho años.
—¡No soy una cría! ¡Sé lo que quiero! —insistió, tozuda.
—Todos lo creemos a tu edad —Sonrió su padre.
Tess abandonó los cubiertos y se puso en pie, encrespada.
—¡Pensad lo que queráis! Me voy. Se me ha quitado el apetito.
Sus padres se miraron entre sí, atónitos y Diego bufó, indignado.
—¡Se ha vuelto loca! Y encima, la boba de mi novia la apoya.
—Es una cría —musitó Antonio, aún perplejo por la salida de tono de su hija.
—¡Ojalá lo fuera! —susurró su mujer, apesadumbrada— Pero hace tiempo que no lo es.

Se vistió con unos tejanos gastados y una blusa sin mangas. Optó por no maquillarse de nuevo y se recogió la melena en una cola alta. Atravesó el jardín y saludó a Leticia con la desenvoltura propia de hacerlo a diario. Escuchó risas en el salón y se dirigió hacia allí con paso resuelto.

Juan, subido en una escalera plegable, hacía malabarismos para colocar las cintas que su madre sacaba de una caja. El gesto concentrado y la pésima distribución le arrancó una carcajada.

—¡ No tenéis que decirme que hago falta! Es evidente.

Besó a Matilde, quien la abrazó con abierto entusiasmo, y se comió a Juan con los ojos. Aparentaba diez años menos, con unos vaqueros desteñidos y una camiseta blanca holgada.

—¡Más que falta, Tess! No consigo hilvanar esto con un mínimo de estética.

—¡Anda, baja! ¡Yo lo haré!

Adornó el árbol en un pispás, atenta a los consejos de Matilde y sin entrar al trapo a las provocaciones de Juan. Cuando lo dio por terminado, le tendió los brazos para que la ayudara a bajar y él, con un gesto gamberro, apresó su cintura y la mantuvo en alto, girando por todo el salón.

—¡Eres una artista! ¡Lo has dejado de postal!

Tess rió, ruborizada y contenta.

—¡Agradezco los cumplidos pero si no me bajas, te echaré el almuerzo encima!

Juan fue parando, reticente, hasta que quedaron quietos y la dejó resbalar sobre el frontal de su anatomía. Tess fue consciente de cada músculo de su fantástico cuerpo mientras quedaba atrapada en su olor y el de su loción. La invadió un ramalazo de deseo tan intenso que hubo de contener los dedos para no aferrarse a sus antebrazos y comerle la boca a besos.

Cuando su mirada se topó con la que la embrujaba captó que tampoco Juan era inmune, que sus pantalones se abultaban clavándose en su ingle y que una cierta bruma teñía las pupilas fijas en ella.

Junto al árbol, Matilde, contuvo las ganas de aplaudir de felicidad. Les volvió la espalda y les concedió intimidad.

—Voy a pedirle a Leticia que nos prepare café.

Juan, sin desviar la mirada, asintió.

—Buena idea, mamá.

Una vez solos, Tess se empinó sobre sus sandalias y lo besó en la mejilla.

—¿Y eso?

La voz de Juan sonó traviesa. Ella le siguió el juego, encogiendo los hombros.

—Me apeteció besarte —confesó, sin soltarse de sus brazos.

— ¿Un beso de hermano?

Nada más decirlo se arrepintió de sus palabras, pero la sensación de sus cuerpos unidos desbarató sus buenos propósitos. ¡Deseaba a Tess con un anhelo indecente!

—Todo en su momento —susurró ella con un mohín seductor.

Se separaron al escuchar los pasos de Matilde y Leticia. Su madrina sonreía

como un gato satisfecho al entrar en la estancia.

—Tess, cariño, he pensado que igual te apetece cenar con nosotros y echar unas manos a los naipes después.

Al final no jugaron a las cartas. Durante la cena Juan quiso saber de su experiencia en Guatemala y ella narró cómo había sido compartir dos semanas con un equipo de cooperantes en condiciones lastimosas. Desgranó las condiciones de vida de los campesinos antes de la inundación, su resignación ante la tragedia, la lucha por sobrevivir dentro de su pobreza. Admitió haberse sentido afortunada en todos los sentidos, por estar ayudando y no siendo ayudada, por haber nacido en la parte afortunada de la sociedad; y se recriminó no haber sabido valorar la vida que le había tocado en suerte.

Juan secó sus lágrimas de desconsuelo con un pañuelo de lino mientras acariciaba con sus dedos el rostro descompuesto, guardándose las ganas de besarlo hasta arrancarle una sonrisa risueña.

Matilde la felicitó por haber tenido el coraje de haber estado allí, de haberse solidarizado con unos desconocidos en vez de haber seguido a lo suyo. Tomaron una copa de ponche y después la mujer se retiró con la excusa de que era tarde y estaba cansada, que prefería ver su serial preferido desde la cama, aunque les instó a seguir de charla en el salón si les apetecía.

Juan, contrariando a ambas, negó con un gesto.

—Acompañaré a Tess a su casa. No es justo que la monopolicemos todo el día.

Tess estuvo a punto de exigir que le pidiera su opinión, pero rectificó a tiempo. Intuía que Juan no quería verse en una situación comprometedor y aceptó darle cancha. Quedaba mucha navidad por delante para vencer sus reticencias y no iba a estropear la magnífica relación de ese día.

Atravesaron el jardín, y se quedaron en el porche, mirándose y sin atreverse a romper la magia de estar juntos. La noche resplandecía, estrellada, envuelta en un silencio acogedor. Tess, sin reflexionar, le echó los brazos al cuello y lo besó con ligereza en los labios.

—Gracias por la tarde. Ha sido perfecta.

Juan la retuvo de la cintura, conteniendo las ganas de profundizar la caricia que le había sabido a poco.

—Para mí también —admitió con voz ronca.

—Me gustaría... repetirla. Cuando tú quieras —Se lanzó ella, confiada por el calor de sus manos.

Juan suspiró , obligándose a rebatir sus propios deseos.

—¿No prefieres ir al club?

—No, si no es contigo.

Tess vislumbró duda en sus ojos pero también destellos de la pasión que se esforzaba en esconder. Sabía que Juan la deseaba y ella se moría de ganas porque se lo demostrara. Había sido consciente de cada mirada durante la cena, de cada gesto contenido para no tocar su piel. Se hallaba segura de no malinterpretar las señales. Lo que no alcanzaba a entender eran sus recelos. Pero estaba dispuesta a derrumbarlos. Decidida, se estrechó contra su pecho y las manos se le fueron bajo la camiseta para acariciar los músculos de su espalda . Percibió que se tensaban bajo sus dedos y que la mirada de Juan se nublaba así que le suplicó sin pudor alguno.

—Juan, bésame.¡ Por favor! Lo llevamos deseando toda la noche.

El no pudo negarse. Era cierto que lo anhelaba. Quería hacerlo desde que la descubrió en el invernadero, donde le había engañado con su apariencia de mujer, con sus ropas de ejecutiva y los altos tacones, aunque esa tarde había vuelto a encontrarse con la niña, la de los ojos inocentes, incapaces de disimular sus sentimientos. Y le dio vértigo. La deseaba con intensidad y se odiaba por las lágrimas que le haría derramar en el futuro, pero en aquel instante solo quiso sentir su boca, enajenarla, regalarle la pasión que ella le rogaba. Se besaron entre jadeos, absorbiendo el alma uno del otro, clavándose las manos para no arrancarse la ropa en plena calle, deslizándose sus labios y sus lenguas por la boca y el rostro, envueltos en una pasión arrolladora, hasta que un fogonazo de luz les devolvió a la realidad.

Diego y toda la pandilla les observaron desde el recibidor, al otro lado de la puerta que se acababa de abrir.

Tess reaccionó con una tranquilidad que no supo de donde sacó. Él, por el contrario, parecía querer que se lo tragara la tierra, incómodo al retirarse sin poder ocultar una manifiesta erección.

—Hola —Tess saludó, refrenando el temblor de su voz al descubrir a Enrique— Bienvenido, Quique. Me alegro de verte.

Captó la mirada alborozada de Mariel, la enojada de Diego y la asombrada del resto mientras besaba las mejillas de su amigo, pero prefirió no darse por enterada.

—Ya conocéis a Juan Santacruz, nuestro vecino —Lo presentó para que la situación no resultara más violenta.

El saludó con un ademán y los otros le susurraron un breve saludo, menos

Diego que lo ignoró, dirigiéndose a su hermana.

—Vinimos a buscarte porque vamos a celebrar la llegada de Quique, pero ya hemos pillado que estás muy ocupada.

Tess no respondió a la provocación. Se dirigió directamente a él.

—¿Me perdonas, verdad? Mañana nos vemos en el club y me cuentas cómo te ha ido en Filadelfia.

—Por supuesto —Quique asumió con desencanto su rol de perdedor y aceptó sus excusas - Ya nos íbamos.

Depositó un beso en su mejilla, miró a Santacruz con desprecio e inició la salida, obligando a los demás a seguirlo.

Cuando los autos desaparecieron en la calle, Juan hizo ademán de imitarles pero Tess lo retuvo, cerrando la puerta. Al menos la penumbra les otorgaría un grado de intimidad.

—¡Espera! No te vayas así.

—Siento haberte puesto en evidencia delante de tus amigos.

Estaba avergonzado de sí mismo. Llevaba meses luchando por dejar sin mácula la reputación de Tess y unos instantes entre sus brazos lo echaron todo a perder.

—¡Olvídate de ellos! Tú lo has dicho, son mis amigos. No van a ir pregonando por la ciudad que el canalla de Santacruz me ha seducido. Además, fui yo quien te pidió que me besaras.

—¡Pero no debí hacerte caso! ¡Se supone que soy el adulto de los dos! — Rehuyó su mirada, aunque ella lo mantenía asido de las manos, y se separó con enfado — Buenas noches.

Tess se aferró a sus brazos pero él la apartó con determinación.

—No lo estropeemos más, por favor.

—¿Cómo puedes ser tan frío? —Por un segundo a Tess le horrorizó el pensamiento de que había malinterpretado el interés de Juan, desbordada por sus repentinos cambios de humor, y el miedo le atenazó el estómago— ¡Te odio, maldita sea!

—Quizá sea lo mejor - susurró él, desde la verja — Buenas noches... princesa.

No lograba conciliar el sueño así que se levantó de la cama y desde la ventana miró la torre vecina que se erguía en un lateral. Se le alborozó el corazón al verla iluminada. Cogió el teléfono y marcó su número; ni siquiera pensó que no eran horas.

—¿Hola?

La cálida voz de Juan le alteró el pulso.
—Soy Tess.
—Ya lo sé. Te divisó desde aquí.
Ella reconoció un gesto de humor en su tono serio.
—Estoy... apenada por lo de antes. No quise enfadarme.
—Ni yo que lo hicieras. Pero tienes que meter en tu linda cabeza que mi amistad no te conviene. Jamás me perdonaría perjudicarte, del modo que sea.
Ella se atusó el pelo, molesta por la insistencia.
—¡Olvida eso! He estado pensando...¿Irás mañana a la misa del gallo?
—Sí, claro; acompañaré a mi madre.
—Podríamos ir las dos familias juntas.
—Por mí, de acuerdo.
—He... He pensado también que podría pedirle a mamá que os invite a cenar - tanteó.
Juan rió con suavidad a través del hilo y ella imaginó su gesto irónico.
—No creo que a tu madre le entusiasme mi compañía.
—Mis padres te quieren mucho —Titubeó antes de confesar la verdad—.
De quien no se fían es de mí.
La carcajada de Juan sonó limpia, agradable, y ella anheló estar a su lado.
—Propónselo a tu madre. Si ellos lo desean, estaré feliz de cenar con vosotros , aunque fastidie a Diego.
—¡No digas eso!
—¿A quien quieres engañar? ¡Me odia a muerte! No vas a convencerme de lo contrario porque yo, en su lugar, sentiría lo mismo. Buenas noches. Es muy tarde.
Tess se resistió a colgar.
—Me pasaría toda la noche al teléfono.
—También yo , princesa, pero seamos sensatos —replicó, a su pesar.
Ella le mandó un beso y colgó. Enseguida se apagaron las luces en ambas casas.

La cena se celebró sin etiqueta, en medio de un ambiente distendido a pesar del enojo de Diego, y sumamente íntimo pues los Mendoza tenían costumbre de ceder la noche libre a sus empleados. Antonio y Juan se hicieron cargo de servir los vinos y licores y las mujeres de la comida que la cocinera había dejado preparada en el horno. Los entrantes fueron delicias en frío y el plato principal unas pacholas ^[3] Tras los alfajores de coco encendieron unas bengalas en el patio y luego cantaron un par de villancicos delante del belén que presidía el salón. Al

lado estaban los paquetes de regalos de Santa Claus y como Diego se iría a una fiesta tras la misa, los abrieron antes de acudir a la iglesia. Juan y Matilde habían traído para cada uno y ellos también recibieron los suyos. A Tess le encantó la pulsera de sus padres y la última publicación de Isabel Allende de Diego pero se extasió ante la delicada lámina de El beso de Gustav Klimt, enmarcado en negro, que su madrina le entregó. Lo agradeció con una sonrisa mientras la besaba aún sabiendo que el regalo provenía de Juan. Él recibió un Patek Philippe ^[4] y Matilde un Cartier que ambos se apresuraron a entrenar. Los Mendoza fueron recompensados con un abono para la ópera y Diego con un espectacular maletín con material médico que le dejó sin aliento. Tartamudeó un desconcertado Gracias, mirando de reojo a Juan, intuyendo que él había tenido bastante que ver con la elección y suavizó su brusquedad a partir de ese momento, aunque no le perdonaba a su hermana que no le acompañara a la fiesta de la pandilla.

Tras la celebración religiosa en la catedral, los cinco regresaron a la finca de los Mendoza, dispuestos a prolongar la velada con bebidas y cartas. Tess y Juan optaron por escuchar música en el salón, a la vista de los demás. Juan, siguiendo el ejemplo del anfitrión, se desprendió de la chaqueta del traje azul marino y de la corbata y se quedó en mangas de camisa. Aceptó el licor que Antonio le ofreció y buscó acomodo junto a Tess en el sofá. Ella lucía un vestido en tonos violeta —su preferido— y tacones de aguja de los que se deshizo también para subir los pies embutidos en medias al cojín. Su rostro mostraba un ligero maquillaje y llevaba el cabello recogido en un moño bajo que la favorecía aunque Juan deseó hundir los dedos en el peinado y dejarle los mechones libres, suaves y al viento como a él le gustaba.

—¿De veras no hubieras preferido ir a la fiesta?

—De veras —Se le adelantó antes de que siguiera por ese camino— Gracias por el Klimt. Es precioso.

—¡No pude robar el original! Estaba demasiado custodiado —Bromeó para quitarse el desasosiego que la mirada intensa de Tess le provocaba— Compré la lámina en Viena. Intuí que te gustaría.

—¡Me encanta! La colgaré en mi dormitorio.

Juan se removió, incómodo, y ella rió con malicia, enardecida por las copas y el apabullado semblante de Juan.

—¿Quieres que le busquemos emplazamiento ahora? Podrías aconsejarme...

— ¡Mejor no sigas, Tess! Tus padres están a dos pasos y mi autocontrol es limitado — confesó, dirigiendo su mirada a su propia entrepierna para hacerle ver los estragos que sólo mirarla le provocaba.

Las pupilas azules rieron complacidas, igual que su boca.

—¿Siempre luchas tanto contra tus deseos?

—Siempre que me lo impongo, sí — Se incorporó para poner un disco de boleros y la invitó a bailar, sin permitir que se calzara.

Cuando la tuvo en sus brazos le susurró al oído.

—No me tientes, sirena. He venido preparado cual Ulises a esta odisea.

—¡Tebeos, clásicos...! Has leído mucho por lo que veo.

—Excepto novelas de amor, de todo.

—¿Por qué no novelas de amor? Ahora las hay con altas dosis de erotismo.

—No necesito aprender, gracias. Y si no crees en algo, resulta inútil dedicarle tiempo.

Tess apartó su rostro de su mejilla para dejar de hablar en susurros.

—¿No crees en el amor?

—En el de esas novelas, no. Las mujeres sois mucho más crueles de lo que aparentáis y los finales felices sólo duran unas hojas. Nadie escribe sobre cómo están esas parejas unos años después.

—A veces sí se escriben. Y mantienen su amor.

La mirada de Juan pareció insondable. Se acabó el disco y puso otro más movido, que les retiró al sofá.

—¿Cómo está tu amigo Quique? ¿Hablaste con él?

A Tess le molestó el giro brusco de la conversación pero le siguió el juego. ¡Sí que venía preparado para combatirla!

—Nos vimos esta tarde. Fuimos a una pastorela ^[5] y después tomamos un refresco. Le va muy bien en la escuela de negocios, aunque está claro que no era de eso de lo que le hubiera gustado hablarme...Pero no puedo hacer nada. Sabe que no le amo. —Le buscó la mirada para indagar sobre su punto de vista— ¿Te parece que hago lo correcto no dándole infundadas esperanzas?

—Me parece perfecto, Tess. Jamás se debe mentir a otra persona respecto a los sentimientos. Ni por compasión ni por interés.

Ella asintió, guardándose las ganas de preguntarle acerca de los suyos, pero a cambio viró de asunto.

—El otro día me pareció escuchar a Silvio Rodríguez desde la torre. No sabía que te gustaban los cantautores.

—¡Me entusiasman! En especial Silvio.

A ella le rió el alma al darse cuenta de su gesto cómplice.

—¡A mí también! Llevo años tras un disco suyo, “Al final del viaje”, pero no logro hacerme con él.

—Lo tengo. Lo compré en Cuba.

—¿De verdad? ¡Me encantaría oírlo!

Juan se rindió a la súplica de su mirada. La vista se le fue al colgante que

lucía sobre su piel morena, el de forma de estrella que él le regaló por su cumpleaños, y se murió de anhelo por saborear esa zona con su lengua. Siguiendo un impulso loco se puso en pie.

—Voy a buscarlo, entonces.

—¿Me dejas ir contigo? —Rió por su expresión de asombro— ¡No voy a seducirte! Sólo quiero visitar la torre. Me pica la curiosidad conocer tu guarida.

Juan vaciló. Miró a los mayores pero estaban en una esquina del salón centrados en sus cartas.

—No sé si les molestará.

Al comprender que la preocupación de Juan era por sus padres y no por ella, tomó el mando y se calzó mientras avisaba en alto, con fingida inocencia.

—¡Vamos a buscar un disco de Juan! ¡ Enseguida volvemos!

Nada más salir al jardín le cogió una mano pero él se apartó con gesto rápido.

—¿No puedo tocarte?

—Prefiero que no lo hagas —admitió a regañadientes.

—¡Vamos Juan! ¿Por qué me rechazas si te gusto?

—¡No me lo pongas difícil, Tess!

Sonó brusco, pero únicamente él sabía los esfuerzos titánicos que estaba haciendo para no romper su promesa. Se moría por atraerla a sus brazos y devorar con su boca cada rincón de aquella anatomía que parecía hecha para el pecado.

—Disculpa —Se apartó, dolida por el rechazo— ¡Vamos a por el disco!

Atravesaron la casa y subieron a la torre por una escalera de caracol. Las persianas estaban subidas y las farolas de la calle clareaban la estancia aunque Juan encendió la lámpara del techo para dispersar la penumbra. Sobre los muebles reposaban múltiples fotografías de sus viajes y Tess se abalanzó a curiosearlas. Le encantó que en ninguna aparecieran mujeres. En la repisa del sifonier divisó un portarretratos con la imagen de Matilde y su esposo en algún lugar de montaña. De no ser porque Matilde aparecía tan joven, Tess hubiera pensado que estaba con Juan. Padre e hijo guardaban un parecido extraordinario. En otro marco había un bebé desnudo, tendido boca abajo. Aunque era en blanco y negro y no se apreciaban sus cabellos ni sus ojos, supo que era ella.

—¿Esta...?

Juan levantó la vista de la pila de discos y rió, entre divertido y enfadado al verse descubierto.

—Sí, eres tú. Me encantabas con pañales.

—¡Muy gracioso!—No supo si ofenderse o reír también. ¡Al menos guardaba una foto suya!

—Por detrás hay una dedicatoria de tus padres. Me la regalaron en premio a mi abnegación por ti.

—¡Hablas como si me llevaras cien años! —Le reprochó mientras seguía curioseando- Y esto ¿qué es?

Había cogido una concha gigante que reposaba sobre una mesa de estudio.

—Una caracola.

—¿La encontraste tú?

—No, me la regaló Rosalía el día que nos conocimos.

Tenía la atención puesta en los discos y no captó el cambio de expresión de Tess, que se quedó pálida mientras la soltaba con cuidado, pero el silencio posterior le hizo mirarla.

—¿No vas a soltarme un reproche?

—¿Por qué ? ¡Eres dueño de conservar lo que quieras!

Fingir indiferencia se le daba fatal y Juan sintió la necesidad de explicarse para que ella no lo juzgara con dureza. Tampoco quería hacerle daño y era fácil leer los celos en su expresión.

— La conservo para evocar los buenos momentos. Rosalía fue mi amor de juventud y necesito aferrarme los pequeños instantes de felicidad que compartimos. No es sencillo para mí aceptar cuánto ha cambiado.

—¡No creo que tengas tanto que reprocharle! ¡Mira en lo que te has convertido tú!

Se arrepintió nada más decirlo, pero le dolió demasiado que guardara un regalo de su rival y deseó hacerle daño. Dio en el blanco. Juan apretó la mandíbula y asintió.

—¡Tienes razón! Vámonos. Ya he encontrado el disco.

Tess se tambaleó, disgustada por haberlo atacado.

—¡Espera! ¡No quise decir eso! No lo pienso.

—¡En realidad sí lo piensas, pero te resistes a admitirlo. ¡Vámonos! No quiero molestar a tus padres.

—¡Olvídate de mis padres! —Se revolvió furiosa— ¡Olvídate de mis padres, de mis amigos y del mundo entero! ¿Es que todos te preocupan menos yo?

Juan se detuvo en medio de la habitación, con la funda en la mano.

— ¡Tú me preocupas más que nadie! Por eso quiero volver a tu casa.

Tess le sostuvo la mirada, canalizando la ira que burbujeaba en su sangre y amenazaba con desbordarse. ¡Le aporrearía ese espléndido pecho hasta derribarlo de su pedestal de hielo y que accediera a besarla! Con todo, lo retó.

—No pienso moverme de aquí.

—¡No seas infantil! ¡ Sabes que debemos irnos!

Tess siguió con las pupilas clavadas en las negras hasta que él comprendió que estaba en mitad de una rabieta y no iba a convencerla discutiendo. Con astucia, le dio a espalda.

—Como prefieras. Yo me vuelvo. ¿Alguna pista para excusar tu ausencia?

Tess no lo vio venir. Iba a bufar con rabia cuando él soltó el disco sobre la cama y con un placaje rápido la apesó entre sus brazos. Ella se revolvió, furiosa por haber caído en el engaño, y terminaron sobre la alfombra, peleando medio en broma medio en serio. Hasta que, de un manotazo, Tess derribó la caracola y ésta se desintegró en pedazos. El sonido la dejó petrificada.

—¡Dios mío, Juan, lo siento! ¡Te juro que no quería...!

Recogió los trozos más grandes y lo miró, sin saber qué hacer, esperando su enfado. Pero él no dio señales de enojo.

—No tiene importancia. Deja eso —pidió con voz calmada.

—¡Pero tú querías el recuerdo!

—¡No me importa Rosalía! Déjalo —insistió.

Estaban los dos de rodillas, frente a frente. Ella afligida, y él luchando contra el deseo de abrazarla. ¡No soportó que Tess sufriera de celos por alguien que no le interesaba desde hacía mucho tiempo! La acercó a su pecho y la besó, mesurado primero y apasionado después, en cuanto Tess, recuperada de la sorpresa, respondió a sus caricias con afán. Resbalaron sobre la alfombra y Juan le desbarató el moño y le esparció la melena alrededor de la cara, llenándola de caricias. Después, sus dedos expertos bajaron la cremallera del vestido y apartaron el encaje del sujetador para dejar un rastro de besos y mordiscos que humedecieron a Tess y la llevaron al delirio.

— ¡Dios, Juan! ¡Te amo! ¡Te amo!

Tess escuchó su voz en la lejanía, perdida en un universo de sensaciones. Sin embargo fue el detonante para que Juan se detuviera y la contemplara, aturdido. Con un esfuerzo supremo se apartó, le arregló las ropas y se puso en pie.

—No sé cómo solucionar lo de tu pelo.

Ella siguió en la alfombra, atónita, desmadejada por la intensidad de sus besos y con la piel dolorida de puro anhelo.

—¿Mi pelo? ¿A quién demonios le importa mi pelo?

—¡A mí! —Gruñó el, tan descontrolado como ella— ¡No puedes aparecer en casa de tus padres como si nos hubiéramos dado un revolcón!

—¡Pero es que nos lo hemos dado! —Se arrodilló y recogió sus cabellos pese a todo, con los ojos ardiendo de ira— ¿Eres tan poco hombre de negarlo y dejarme así?

El se mordió la lengua, abochornado y dolido. ¡Maldita fuera su estampa!

Había caído en las redes de una mocosa que lo enervaba más que cualquiera de las mujeres que se había llevado a la cama en sus innumerables noches de juerga!

—¿Crees que es sencillo para mí? ¿Que no disfrutaría metiéndome entre tus piernas y enseñándote lo que es un polvo como Dios manda? ¡Maldita sea, Tess! ¡No puedo hacerlo! ¡Eres mi jodida princesa y no voy a convertirte en otra más de la lista!

Las lágrimas brotaron de sus ojos, para humillación de Tess.

—¿Eso sería para ti? ¿Otra más de tu lista? ¿Tan poco te importo?

Juan avanzó unos pasos, descompuesto, aunque al final apretó los puños y permaneció quieto. ¡Si la tocaba se rompería de nuevo!

—Tess, sabes que no puedo... ¡Maldita sea, no me hagas esto!

Tess se incorporó sobre sus tacones y se deshizo del llanto con un manotazo, avergonzada de haber pronunciado las palabras prohibidas. Recuperó la entereza y lo miró con frialdad, recordando los sempiternos consejos de Mariel: jamás dejes ver tus debilidades.

—Volvamos a casa.

A Juan le dolió esa actitud tanto como la anterior pero se resignó a asumirla. Cogió el disco y la siguió tras apagar la luz.

Los tres adultos se volvieron a mirarse cuando regresaron al salón pero al ver sus rostros prefirieron eludir comentarios.

Tess se descalzó y se acomodó en un extremo del sofá. Juan puso el tocadiscos y se sentó en el otro. No se miraron en lo que restó de noche.

El día de navidad Tess amaneció en su cama con un insoportable dolor de cabeza. Escuchó trastear a su familia por la casa pero se negó a moverse. Le dolía el alma, si es que eso era posible, y lo último que deseaba era enfrentarse a explicaciones. Sabía que sus padres habían notado el cambio de actitud al regreso de Juan y ella y se imaginaba las preguntas que estarían haciéndose en privado, pero no se sentía con fuerzas para responderlas.

La voz de Mariel desde el pasillo la obligó a incorporarse.

—¿Puedo pasar?

—¿Estás tonta? Anda, entra.

Se cruzó de piernas en la cama y admiró el aspecto feliz de su mejor amiga, embutida en un cómodo vestido de flores.

—He venido a recoger a Diego. Planeamos pasar la tarde en la playa y cenar luego en un chiringuito. ¿Te apuntas?

Tess se sonrojó ante el escrutinio de Mariel.

—¿Cómo te fue la noche? Parece que te hubiera pasado una grúa por encima.

Tess rió por su franqueza, aunque la respuesta resultara amarga.

—Me dormí en el sofá, no sé a qué hora, con Silvio Rodríguez de fondo.

Mariel masculló un taco y se sentó a su lado, dispuesta a servir de paño de lágrimas.

—¿Y el bombón de Santacruz?

—Jugó a las cartas con mis padres.

Mariel pegó un brinco, indignada.

—¿Y para eso te quedaste?

El reproche desbordó las lágrimas que contenía desde que se despertó.

—¡Es un...! ¡No le importo! Lo dejé claro anoche.

-¡Venga ya! ¡Eso es imposible! ¡Menudo beso os estabais dando cuando os pillamos!

—¡Somos unas ingenuas, Mariel! Un beso para él no significa nada. ¡Diego tiene razón!

Su amiga la apartó de sí, enojada.

—¡Diego no tiene razón! Está rabioso y todo lo relativo a Santacruz lo vuelve irreflexivo.

Tess frunció el ceño, sorprendida de que Mariel no se pusiera de parte de su novio por una vez.

—¿Por qué iba Diego a estar rabioso? ¡No lo entiendo!

La muchacha se mordió los labios, indecisa de si debía contarle; pero le pudo la lealtad.

—¡Porque antes presumía de ti, Tess! Todo el mundo te ponía por las nubes, y él se pavoneaba de hermana. Ahora tengo que pararle los pies para que no se rompa la cara con más de uno porque hablan de ti pero en relación con Santacruz y Rivero. ¡El club es un hervidero de chismes!

Las pupilas de Tess se dilataron de espanto. Estaba tan acostumbrada a hacer lo que le apetecía y que siempre estuviera bien visto que encajó mal la noticia.

—Pero... ¡Si apenas he salido un par de veces con Santiago! ¿Por qué se meten dónde no les importa?

—¡Porque están aburridos y son unos cotillas! ¡No le digas a Diego que te lo he contado! No me lo perdonaría —Se levantó y miró la torre de los Santacruz— ¿Sabes que opino? Que has arriesgado demasiado por él. Asegúrate de sus sentimientos. Si de verdad no le importas, lo olvidas y en paz, aunque te rompa el corazón; pero si te quiere y lo que tiene es miedo de admitirlo, oblégalos a dar la cara.

Tess contuvo las lágrimas, anonada al percibir que Mariel mostraba más madurez que ella, a pesar de sus aires aññados y su devoción por Diego.

—¡Eres la mejor, Marielita! ¡No sé qué haría sin tus consejos! Te prometo que los seguiré al pie de la letra. Y si Juan me quiere, me enfrentaré a todos los cotilleos del mundo.

—Y si no te quiere, te olvidarás de él —aseveró Mariel en un susurro.

—Sí — admitió, enfriándose —Si no me quiere, me olvidaré de él.

Matilde en persona le abrió la puerta. Tenía el gesto grave y la sonrisa con que pretendía darse ánimos murió en sus labios.

-¿Qué ocurre, madrina?

—Juan se marcha esta tarde.

Tuvo que sujetarse a la jamba para no caer. ¿Se iba? ¿A causa de lo de anoche? La incertidumbre la llenó de pavor. De no haberle prometido a Mariel que se enfrentaría a Juan se habría dado la vuelta para correr a llorar sobre su almohada.

-¿Dónde está?

—Arriba. Con su equipaje.

Subió los peldaños de dos en dos y entró sin llamar. Juan, de espaldas, hacía las maletas. Observó que no quedaban rastros de la caracola y que su fotografía estaba boca abajo.

—¿Qué es eso de que te vas?

El no se volvió. Le estaba costando un mundo la decisión que había tomado, pero sentía en los huesos que era la única posible para evitar una hecatombe.

—¡No puedes irte! —insistió ella con rabia.

Juan dominó la voz mientras doblaba unas camisas.

—Por supuesto que puedo. Nada me retiene aquí.

A pesar del dolor, Tess rodeó la cama y se enfrentó a él.

—¡No te pido que te quedes por mí! Entiendo que te he provocado y te he hecho sentir violento, pero hazlo por tu madre. Te necesita, aunque no lo confiese. Te juro que me quitaré de tu vista. ¡Lo juro, Juan! No volveré a acosarte nunca más.

El desvió la mirada. No quería ver, por más que ya la tuviera grabada en sus retinas, a la única mujer que había conseguido el milagro de hacerle sentir de nuevo. Era sorprendente que un ser, insignificante en apariencia, con apenas formas de adulta, embutida en tejanos deshilachados y camiseta desteñida, le pareciera una diosa inalcanzable. El, que había tenido a mujeres de cinco continentes a sus pies, se había ido a enamorar de la única que no podía seducir. Con gesto de hastío, cerró la maleta. ¡Necesitaba coger un avión y poner entre

ellos un océano de por medio!

—No necesitas jurar nada. Mi madre está acostumbrada a mis ausencias.

—¡Eres un egoísta! ¡Márchate entonces y tarda en volver!

Tess le dio la espalda para ocultar sus lágrimas. Juan apretó los puños para no correr a consolarla. Al contrario, supo que debía destruir sus ilusiones de la forma más brusca posible así que le confesó lo que, estaba seguro, sería el golpe definitivo. La sujetó de los hombros sin mirar sus mejillas mojadas y se mostró cruel a conciencia.

—Escucha lo que voy a decirte. Óyelo y grábalo en tu corazón para siempre. Si me decidí a salir contigo fue para evitar que Santiago te enamorase. Hicimos... —Suspiró, renegando de sí mismo— Hicimos una apuesta.

Ver sus ojos agrandados por la sorpresa y su rostro tiñéndose de escarlata fue más de lo que Juan pudo soportar. Le dio la espalda y traspasó el paisaje que se extendía desde sus ventanales. Si hubiera podido evitarle semejante humillación a Tess se hubiera clavado un puñal en el pecho, pero sabía que debía poner fin a sus sueños.

—¿Apostasteis? ¿Sobre mí? ¿Rivero y tú?

Asintió, sin mirarla.

—Preferiría que no lo malinterpretaras. El primer día que nos vimos en el club, Santiago confesó que estaba loco por ti y que lograría enamorarte. Me dio tanta rabia que no pensara en lo que supondría para tu reputación que dije esa tontería. Tuve miedo de que te convenciera. Nos conocemos desde hace años, sé de sus correrías como él de las mías, y sé lo peligroso que puede resultar. Por eso hice la apuesta.

Tess se sintió un peso en el estómago. ¡Con razón Diego se enojaba por los cotilleos del club! ¡Estaba en boca de la gente y el primer culpable era Juan!

—¡Puedes ya puedes pasar a recoger el premio! Santiago no ganará esa apuesta ya que, como bien sabes, me he enamorado de ti. Pero no sufras, has mandado al infierno mi ingenuidad y mis ilusiones. No quise creer que eras como la gente decía; pero ya no tengo dudas. ¡Te juro que dejaré de quererte aunque tenga que arrancarme el corazón!

Sofocó un sollozo y escapó de la torre con el último rastro de la dignidad que le quedaba.

Si hubiera podido ver el sufrimiento en el semblante de Santacruz quizá se hubiera ido más satisfecha. Ella tenía el corazón roto, pero el de Juan no quedaba menos desmoronado.

Tess pasó toda la semana sin salir de casa, incapaz de eludir la tristeza y la

apatía. Comió lo justo y respondió a las preguntas de su familia con monosílabos lo cual incrementó la intranquilidad general. La mañana de Nochevieja su madre tomó cartas en el asunto. Descorrió las cortinas de su dormitorio y la obligó a incorporarse, preocupada por sus profundas ojeras.

—Esto tiene que terminar, Tess. Ya te dije que jugar con Juan traería consecuencias, pero no quisiste hacerme caso.

—No me quiere —susurró, abrazando a su madre entre sollozos.

Marta le permitió desahogarse hasta que el agotamiento la dejó sin lágrimas. Después le limpió el rostro y se mantuvo lo mas serena posible, teniendo en cuenta que el dolor de su hija le destrozaba el alma.

—Si es así, tendrás que aceptarlo. No te quedará otra que salir a la calle y volver a vivir. ¿Qué ha pasado con tu trabajo en la empresa? Tu padre estaba muy satisfecho contigo.

—Soy incapaz de enfrentarme a nada —musitó enterrando la cabeza bajo la almohada.

—El mundo no se termina con Juan —Su madre, implacable, la obligó a mirarla— Sólo ha sido un capricho. Lo olvidarás.

—¡Yo sí que he sido un capricho!-- Se moría de vergüenza, pero necesitaba sacarlo fuera — ¡Juan me ha rondado para ganar una apuesta!

Por un instante, Marta de Mendoza sintió como si le hubieran abofeteado pero enseguida recompuso el gesto. No, se dijo. Ella conocía a los Santacruz. No debía aprovecharse del malentendido y dañar aún más la imagen de Juan.

—Ignoro de dónde has sacado esa historia , pero no es cierta. Juan no haría algo tan sucio.

—¡Sí que lo ha hecho! Me lo confesó la mañana antes de irse. ¡Por eso no quería que saliera con Santiago! ¡Para ganar él! ¿Te imaginas? ¡Qué bochorno! ¡Habré estado en boca de sus amigos! Y... y cuando me besaba... —Se abrazó a su madre, de nuevo anegada en llanto— ¡No puedo creer que no lo sintiera!

Marta acarició el cabello revuelto de su hija, húmedo de sudor.

—Yo tampoco creo que fuera una pantomima, Tess. Aunque tienes que admitir que lo acosaste sin piedad.

—¿Cómo iba a suponer que su interés por mí se guiaba por una apuesta? ¡Estaba segura de importarle! Sus ojos...Su modo de mirarme, de contenerse...

Marta la apartó para contemplarla con la expresión muy seria.

—Cariño, no dudo de que le importas a Juan. No sé si como mujer o como su princesa, pero me consta que te quiere. Además, no es ningún fanfarrón. Nunca ha presumido de sus conquistas. Todo lo contrario, la difamación siempre se la ha llevado él.

—¿Por qué le defiendes? ¡Se ha burlado de mí!

—Lo defiendo porque no comprendo como pretendió ganar una apuesta huyendo de ti cada vez que lo buscabas.

Tess asimiló la reflexión de su madre y hubo de darle la razón. Le había costado lo suyo conseguir que Juan la integrara en su vida. Y lo hizo en privado, obsesionado siempre por mantener a salvo su reputación. El desconcierto la sumió en una nueva espiral de dolor.

—¡Pero fue él mismo quien me lo dijo!

—Tal vez no sabía como romper tus ilusiones y fue lo primero que se le ocurrió. O quizás Juan es más sensato que tú y entiende que no te conviene como pareja.

—¿Por qué no va a convenirme? ¡Le amo con locura!

—¿A pesar de lo que te está haciendo sufrir?

—¿Crees que puedo arrancármelo del pensamiento? ¡Volvería a caer a sus pies sólo con que me besara de nuevo! —Se horrorizó al reconocer la certeza de sus palabras, porque se había jurado derribar esos sentimientos y sin embargo seguían en su interior, inalterables— ¡Por Dios, mamá, no sé qué voy a hacer!

Marta suspiró, agotada de luchar contra las hormonas y el llanto de su hija.

—Empieza por lo más sencillo: date una ducha, arréglate y recupera tu vida. Si Juan ha de ser para ti, el tiempo lo dirá. Y si tienes que olvidarlo y enamorarte otra vez, ocurrirá; te guste o no.

Su madre se incorporó, dando por concluida la conversación. Pero ella aún tenía algo que concretar.

—Mamá... Si Juan me quisiera... ¿papá y tú me apoyaríais?

Marta suspiró.

—¡Por supuesto, cariño! ¡Es hijo de tu madrina y del mejor amigo de tu padre! Os apoyaríamos, aunque pondrías a nuestra familia en boca de media ciudad y mucha gente nos daría la espalda. Sin embargo, debo advertirte, Tess — Su tono sonó solemne— Portándote como una cría no vas a enamorar a Juan. Te lleva diez años y lo tiene todo muy visto. O le ofreces una relación que nunca haya tenido o no tendrás la menor oportunidad. Y ahora, sigue mi consejo. Quiero que esta noche cenemos en familia. A ser posible en armonía, como lo hemos hecho siempre.

Marta cerró la puerta detrás suyo. Tess permaneció un rato tumbada, recapacitando sobre la primera conversación adulta que había mantenido con su madre.

Llevaba varias horas en el club, festejando con la pandilla la llegada del Año Nuevo, cuando Santiago la invitó a bailar.

—¿Me disculpas, Quique? Sólo una pieza.

—Estaré en la barra —asintió él, reticente.

Tess dejó que Rivero la enlazara del modo respetuoso en que solía hacerlo y le buscó los ojos.

—Tenía ganas de verte.

—También yo. Pero has estado invisible desde nuestra última salida - admitió serio, reprimiendo un reproche.

—Estuve con Juan —Tess notó que su acompañante palidecía y pasó al contraataque sin pensarlo dos veces— ¿Qué hay de verdad en lo de la apuesta?

Las manos de Santiago se tensaron en su cintura, aunque no rehuyó la mirada.

—¿Juan te lo dijo?

—Sí.

Mantuvo la vista clavada en su expresión que pasó de incómoda a dolida.

—No lo entiendo. Él estaba tan molesto como yo.

—¿Por qué la hicisteis, entonces?

Los gestos de Santiago mostraron su desasosiego aunque siguió llevándola en sus brazos sin dejar de mirarla.

—No sé qué lo impulsó a él. Yo acepté por miedo a que pudiera conquistarte.

—Algo parecido comentó sobre ti.

Rivero entrecerró sus atractivos ojos verdes, confuso.

—Supongo que el respeto es mutuo. Yo dije que esperaría a que te hicieras mayor. Llevo muchos años soñando con pedirte en matrimonio, Tess —admitió, pese a no albergar esperanzas—. Mis amigos se rieron y Juan opinó que si no me lanzaba a seducirte, otros se adelantarían. También me echó en cara que tú no eras como otras mujeres, que tenías mucho carácter. Veo que atinó de pleno.

Ella sintió una pequeña rendija de felicidad al comprender que la situación no había sido como Juan le hizo creer. No se trató de una diversión sino de un instante de vacile entre camaradas.

-No soy distinta del resto de mujeres, Santiago —replicó, no obstante dolida.

—Es verdad. También tú has caído bajo su hechizo.

Tess suspiró, desalentada.

—Sí, Santiago. Me temo que ganó la partida.

Los hombros de Rivero se tensaron.

—¿Dónde está?;No le veo festejando la victoria!

—Se ha ido.

Había terminado la pieza pero continuaban abrazados, ajenos a las miradas

de la gente. El rostro de Rivero una pura confusión.

—¿Se marchó después de conquistarte? No le veo el sentido.

—Me conquistó, pero no me quiere.

Se nublaron los ojos azules y Santiago notó el pinchazo de los celos Sin embargo, prevalecieron sus sentimientos por ella y le ofreció consuelo.

—O te quiere tanto que ha entendido lo que yo no quise ver —Miró alrededor, percatándose de la situación— Fíjate cómo nos comen con los ojos. ¡Se mueren porque les demos motivos para hablar! De esto quiso librarte Juan. Me advirtió y no le hice caso —La sacó de la pista y se despidió con un breve beso en los nudillos de ambas manos—. Espero que puedas perdonarme, Tess.

Ella lo retuvo, contrariada porque una amistad debiera romperse en aras de la hipócrita sociedad en la que se movían.

—¡No te vayas así! No me importa lo que digan...

—¡Me niego a darles el gusto! —aseguró él, furioso, sobre todo consigo mismo. Si años atrás le hubieran advertido en qué disyuntiva lo pondrían sus noches de juerga hubiera tenido más cuidado.

—¿Insinúas que no volveremos a vernos?

A Santiago le golpeó en el pecho su rictus de tristeza. Logró esbozar una sonrisa que no alcanzó a sus ojos.

—Pensar que te apena perder mi amistad después de lo que has sabido me calienta el alma en lo más hondo, Tess, créeme. Pero no soy menos hombre que Juan. Si él entendió que te perjudica nuestra cercanía, lo asumiré igualmente. Eso sí, ten por descontado que en cualquier cosa que necesites, me tendrás a tu disposición.

Depositó un rápido beso en su mejilla y se marchó del baile. Quique, de inmediato, ocupó su lugar junto a Tess.

— ¿Otro decepcionado, bella Mata- Hari?

Su broma sólo consiguió que esbozara un puchero.

—Cenicienta más bien.

Quique sonrió con ternura, dichoso de contar con su confianza.

— ¡Vamos a bailar, anda! Es mi última noche en México y quiero disfrutarla con la chica más bonita de Veracruz.

Ella rió, agradecida, y se dejó arrastrar a la pista.

—¡Será por milagros del maquillaje! No imaginas las ojeras que esconden. ¡Seguro que lo inventó una mujer!

—¡Cómo todo lo bueno! —musitó él, estrechándola contra sí.

Tess se dejó querer. Si iban a hablar de ella, al menos les daría motivos.

Tercera parte

— Abril 2016 —

A lo largo de los tres meses siguientes Tess releyó las cartas que Juan enviaba a su madre desde diversos lugares de Europa, esperando una mención que nunca llegó a pesar de las noticias que Matilde le transmitía en las suyas. Le contó a su hijo cómo trabajaba con ahínco en la empresa, que practicaba deportes de alto riesgo durante los fines de semana y que, de tarde en tarde, subía a la torre para tumbarse en su cama y escuchar sus vinilos. Calló, sin embargo, el sobresalto que la trajo a su casa tras ver luz en el piso de la playa y descubrir en él a una desconocida. Había huido y recurrido a Matilde dos días más tarde, aturdida por no tener conocimiento del regreso de Juan. Tampoco mencionó su alivio al saber que lo había vendido en navidad.

Ahora, él regresaba.

Tess atravesó con prisas el jardín y pasó al interior de la vivienda. Los brazos de Juan la libraron de chocar contra la firmeza de su pecho. Ambos se miraron, paralizados por la sorpresa.

—¡No te oí llegar!

Él la analizó con una rápida ojeada. Llevaba el pelo recogido y un traje pantalón de lino blanco que acentuaba su aspecto de ejecutiva.

— Es que no llamé. Estaba abierto.

Ella también lo contempló de arriba abajo: sus largas piernas dentro de unos tejanos viejos y una camisa amarilla por fuera. Tan devastador como siempre.

—¿Si? Algún descuido de Leticia —musitó por decir algo.

—Anda fuera, charlando con su novio —Tess luchó por controlar los atronadores latidos de su corazón, aunque con pocas esperanzas. Notaba sus

mejillas sonrojadas y le sudaban las manos— Vine a ver a tu madre. Me encargó unas revistas.

—Ha salido. Escuché algo de una visita de cumplido.

Ella dejó el paquete sobre una mesa cercana y se dispuso a marcharse.

—Entonces, dáselas tú cuando vuelva.

Juan intentó retenerla, dolido por su actitud distante.

—¿Te apetece un café?

Tess se mordió los labios para no aceptar, pero recordó a tiempo los consejos de su madre.

—Gracias; no puedo. He de volver al trabajo.

Juan se encogió de hombros, resignado a su nuevo talante.

—Claro, no hay problema.

Tess le dio la espalda, dispuesta a irse; sin embargo, lo pensó mejor y se volvió con el semblante adusto.

—Es bueno que hayas vuelto. Tu madre te añoraba muchísimo.

A Juan le hirió la contención a la que no estaba acostumbrado y se permitió mostrarse sarcástico para arrancar un destello de vitalidad de sus ojos.

—¡Creí que tú le bastabas! No ha parado de alabarte en sus cartas.

Tess frunció el ceño, aturdida por su agresividad.

— He intentado llenar un vacío, pero no es igual. Tú eres su hijo.

Lo dejó plantado y regresó a su casa con el corazón desbocado. Había conseguido reprimir el anhelo de precipitarse en sus brazos; pero más que nunca lo tenía claro: no podría dejar de quererlo. Y Juan no era inmune. No le había pasado por alto su intento de retenerla. ¡Debía hallar la fórmula para rendirlo a sus pies!

Estaba en la cama, dando vueltas al sempiterno tema de Juan, cuando se le ocurrió la idea y, ni corta ni perezosa, se calzó unas chanclas y buscó a sus padres. Por suerte aún estaban despiertos.

—Buenas noches... ¿Puedo interrumpiros?

—¿Ocurre algo, cariño?— Antonio se quitó las gafas que usaba para leer y miró a su hija con preocupación.

La inquietud de su padre consiguió que Tess se sintiera ridícula. Podía haber esperado a la mañana siguiente, pero la euforia de haber hallado un camino para llegar hasta Juan la sacó de la cama. Recogió velas, avergonzada.

—No es nada urgente, papá. Me dejé llevar...

Mendoza dejó el libro a un lado y palmeó el colchón para que su primogénita se acercara.

—Si para ti es importante, para nosotros también. Cuéntanos.

Su madre la interrogaba también con la mirada.

—Podría haber esperado...

—Nos ha quedado claro. Pero ya que estás aquí, habla —replicó Marta, llena de curiosidad.

Tess cedió al fin, sentándose en un borde del amplio lecho. Rara vez importunaba a sus padres en su dormitorio pero verlos allí, acomodados el uno al lado del otro, apoyados en el cabecero con sus respectivos libros, le resultó una imagen tan idílica que se prometió que algún día la imitaría con Juan.

—En la cena habéis estado hablando de la hacienda de Táchira, de que habría que remodelar todo el edificio, y he pensado que ...Que podríamos encargarle los planos a Juan.

Su padre frunció el ceño.

—¡Pero Juan lleva años sin trabajar!

—¡Eso no quiere decir que sea malo! Sería una prueba de confianza —afirmó, convencida.

— Siento decepcionarte, pero dudo que aceptara —opinó su madre.

—¡Dejad, al menos, que se lo proponga!

Antonio estudió las facciones de su hija, sorprendido por su apasionamiento.

—¡Estás decidida a mantenerte en tus trece respecto a Juan! ¡Pero si él no da muestras de interés, Tess! ¿Por qué no puedes centrarte en otros de tu edad?

—Sigo tan enamorada de él como el verano pasado, papá. Y creo que ya te he demostrado en mi trabajo que no soy ninguna cría. Lo quiero y lucharé por él.

Mendoza suspiró, resignado.

—No, cariño, no eres ninguna cría. Pero los sentimientos nos vuelven vulnerables. Sólo espero que él no te haga daño —Le acarició la despeinada melena—. Está bien. Lo dejo en tus manos. Si acepta, quizá le ayude a sentar la cabeza. Ojalá resultara. No solo Matilde y tú lo celebraríais, créeme.

Tess abrazó a su padre, agradecida de contar con su apoyo y complicidad.

—Gracias, papá. Me siento muy afortunada de teneros a los dos.

Besó a su madre y salió con una inmensa sonrisa. Estaba casi en el pasillo cuando la voz risueña de su padre la retuvo.

—¡No olvides que mañana viajamos a Río! ¡No vayas a pasarte la noche en vela pensando en cómo se lo dirás! Necesito a mi ejecutiva en plena forma.

Soltó una carcajada ¡Ni loca admitiría que lo había olvidado!

—Descuida, papá. Dormiré como un tronco —prometió

Cuando regresó a su alcoba advirtió que había luz en la torre. Sonrió al imaginar a Juan en la estancia que ahora conocía tan bien. ¡Se moría de ganas

de ver su cara cuando le hiciera la propuesta!

La primera visita de Tess fue para Matilde. Su vecina la acogió con el cariño habitual.

—¿Cómo te ha ido el viaje? Tu madre me contó que fuiste a Brasil.

—Papá tenía que cerrar unos negocios, sí. ¡Me ha encantado Río! —Sin transición pasó a lo que le interesaba— ¿Está Juan?

—Salió a dar un paseo.

Tess tomó asiento en una butaca frente a ella, conteniendo los nervios.

—¿Solo?

A la sonrisa de Matilde asomó un atisbo de tristeza que le desbarató el ánimo.

—Siempre está solo —asintió— No ha salido ninguna noche desde que llegó. ¡Y eso que Rosalía ha insistido!

Tess mostró un mohín de desagrado al oír el nombre de su rival pero lo desechó enseguida. No podía permitirse flaquear en su empeño.

—Quiero proponerle un asunto.

Matilde levantó la vista y lo descubrió en el quicio de la puerta, observándolas con el semblante severo.

—Pues ahí lo tienes. Acaba de llegar. Pasa, hijo. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor —Ocupó un sillón frente a Tess disimulando cuánto le agradaba verla; sobre todo con su recuperado aspecto juvenil, vestida con tejanos y camiseta— Buenas tardes. Resultas difícil de localizar.

Ella contuvo el aliento y obligó a sus manos a quedarse sobre el regazo. Sólo con mirarle se le iban los dedos a los botones de la camisa que cubrían sus pectorales. Quería tocarlo y sentir su piel caliente. Sofocada, apartó la vista y adoptó un aire despreocupado, recuperando la cordura y repitiéndose una y otra vez los consejos maternos.

—Estuve en Río —Alcanzó a decir.

—Me contó mi madre. Parece que te tomas el trabajo muy en serio.

Tess se descorazonó. La trataba con un desafecto y una frialdad inesperados. La otra tarde le pareció percibir un brillo de alegría al mirarla, pero ahora no estaba. Con el desasosiego haciendo mella en su ánimo, intentó aparentar desenvoltura.

—Me gusta lo que hago.

—Me alegro por ti. Es bueno tener metas en la vida.

Juan se tomó el café de un trago, abrumado por mantener una postura que iba en contra de sus impulsos. Verla tan atractiva, con aquella piel morena al

descubierto y aquel cuerpo que no se le quitaba de la cabeza era una especie de suplicio. Pero estaba dispuesto a pasar el purgatorio por mantener las distancias.

—Escuché algo de una propuesta —susurró, apartando los pensamientos pecaminosos.

—Sí —Pese a que ya no lo veía tan claro, decaída por el abismo que sentía entre los dos, se atrevió a intentarlo—. Papá va a edificar una hacienda en Táchira; ha comprado unos cafetales pero la casa está en ruinas. Hemos pensado en ti para el trazado de los planos.

Juan acusó el golpe. Durante unos segundos fue incapaz de disimular su perplejidad; después, la sonrisa se crispó en su atractivo rostro.

—¡Eso sólo puede haber sido idea tuya! ¡No sabes lo que dices! Llevo años sin trabajar.

Tess vibró de rabia al reconocer su miedo.

—¡Alguna confianza tendrás en ti!

— ¡Ninguna, la verdad! —admitió, sarcástico.

Matilde, recuperada de la sorpresa, comprendió la intención de su ahijada y le tendió un puente.

— Podrías hacerlo. Algunos de tus trabajos funcionaron muy bien...

—No, mamá; no pretendáis imposibles porque no os seguiré el juego.

Tess se incorporó con los ojos claros echando chispas.

—¿Sabes Juan? Creo que estás amargado y tienes miedo de portarte como un adulto. Tienes miedo de intentarlo y fracasar. Por eso prefieres mantener esa pose chulesca de pasar de todo. ¡Pues vale! Eres mayorcito para saber lo que te conviene. Sigue siendo un tarambana sin oficio ni beneficio y tira tu talento por la borda.

Miró a Matilde sin disimular su frustración.

— Me voy, madrina. Perdona si te falté el respeto. Volveré a visitarte cuando tu hijo no esté.

Abandonó la casa con aire altivo, mostrando una confianza en sí misma que ni por asomo sentía. A sus espaldas sólo quedó el silencio.

Dos días más tarde, regresaban en auto de la oficina cuando su padre le dio la noticia.

—Juan vino a verme esta mañana. Acepta el encargo de la hacienda.

Le dolió que no se hubiera dirigido a ella. Aunque se felicitó por el éxito de la estratagema. Empezaba a confiar en que su madre era más sabia en las relaciones humanas de lo que ella sería nunca.

—¿Por qué no me lo dijo a mí?

Su padre le restó importancia.

— ¡No te molestes! Has logrado tu objetivo, que era lo importante —Al captar su ceño fruncido, acarició la mano que dirigía el volante—. Juan es un hombre complicado, cariño. No intentes comprender sus reacciones. Dale tiempo y no lo atosigues.

Tess asintió, entendiendo que los consejos eran razonables ¡Pero la impaciencia la devoraba! ¡Necesitaba resultados, ya! Después de meses queriendo recuperar la complicidad con Juan, el tiempo se le hacía eterno. Necesitaba sus besos, el placer de estrecharse contra su pecho, de saborear su boca. La posibilidad de que aquellas sensaciones no volvieran a repetirse, le desgarraban el corazón como un zarpazo invisible.

La vida siguió su curso con un transcurrir tedioso y lento. Tess continuó con sus quehaceres cotidianos; cada día más desesperada por la ausencia de noticias. No visitaba a Matilde para no tropezar con Juan aunque cada noche se dormía mirando su ventanal iluminado. Fantaseaba imaginándolo sobre una mesa de trabajo, trazando planos, con un lápiz en la oreja y gafas de ver sin montura. Se le hacía sexy la imagen y se tocaba pensando en él en poses en las que en realidad nunca lo había visto pero que figuraba apropiadas. Desesperaba de volver a saber de él cuando una mañana, al regreso de un partido de tenis con Mariel, su padre la llamó a la biblioteca. El corazón se le desbocó al descubrir que lo acompañaba Santacruz.

—¡Cariño, pasa a ver esto! Creo que te gustará.

Su estómago se convirtió en un manojo de nervios cuando vislumbró los planos extendidos sobre la mesa. Con un jadeo de sorpresa los estudió sin reparar en Juan. Por eso no percibió la mirada hambrienta que se posó sobre sus piernas desnudas, el relieve respingón de su trasero, enmarcado por la breve falda blanca, o la curva de sus senos bajo el top deportivo. Tampoco observó que la nuez de adán se deslizaba por el bronceado cuello del hombre que esperaba su veredicto como un preso ante el cadalso.

—¡Sabía que podías hacerlo! ¡Son magníficos! ¿No te parece, papá?

El evidente orgullo de Tess hizo reír a su padre.

— Lo son, cariño. Ya se lo he confirmado.

— Me satisface que os gusten.

Se mantenía serio pero ella leyó en su semblante lo complacido que estaba.

—Hablemos de honorarios —Aventuró Mendoza.

—Son un regalo, Antonio. He disfrutado tanto con la tarea que no podría

ponerle precio.

—Me alegra saberlo — Sonrió el empresario — Pero tu satisfacción no es excusa para que no te abone un trabajo bien terminado.

—No puedo cobrar por recuperar mi autoestima. Por favor, acéptalos.

Mendoza asintió, consciente del duelo que enfrentaba a su hija con su vecino; porque, aunque hablaba con él, era a ella a quien miraba.

—¡Está bien! Si es así, acato tu deseo. Pero déjame que te apoye para conseguir otros proyectos. Sé de mucha gente que...

Juan dio un paso atrás, de repente noqueado.

— Me ha gustado hacerlo, pero no he decidido aún si abriré despacho...

Tess frunció el ceño, sintiendo brotar de sus entrañas una ira sorda, furiosa por su renuencia. ¡Qué más necesitaba para adquirir confianza? ¡Había demostrado de sobra su valía! ¿A qué tenía miedo? Lo increpó sin morderse la lengua.

—¿No será que te da pánico de que nadie llame a tu puerta?

Antonio se avergonzó de su descortesía, pero no tuvo tiempo de reprochársela porque Juan, con la amargura pintada en el rostro le dio la razón.

—Sí, Tess; es probable.

—¡Y prefieres meter la cabeza en el hoyo, como un avestruz! — contraatacó, iracunda.

Juan apretó los puños, tragándose la bilis para no replicar con desprecio a las acusaciones de Tess delante de su padre.

—Todo Veracruz me considera un playboy, no un arquitecto — replicó entre dientes.

—¡Pues demuéstales que están equivocados o nunca sabrán qué se esconde bajo esa bonita fachada !

Se dio la vuelta y dejó a ambos hombres en la biblioteca, atribulado uno y desarmado el otro, convencida de que su ira ayudaría a Juan más que sus halagos. ¡ A ver si maduraba de una maldita vez!

Tess trabajó a destajo, ignorando las miradas preocupadas de sus padres y esquivando tratar con ellos acerca de Juan. Por suerte, Diego estaba demasiado centrado en sus estudios para percatarse de la tensión familiar y no llegó a intervenir. Tampoco visitó a Matilde así que, cuando llegó el fin de semana, su mente era una olla en ebullición y necesitó desfogarse. Cogió la moto y enfiló a su sitio preferido, la sombra del ocote en la colina.

El cielo mostraba tonos azules y ella dejó vagar la vista por las nubes algodonosas. Sentía que había crecido como persona en los últimos meses, que

nada quedaba de la muchacha que llegó de Boston y, aunque le gustó el cambio, añoró la ingenuidad de aquella época, cuando creía que el amor consistía en besar al chico apropiado y mantener un romance con él. ¡Qué difícil había resultado todo! ¡Cómo lo había complicado ella, más bien! Hubiera resultado simple enamorarse de Quique y formar una pareja estable, con gustos comunes y toneladas de cariño. ¡Pero no! Había probado el sabor de lo prohibido, de los besos de Juan, de sus caricias, del tacto de sus manos...y ya no podía conformarse con otra cosa. Necesitaba a ese hombre tanto como respirar.

Pareció que los hados se conjugaban a su favor; escuchó el ronroneo de un motor y el deportivo se detuvo a unos metros de su moto, igual que la otra vez. Aunque el Juan que se bajó del auto tampoco era el hombre arrogante que la fascinó en un principio. Lo vio quitarse las gafas de sol y observarla con prevención. Lo halló igual de sexy y sus ansias de tirarse a sus brazos fueron inmensas, pero supo resistir y aparentar indiferencia aunque ardiera por dentro.

—¿Puedo acompañarte?

—La colina es muy grande.

Juan se tumbó a su lado sobre la hierba y mordisqueó unas briznas. Entendía la actitud de Tess pero no por eso dejaba de dolerle. Añoraba a la chiquilla de meses atrás, a la niña ingenua, a su princesa.

—Sé que me lo he ganado a pulso, Tess, pero desde que regresé de Europa no hemos vuelto a ser amigos. Quedamos en ser sinceros, así que lo confieso, te echo de menos.

Tess acorazó su corazón, decidida a llevarlo al límite.

—Tú elegiste que las cosas fueran de este modo. No quiero que por mi culpa vuelvas a dejar sola a tu madre.

—Esta vez tardaré en irme. He decidido abrir un estudio en la ciudad.

La sorpresa desmoronó su blindaje y una sonrisa ilusionada asomó a sus labios.

—¿Vas a trabajar?

Juan asintió, nervioso como un adolescente.

—Eso parece. Acabo de aceptar la reforma de un antiguo local de copas.

El semblante de Tess se iluminó como si estuviera contemplando fuegos artificiales, desbordada por la alegría. Juan se perdió en sus pupilas brillantes, deseando hallar el coraje de sincerarse con ella como lo había hecho al aceptar su reto y buscar trabajo, pero esta vez quería hacer las cosas bien y Tess, pese a su alegría, parecía reacia a cambiar el rumbo distante que había tomado su relación.

—Sabes que sin ti no lo hubiera logrado.

A Tess se le erizó la piel con su susurro. ¿Intentaba seducirla? De mil

amores se hubiera lanzado a su regazo y le hubiera entregado su vida, pero los consejos de su madre la contuvieron. Hasta el momento, Marta había acertado en todo. Se dijo que debía ser fuerte y mantenerse firme mientras el cambio de Juan no resultara definitivo. A fin de cuentas, apenas lo conocía. ¿Quién le garantizaba que en pocos días no apareciera Rosalía Jovellanos y él mandara su futuro al infierno, como hizo antes? ¿Cómo estar segura de que había madurado?

—Me limité a pincharte —replicó displicente—. Pero me alegro de que diera resultado. Yo también tengo proyectos. Regreso por una temporada a Brasil para unos estudios sobre el cultivo del cacao. Mi padre quiere explotarlo a gran escala y necesitamos modernizar el producto.

La sonrisa de Juan se desvaneció. ¡Había contado con su apoyo para enfrentarse a Veracruz! No ignoraba que los primeros meses serían duros, que le costaría recuperar la credibilidad y soñó con tener a Tess para darle ánimos y forzarle a seguir. Saber que ella no estaría cerca le enfrió las ganas de lucha. Apartó la mirada mientras rompía con los dedos unos tallos de hierba.

—Cambiamos los papeles, pues. Ahora eres tú quien se va.

Tess sintió renacer su ira. ¿Tantos meses tras él y ahora le venía con reproches?

—Con una diferencia; yo no salgo huyendo.

Sus miradas se retaron y la voz de Juan sonó ronca, cargada de intención.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

Le enfureció que no percibiera el temblor de sus miembros, la necesidad de refugiarse en sus brazos, que no tuviera iniciativa y se limitara a sondearla con un brillo tormentoso en sus ojos negros.

Juan sólo captó cómo se mordía el labio inferior y su destello de rabia. Y se la devolvió sin pensar, herido porque no valorara el inmenso esfuerzo que estaba haciendo para recuperar una vida que creía imposible meses atrás. Le amargaban los desprecios que aún debía sufrir para retomar su espacio en una sociedad veracruzana que miraría con lupa cualquier movimiento que hiciera en los próximos años. Y todo por ella. Para hacerse digno de llevarla del brazo, de pedir la mano a su padre y formar la familia que nunca creyó merecer.

—Me alegro. Me preocupaba que aún me quisieras.

A Tess le dolieron tanto sus palabras que actuó como la mejor actriz de Hollywood.

—He tenido tiempo para recapacitar, Juan. Medité tus consejos y te hice caso.

Él sondeó su rostro, buscando pruebas de su falsedad, pero Tess mantuvo

su máscara, aferrándose a los últimos vestigios de orgullo para no golpear sus pectorales de ensueño y echarse a llorar.

Juan se puso en pie, sacudió la hierba de los tejanos y se despidió con una fachada tranquila.

—¡Bien por ti, princesa! ¡Sabía que eras lista! Regreso a la civilización. Disfruta del paisaje.

Tess lo siguió con la mirada hasta que el auto desapareció en la lejanía. Después, el llanto brotó de su pecho desgarrado asustando a las aves cercanas y provocando una desbandada en rededor. Apretó los puños y aporreó la hierba, preguntándose por qué ella no merecía una batalla como la que Juan libró en su momento por Rosalía, por qué el amor inmenso que sentía no bastaba para levantar el muro que él había interpuesto. Le odió con toda su alma, con la misma pasión con que le amaba, porque se había retirado como si, en realidad, ella no le importara más allá de unos cuantos besos.

Tess regresó a Veracruz a mediados de Julio. Venía muy cambiada, con la piel oscurecida por el trabajo al aire libre y el pelo rubio casi blanco por el sol brasileño. También estaba más delgada y más seria.

Aparcó el deportivo a la entrada del club. Al atravesar la cafetería los recuerdos la asaltaron. Hacía poco más de un año que conocía a Juan y su vida había cambiado de un modo tan drástico que se preguntó dónde había quedado la chiquilla de Boston. También hoy se reunía con su pandilla tras una larga separación y se sintió acogida con idéntico afecto, escuchando cómo la llamaban a voces y alzaban las manos para llamar su atención. Miró a la mesa de póquer y su corazón se paralizó al divisar a Juan con Santiago Rivero y varios desconocidos. Ambos hombre la contemplaron con idéntica sorpresa y ella esbozó una sonrisa breve de reconocimiento, pero acudió primero al reclamo de sus amigos. Cuando se vio libre de los abrazos y besos, Juan ya no estaba. Acudió a saludar a Rivero.

—Hola Santiago ¿Cómo te va?

El atractivo rostro de ojos verdes mostró satisfacción porque ella lo estimara en público. Se incorporó para besarle una mejilla con ademán comedido mientras a su voz sensual se le escapó un galanteo.

—Aburrido. Veracruz sin tu presencia no es lo mismo.

Tess sonrió con desgana.

—¡Adulador! Pero gracias por la lisonja. Estuve tan centrada trabajando que no me di cuenta de lo mucho que añoraba esto. ¡Menos mal que ya estoy en casa!

—Me tienes a tu disposición; para lo que sea preciso — aseguró sin apartar sus ojos de los claros.

—Gracias, Santiago —Le besó de nuevo y se apartó—. Confío en que nos veremos.

Pasó un rato con la panda y cuando se despidió de ellos aceptó que Quique la acompañara hasta el auto. Juan estaba apoyado en el suyo, al parecer aguardándola, pero no se dio por aludida. Besó a su amigo y condujo calle abajo.

Ultimaba una conversación telefónica cuando su secretaria le informó de que Matilde Santacruz solicitaba verla. Asintió con un gesto y sonrió a la mujer que tomó asiento frente a ella mientras terminaba la gestión. Al concluir, se levantó y la besó con cariño.

—Hola, madrina. ¿Qué te trae por aquí?

A Matilde le costó salir de su asombro. Para ella, Tess era la chiquilla que conocía desde que nació, pero la ejecutiva de traje y tacones, con el cabello recogido y haciendo un uso extraordinario de otra lengua, la había dejado pasmada.

—Sabía de tu eficiencia pero me has asombrado con tu dominio de ese idioma ¿Qué era?

Tess rió, divertida por el halago.

—Alemán. También hablo inglés, francés y un poco de portugués; lo que aprendí en Brasil. ¡De algo tienen que servirme los años de internado!

—Es lógico que tus padres estén tan orgullosos.

Ella se recostó sobre el borde de la mesa y analizó a la madre de Juan. Parecía nerviosa.

—Agradezco tus palabras, Matilde. Pero no creo que hayas acudido a mi despacho para tratar de mis progresos.

La mujer la miró con detenimiento antes de responder, comparando a la persona que tenía delante —segura de sí, vestida con una camisa gris perla y una falda negra que realzaba su elegancia innata— con la joven que acudía a su casa a plantar tulipanes y charlar de banalidades.

—¿Es real o sólo aparente ese cambio tan grande, Tess? ¿Ya no queda nada en ti de la chiquilla que Juan quiere?

Ella amagó el golpe con una sonrisa amarga.

—Juan no me quiere.

Matilde frunció el ceño, asombrada.

—¡Debes estar ciega para negarlo! Mi hijo ha trabajado con tenacidad para

enfrentarse a sus miedos. Ha alcanzado un prestigio bien distinto del que gozaba cuando ibas detrás suyo. Se ha ganado una respetabilidad dentro de su campo. ¿Y para qué le sirve? —Su voz fue subiendo conforme se apasionaba, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas— ¡Se me parte el alma cada día! ¡Parece una sombra de lo que fue! Antes, al menos, había risas en casa cuando llegaba. Tengo la sensación de que pone ahínco en el trabajo para resarcirme por el tiempo en que no lo hizo; me mimaba como si fuera la única mujer de su vida y no tuviera edad para compartir su cariño con alguien de su edad. ¡Para compartirlo contigo, Tess! ¡Como deseábamos! Pero parece que tú has olvidado aquellos planes. Ni siquiera sabes que viajó a Guatemala, siguiendo tu ejemplo, y cooperó en el proyecto de las nuevas viviendas para los supervivientes de El Cambray... Juan no es ni sombra de quien conociste. ¿Cómo puedes no amar al hombre en quien se ha convertido?

Tess volvió a sentirse la chiquilla inexperta de meses atrás, la que se derretía con sólo cruzar su mirada con la de unos ojos negros... Conocer de primera mano que Juan había cambiado tan drásticamente la llenó de tonto orgullo, pero al mismo tiempo, las inseguridades se cebaron en ella, como cada noche mal dormida en Brasil. Se había quebrado la cabeza pensando en qué llevó a Juan hasta la colina aquella tarde, por qué si su intención era cortejarla, no se lo dijo, por qué la bravuconada de agradecer que ella lo hubiera olvidado... El trabajo la había salvado durante el día, pero las noches fueron interminables en Rio. Y mientras regresaba se juró olvidarse de Juan. Pero aquí estaba Matilde, su madrina, su aliada, para empujarla a luchar por una causa que ya consideraba perdida.

—¿Cómo puedes pensar que no lo amo? —Se le quebró la voz y se encogieron sus hombros, empequeñeciéndola— ¡Por supuesto que lo amo! Lo amo con cada fibra de mi maldito ser, pero he jurado arrancarme ese sentimiento del alma y tú no ayudas con tus palabras. ¿Qué te hace pensar que soy yo la mujer que anhela? Él mismo me dijo que no me quería, que se alegraba de que lo hubiera olvidado...

Matilde la interrumpió, incapaz de creerla tan ciega.

—¡Palabras, Tess! ¡Sólo palabras! No sé en qué contexto te las dijo, pero seguro que heriste su orgullo. Yo sé que te ama, que tú eres la mujer a quien aspira. Soy su madre y lo sé.

Tess se dejó caer de rodillas sobre la alfombra y Matilde la acunó, acompañándola en su llanto.

—¡Nada es real! —musitó, desbordada de angustia—. Es mentira que me importe el trabajo o que me divierta con la pandilla. Todo resulta insulso sin Juan.

Matilde le izó el rostro y lo acarició con renovadas esperanzas.

—Entonces, díselo.

—¡Tengo miedo de que vuelva a rechazarme!

La mujer le sostuvo la mirada con implacable determinación.

—¡Tachaste a Juan de cobarde, no quieras imitarlo ahora!

Ella la abrazó, reconociendo la verdad que entrañaba. Matilde tenía razón. Juan era el hombre de su vida y no podía dejarlo escapar. Sobre todo, si él también la amaba. Decidió que debía comprobarlo.

Pasó por casa y se cambió las ropas de oficina por un vestido ligero, se limpió el maquillaje y se soltó el pelo. Tropezó con su madre en la escalera y le dio un beso en la mejilla sin detenerse a explicarle nada, ansiosa por llevar a cabo la misión que se había impuesto al salir de la empresa. En la cancela de los Santacruz se hallaba Leticia, parlotando con su novio, para variar.

—La señora no está.

—No busco a la señora —Pasó de largo, ignorándola.

Subió las escaleras de la torre sabiendo que lo encontraría en su guarida. Estaba en la ducha. Al menos eso indicaba el sonido del agua, a través de la puerta contigua. Sonriendo, sintiéndose traviesa, puso en marcha el tocadiscos y se tumbó sobre la colcha para escuchar a Silvio. De inmediato tuvo a Juan delante, con una toalla en las caderas y el pelo mojado.

—¿Quién...? ¡Tess!

Ella lo contempló con deleite, sonrojándose con la visión de unos músculos tonificados que aún se mantenían húmedos, sintiendo un cosquilleo en la punta de los dedos, que se morían por tocarlo en todas partes.

Respondió con una sonrisa traviesa al desconcierto masculino.

—Hola. Disculpa si te interrumpí. Estaba en casa y me entraron unas ganas irrefrenables de escuchar el disco. ¡Por mí no te cortes! ¡A tu aire! Ya te habré dicho tu madre que vengo a menudo.

Por un instante, la confusión de Juan fue completa, aunque al mirar los chispeantes ojos claros comprendió que quien estaba sobre su cama era la antigua Tess, la que tantas veces había soñado junto a él, en aquella estancia. Una sensual sonrisa se dibujó en sus labios.

—Estás en tu casa —replicó, haciendo ademán de quitarse la toalla.

—¡Espera!

Tess se sentó de golpe, arrebolada como una adolescente pese a que su mirada no se apartó de aquella parte destacable de su anatomía.

—¿No te parece que podíamos ir más despacio? Te recuerdo que soy

novata en esto.

La carcajada que salió de su garganta fue tan espontánea como el movimiento que lo siguió, dejándose caer a su lado y atrayéndola hacia su pecho para unir su boca con la de ella, entreabierta todavía por la sorpresa.

Tess se recuperó enseguida, entrelazó su lengua con la de Juan y le demostró que aprendía deprisa. Había pensado tantas veces en la cantidad de experiencia que él acumulaba y lo ingenua que era ella, que tenía miedo de parecerle torpe. Pero nada de eso pareció importarle a Juan porque se apartó para mirarla a los ojos, extendió su rubia melena sobre la almohada como si estuviera admirando a una diosa y pasó su pulgar por sus labios como si no pudiera creer lo que estaba haciendo. Luego buscó de nuevo su boca y se dio un festín con ella mientras las manos se perdían en la cintura, los pechos y las piernas, dejando sobre toda su anatomía un reguero de caricias que arrancaron gemidos de Tess y un ansia loca de fundirse con él.

Tess notaba la excitación de Juan, de la que la separaba una sencilla toalla, y se preguntó porqué no la estaba librando ya del dichoso vestido, hecho un manojo en su cintura, y del mínimo tanga, tan húmedo como el cabello de él. Sin embargo, Juan detuvo sus manos, con las pupilas oscurecidas de un modo que no le había visto jamás, y tras besarle una ceja le buscó los ojos.

—¿Me quieres, princesa?

Su voz sonó ronca, como si hubiera bebido algo fuerte, y ella rió con toda su alma, asombrada de que a esas alturas pudieran quedarle dudas.

—¿Necesitas que te responda? ¿En serio?

—¡Has estado tan distante! Me has hecho mucho daño...

Sostenía su frente contra la de ella, con la mirada fija en la azul. Tess se incorporó para poder hablar, aunque todo su cuerpo le gritaba que olvidara las palabras y recuperara su boca.

—Y tú a mí, Juan —Logró contestar en un susurro -. Si me hubieras aceptado desde el principio, me habrías ahorrado muchas lágrimas.

—¡No tenía nada que ofrecerte! ¡Era un don nadie, un imbécil sin más méritos que sus juegos de cama!

Aunque sonó afligido, su disculpa la enfadó. ¡La había mantenido en una agonía durante más de un año sólo por perjuicios! ¡Los hombres eran unos idiotas!

—¿Qué me importaba lo que fueras? ¡Yo te quería a ti! —replicó clavando sus uñas en los hombros fornidos, sin importarle si le dolía— ¡No necesitaba que me ofrecieras nada!

Los ojos negros la contemplaron con igual dosis de pasión que de tristeza. Juan necesitaba que ella entendiera los motivos de su comportamiento.

—¿No entiendes que no podía permitírmelo ? ¡Si Santiago no te merecía, yo menos! Estábamos cortados por el mismo patrón. Sólo quise impedir que hundiera tu reputación.

Tess, cansada de explicaciones, que no necesitaba, le buscó los labios.

—¡Olvida el pasado! Ambos nos hemos hecho daño sin necesidad. Lo único que quiero es recuperar el tiempo perdido. La mitad de las mujeres de Veracruz opinan que eres el amante perfecto y yo aún ignoro el porqué.

La risa de Juan se perdió en su garganta, divertido por el reproche.

—¿Quieres que te lo demuestre ahora mismo?

Tess iba a asentir cuando la voz de Matilde al otro lado de la puerta la detuvo.

—Juan, ¿has visto a Tess?

Se miraron como niños pillados en falta y rieron a la par, felices de estar juntos. Después, Juan se inclinó sobre ella y tomó la iniciativa para demostrarle que su fama de calavera tenía fundamento, consiguiendo que Tess gimiera de placer al sentir sus manos y su boca y se olvidara de la presencia de su madrina en el pasillo.

Matilde, sin embargo, permaneció unos minutos allí, paladeando la sensación de victoria en su corazón. Sabiendo que Juan, al fin, había conseguido a su princesa.

Agradecimientos

Mi singular agradecimiento a Agatha Mor y su «Tony Rivera». Leí su novela cuando no era más que una adolescente que devoraba cada ejemplar que mi madre atesoraba dentro de una vieja maleta en el desván de casa. «Tony Rivera» pobló muchas de mis fantasías románticas y se contó durante años entre mis favoritas. Quizá no os parezca una gran historia la que esa lectura me inspiró, pero está teñida de la ternura y el estilo de escribir de mi época juvenil. Me daba pena que quedara enterrada en un cajón y puesto que en ocasiones mis lectoras, mis queridísimas lectoras, me sorprendéis con vuestros comentarios y me decís que os llegan al alma narraciones que yo pensaba más banales, me he decidido, con el beneplácito y la inestimable ayuda de Romantic Ediciones , a hacerla pública. Espero no defraudaros.

En cuanto al equipo editorial, les agradezco de todo corazón la buena acogida que me han dispensado al incorporarme a su elenco de autores. Gracias, en especial, a Bartomeva Oliver por su cariño.

[1] Árbol de la familia de la familia de las pináceas (pinos)

[2] Así se denomina a los habitantes de Veracruz.

[3] Bistecs de carne molida con especias y chiles.

[4] Reloj suizo de alta gama.

[5] Obra teatral religiosa.